



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcon, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. *Asquerino*, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, *Ayala*, *Alonso (J. B.)*, Araquistain, Anchorena, *A Iruerne*, *Ardanz*, *Ariza*, *Arrieta*, *Balaguer*, *Baralt*, *Barzanallana* (marqués de), *Becerra*, *Benavides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Bueno*, *Bremón*, *Bretón de los Herreros (Manuel)*, *Blasco*, *Calvo Asensio (D. Pedro)*, *Campoamor*, *Canas*, *Canlejas*, *Cañete*, *Castelar*, *Castro* y *Blanc*, *Cánovas del Castillo*, *Castro* y *Serrano*, *Calavia (D. Mariano)*, *Calvo* y *Martin*, *Cazurro*, *Cervino*, *Cheste (Conde de)*, *Collado*, *Cortina*, *Corradi*, *Colmeiro*, *Correa*, *Cuesta*, *Gueto*, Sra. *Coronado*, Sres. *Calvo Asensio (D. Gonzalo)*, *Cañamaque*, *Dacarrete*, *Díaz José María*, *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría (J. A.)*, *Espin* y *Guillen*, *Estrada*, *Echegaray*, *Eguilaz*, *Escosura*, *Estrella*, *Eulate*, *Fabié*, *Ferrer del Río*, *Fernandez* y *Gonzalez*, *Fernandez Guerra*, *Fernandez de los Ríos*, *Fermin Toro*, *Flores*, *Figuerola*, *Figuerola (Angusto Suarez de)*, *García Gutiérrez*, *Gayangos*, *Galvez de Molina (D. Javier)*, *Graells*, *Gimenez Serrano*, *Giron*, *Gomez Marin*, *Güell* y *Renté*, *Güelvenzu*, *Guerrero*, *Inceña*, *Hartzenbusch*, *Iruarte*, *Zapata*, *Janer*, *Labra*, *Larra*, *Larrañaga*, *Lasala*, *Lezama*, *Lopez Guizarro*, *Lorenzana*, *Llorente*, *Lafuente*, *Macanaz*, *Marios*, *Mata (D. Guillermo)*, *Mata (D. Pedro)*, *Mañé* y *Flaquer*, *Mercelo*, *Montesinos*, *Molins (Marqués de)*, *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, *Olavarría*, *Ordaz*, *Ortiz de Pinedo*, *Olcaga*, *Palacio*, *Pasaron* y *Lastra*, *Pascual (D. Agustín)*, *Perez Galdós*, *Perez Lirio*, *Pi* y *Margall*, *Poey*, *Reinoso*, *Rotes*, *Revilla*, *Ríos* y *Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, *Rodriguez* y *Muñoz*, *Rodriguez (G.)*, *Rosa* y *Gonzalez*, *Ros de Olano*, *Rossell*, *Ruiz Aguilera*, *Sagarninaga*, *Sanz Perez*, *Sanz*, *Salvador de Salvador*, *Salmeron*, *Sanromá*, *Selgas*, *Segovia*, *Serrano Alcazar*, *Sellés*, *Tamayo*, *Troeba*, *Tubino*, *Ulloa*, *Valera*, *Vélez de Medrano*, *Vega (Ventura de la)*, *Vidart*, *Wilson* (baronesa de), *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reciamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Marzo de 1881.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jeronimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—*El futuro gobernador de Buenos-Aires doctor Dardo Rocha*, por D. Héctor Florencio Varela.—*Sucesos de Rusia*, por D. José Anchorena.—*España y sus colonias*, por D. Manuel Becerra.—*El gran épico y lírico Wolfram de Eschenbach*, por D. Juan Fastenrath.—*Toledo*, por D. Emilio Castelar.—*Contestacion á las cartas del Tuxis sobre el Brasil*, por D. Manuel de Foronda.—*Palmarés y los sargentos de la Rochela*, por D. Eusebio Asquerino.—*La educacion y el arte*, por D. Pedro Arnó.—*La cautiva de Martos* (leyenda granadina), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Era un duelo terrible, sanginario, sin tregua, verdaderamente asombroso, entre el régimen autocrático apegado á errores y tradiciones como la hiedra al muro, y el nihilismo misterioso y potente que, más que á un fin político, pregona dirigirse á lograr una restitucion que, si no la aconsejara la justicia, la haria necesaria la caridad. El combate ha concluido: despojo de él es una víctima infortunada; el emperador Alejandro de Rusia. Cuando se le vé obstinado en no tocar ni una sola piedra del edificio político de su imperio para modelarle al ejemplo de las naciones que aceptan, con el reconocimiento del sistema representativo, todas las conquistas de los tiempos modernos, hay que condenar la ceguera del hombre que creyó posible hacer de su voluntad dique bastante poderoso para detener el torrente irresistible de las ideas. Cuando se le contempla víctima de un atentado injustificable, un sentimiento generoso impone en nuestra alma el deber de la compasion y del respeto. Cuando se le vé grande, humanitario, magestuoso, dando la libertad á veinte millones de siervos, se le enaltece y se le admira.

La lucha ha sido digna de que la fantasía se enamore de ella, y forje en sus delirios dramas llenos de héroes, de horrores y de sombras. No juzguemos este suceso. Hay quien en el presente número de LA AMÉRICA lo hace con la extension y la competencia debidas. Nuestra revista empieza con una nota triste. Este prólogo de ella debería titularse: luto y misterio.

Pero, aunque quisiéramos, no podríamos cerrar todavía este capítulo de las tristezas. La capital del reino lusitano ha sido teatro de sangrientas escenas que en aquel pueblo, que ha hecho de la libertad una religion y del título de ciudadano un sacerdo-

cio, se ve con extrañeza tanta como una nube en su cielo siempre azul y sereno. Dos meetings celebrados por el partido republicano fueron el pretexto, que no la causa, para esas escenas que tanto lamentamos. Con ellos se han cumplido dos fines distintos. Sentenciar el proceso de los errores políticos del Gabinete Braamcamp y demostrar que en Portugal la democracia lo espera todo de la virtud de sus principios y de los milagros de una propaganda tranquila y constante. Quedaron condenados los deshonrosos actos diplomáticos á que ha puesto el sello el impopular tratado de Lorenzo Marqués, la paralización del movimiento moral y material, la anarquía en los servicios públicos, las medidas imprudentes del Gobierno en la instruccion pública y en el ejército, los vejámenes que lleva consigo la recaudacion de impuestos y todos los agravios cuya continuacion constituye un verdadero peligro nacional. Quedó aprobada la idea de que la revolucion republicana debe hacerse por medio de la propaganda y de la controversia, evitando siempre manifestaciones ruidosas.

¿Cómo, pues, entre los que con admirable elocuencia y gran sentido político proclamaban esto y los agentes de la autoridad pudo renirse á las pocas horas ruda batalla en las calles de la hermosa Lisboa? Cúlpele de ello á los mil elementos asalariados por la reaccion para calumniar á los demócratas y comprometerlos; cúlpele al Gobierno portugués, que consintiendo aquellos abusos y aquellos atropellos, llevados á cabo contra ciudadanos inofensivos que poblaban las calles de Lisboa el día de las manifestaciones populares, traspasó los límites de la sensatez y de la cordura.

Esto por una parte; el convencimiento de que el espíritu público le era contrario; las graves censuras de que el Sr. Vas le hizo objeto en la alta Cámara y el voto contrario de los Pares con motivo de una proposicion en que se pedia que se armonizase con los intereses del país la política del Gobierno, han obligado á éste á presentar la dimision. Encargado de formar Ministerio el Sr. Rodriguez Sampaio, ministro que ha sido de Hacienda, publicista y presidente de la Asociacion de escritores portugueses, el telégrafo anuncia que ha cumplido la mision que por la Corona le fué encomendada. El nuevo Gobierno se compone de elementos diversos. Nada puede aventurarse acerca de su duracion. Es indudable que va á dirigir unas elecciones. Es muy posible, si el sufragio se respeta, que, dirigiéndolas, fabrique su sepulcro.

La crisis francesa, anunciada con motivo de la reforma electoral, se ha resuelto de manera dis-

tinta. El Ministerio ha declarado solemnemente que no intervendrá en los debates á que la proposicion en favor del escrutinio por lista de lugar, fundándose en que en el estado de division que con motivo de este asunto ofrece la mayoría republicana, no debe el Ministerio tomar partido, sino dejar á la Cámara resolverle en la plenitud de su libertad. Los que creen que en este acto del Gobierno francés, más que un sentimiento de patriotismo y de respeto á la opinion de los representantes del país, hay una imposicion de ciertas influencias, y en último término que todo esto no es más que una nueva parada en otra estacion de las muchas que tiene el camino de los aplazamientos, se equivocan lastimosamente. Prueba esta actitud del Gobierno francés, en concordancia con otras muchas, de que en vano la lógica conservadora quiso sacar partido que en la República vecina, superior á todas las divergencias de criterio, á todos los consejos del amor propio, á todos los arrebatos de la pasion, está el interés de la República, que une á los demócratas en una aspiracion comun y en un mismo deseo, que los hace fuertes ante el peligro, que los lleva por el camino de las prosperidades y grandezas.

Con tanta satisfaccion como Francia el anuncio de que la ponderada crisis estaba resuelta, ha recibido Inglaterra la noticia de que la cuestion del Transwaal estaba concluida en términos decorosos para la Gran-Bretaña y sin excesivos sacrificios por parte de los boers, cuyo valor y arrojo en la defensa de su independencia tanto merecen. Para entrar en este arreglo el Gobierno inglés ha tenido en cuenta la opinion del Reino Unido, que se alzaba impoamente contra la guerra y la anexion del Transwaal. El tratado libra á este de una absorcion indudable si hubiese insistido en el empleo de las armas para rechazar las acechanzas que contra sus derechos y sus libertades ha tendido Inglaterra por el solo título de ser poderosa y el solo fin de la conquista. Las simpatias de Europa en esta cuestion, como en la de Oriente, no hubiesen sido ni más ni menos que una letra girada al porvenir con la seguridad de que iba á ser protestada, cualquiera que fuera la época en que se presentase al cobro.

Y apropósito de la cuestion de Oriente. Los griegos creen que van á entrar muy pronto en campaña. Atenas no es una ciudad, es un campamento. Desde las altas gradas de la acrópolis se perciben al llegar la noche las llamadas militares. No se oye hablar más que de equipos, de cañones y de victorias. Es muy frecuente oír á comerciantes griegos cuando se les proponen negocios, contestar: «Ya hablaremos de eso despues de la guerra.»

No parece sino que en vez de vivir con el rey Jorge y en el siglo XIX, viven con Leonidas en España.

Á Ríos Rosas, á aquel eminente parlamentario cuya palabra era como un buril que grababa en mármol, para perpetuarlos, todos sus admirables pensamientos, como le dijera en cierta ocasión que mal debían andar sus opiniones cuando solo dos votos, el suyo y el de otro diputado, en una votación del Congreso habían tenido, contestó con el mismo orgullo que si hubiese podido mostrar atenta y sumisa á su voz importante mayoría:

«Con dos ruedas anda un carro.»

Nos recuerda esto el haber leído que el actual Gobierno podría compararse á un carro porque está montado sobre dos ruedas, siquiera no le sirvan las dos igualmente para llegar pronto al cumplimiento de aquellas promesas hechas en la oposición, con nobleza aceptadas en el poder y de las cuales tanto esperan el país y la libertad. Mientras una rueda anda la otra está quieta. Mientras el Sr. Albareda llama á sus cátedras á los profesores que la reacción arrojó violentamente de ellas, el Sr. Alonso Martínez cierra las puertas de su ministerio á toda reforma y las de sus oídos á toda solicitud para que el matrimonio civil se retablezca, como si temiese la excomunion ó el anatema. Pero esto no nos atemoriza. Tenemos la seguridad de que la rueda inútil, ó se compone pronto, ó pronto se verá sustituida por otra que gire tan velozmente como los conservadores quisieran volver á ocupar el Gobierno. La mal llamada prudencia ministerial gana pocas simpatías; el espíritu reformista hace prosélitos.

En la lista de sus victorias debemos escribir una circular y una frase. La circular es del señor Linares Rivas; la frase del Sr. Posada Herrera. La circular dirigida al Ministerio fiscal, recordándole por la millonésima vez el cumplimiento de unos deberes, que no obstante ser los que la justicia impone, varían á medida que los Gobiernos cambian, ocúpase de los delitos que pueden cometerse en el ejercicio de los diversos cultos, de los que por medio de la prensa se llevan á cabo y de la facultad de acusar á los funcionarios públicos. Esta circular forma línea paralela con la del señor Albareda. Por esas líneas, como por rails, irá el gobierno alejándose de aquella funestísima política conservadora, cuya tiranía axfisiaba y cuyo recuerdo sólo maldiciones encuentra.

Para la frase fué precisa una verdadera solemnidad. El Consejo de Estado reunido en pleno; el señor Sagasta acudiendo á realzar con su presencia la grandeza del acto; el Sr. Posada Herrera abandonando á Llanes para sustituir al señor Marqués de Barzanallana y quitar á los conservadores la última esperanza de división entre los hombres políticos que formaban el directorio fusionista en los tiempos que no podían dirigir más que desengaños. En el acto de tomar posesión de la Presidencia del Consejo de Estado, el Sr. Posada Herrera, dijo:

«Las ideas son como la pólvora: libre y desparamada, su influencia sólo es entretenimiento de niños y de gente de aldea; mientras que comprimida, su estallido suele producir males sin cuento y catástrofes lamentables.»

Alguien ha dicho que esta frase, el vapor comprimido que hace estallar la caldera, las tempestades que barren la atmósfera purificándola de miasmas deletéreos y la libertad, semejante á la lanza de Aquiles, que curaba con el cuento las heridas hechas con el hierro, pertenecen al mismo arsenal metafórico, al de la oratoria liberal, que tiene como argumento supremo y como verdad indiscutible, la de que las revoluciones se ahogan saliendo al frente de las reformas.

Una prueba de que los demócratas españoles son dignos de la libertad y quieren conquistarla respetándola, son los banquetes democráticos, nacidos en Madrid, propagados por toda España, modelo de sensatez y de cordura, prueba indudable de cómo las costumbres públicas se dulcifican, y de cómo la idea democrática ha entrado en el camino de las esperanzas risueñas. Se ha dicho, sin embargo, que los banquetes debían concluir y ser sustituidos por los *meetings*. Nosotros no creemos que este cambio puede producir ventaja alguna. Sobre todo cuando *meetings* y banquetes no son incompatibles: obligados á decidir entre uno y otro medio de manifestación, no dudáramos en votar con los banquetes, y eso que reconocemos que están llamados á concluir pronto, no por otra razón, sino por que pocas son ya las provincias donde no se han verificado todavía. Y la razón de nuestra preferencia fácilmente se explica.

Un *meeting* tiene mucho de espectáculo teatral. Los que le organizan, los que hablan, los que están asociados á él por cualquier vínculo anteriormente contraído, demuestran sentir y pensar y querer lo que quieren y piensan y sienten cuantos le defienden. Pero de las opiniones del público, no puede responderse de la misma manera. La curiosidad, el deseo de oír á los oradores que en el *meeting* toman parte, llevan á él muchas veces gentes extrañas por completo y aun enemigas del pensamiento á que responde. Oyen con paciencia porque el respeto les impone este deber, aunque la pasión les incita al escándalo; aplauden por que un período brillante, un pensamiento bello, una palabra arrebatadora les llevan á juntar las manos y á aplaudir instintivamente, pero por esto

ni hacen profesión de fé en ninguna nueva escuela, ni cambian de opiniones, ni adquieren compromisos que atan. En los banquetes no sucede lo mismo. Cuantos á ellos existen declaran con su presencia la opinión decidida de aceptar la democracia y de combatir y trabajar por ella: cuantos en ellos brindan, más que hacer un discurso, puede decirse que realizan un acto político importante; cuantos de desconocido origen vienen á ellos, no salen de allí sino habiendo pasado por el Jordán de la democracia.

En esos banquetes se ha explicado como en parte alguna lo que la política de benevolencia enfrente del actual Gobierno significa. El Gobierno conservador, se ha dicho, tenía dos enemigos á los que combatía con encono: la libertad y la democracia; el Gobierno actual combate con otros dos enemigos: el doctrinarismo y la teocracia; el Gobierno anterior se apoyaba en la teocracia contra la libertad; este Gobierno debe apoyarse en la democracia contra el doctrinarismo.

Esta benevolencia demuestra que la nobleza de sentimientos no permite á los demócratas crear á un Gobierno liberal conflictos que la fuerza de la reacción no hubiera sido bastante á impedir mucho más tiempo; esta benevolencia nos permite pedir que se practique sincera y lealmente el régimen parlamentario; que las inmorales administrativas se persigan; que la muerte del caciquismo y la pureza electoral nos hagan llegar en breve al sufragio universal libre de amenazas y de seducciones; que los gobernadores no escamoteen votos ni los empleados dinero.

La descomposición que en el partido federal ha empezado á notarse, nos permite añadir otro título á los muchos que para la consideración pública tienen los banquetes democráticos.

Los banquetes van á ser columna de mármol sobre la que se coloque la estatua de la unión democrática.

Serán de fijo sepulcro donde los pactistas vean enterrados sus sueños de fiebre.

La marea sube, sube, como decía un ilustre estadista francés. Tanto se eleva, amenazando ahogar egoísmos y absurdos, que si los proteccionistas que ya con el cambio de Gobierno andan desesperanzados y mal contentos, hubiesen concurrido al *meeting* del teatro Real, su tristeza y su ira no habrían tenido límites.

Fué un espectáculo admirable. Los palcos convertidos en canastillos de bellas y elegantes damas; las butacas ocupadas por los individuos de la Sociedad libre-cambista y los representantes de las corporaciones científicas y literarias de Madrid; las galerías llenas de un público ilustrado y entusiasta que aplaudía todas las declaraciones hechas en nombre de la libertad, convencido de que las ideas por que allí tan elocuentemente se abogaba colocándose entre un recuerdo próximo á morir y una gran esperanza llamada á ampliarse, traerán como consecuencia necesaria el desarrollo y engrandecimiento de los intereses del país.

Asistíamos, más que á un *meeting*, á la vista en última instancia del proceso del proteccionismo. La sentencia debía ser condenatoria y lo fué. Esperamos que no habrá indulto.

Lo que debe haber es caridad y justicia para los negros que aún tienen en tierra española la esclavitud por cárcel tristísima y llena de horrores; y á lograr que las puertas de esta cárcel se abran y el esclavo sea libre, se dirige la campaña abolicionista, brillantemente renaudada el viernes último con un *meeting* verificado en el teatro de la Alhambra. Con estar tan levantado el pensamiento cuya defensa los reunía, no raya á menos altura la elocuencia de los oradores que en dicho *meeting* tomaron parte, ni su entusiasmo ardiente porque la personalidad humana se eleve desde un calabozo á un altar.

Las resoluciones de ese *meeting*, importantísimas por más de un concepto, son las siguientes:

«La Sociedad Abolicionista Española, declara:

1.º Que la ley de 13 de Febrero de 1880 sobre la esclavitud de Cuba es contraria á los principios del Derecho y á las experiencias abolicionistas de todos los pueblos modernos.

2.º Que el éxito perfecto de la ley de 22 de Marzo de 1873 sobre la esclavitud de Puerto-Rico recomienda la adopción de una medida análoga respecto de Cuba.

3.º Que el Reglamento de Mayo de 1880, dictado para la ejecución de la ley de Febrero, niega el sentido y la letra de ésta y es un reto audaz del esclavismo y una deshonra para la patria.

4.º Que los adelantos de la civilización, el buen nombre de España, su tradicional lealtad y la crítica situación de Cuba piden medidas radicales, y entre ellas la abolición inmediata, sincera y efectiva de la esclavitud.

5.º Que en tanto llega la hora de que las Cortes voten una ley de abolición positiva, procede que el Gobierno, capacitado para ello por las leyes vigentes, suprima en Cuba la previa censura, aplique la ley peninsular sobre reuniones públicas, autorice la instauración de sociedades abolicionistas protectoras de los libertos y derogue el Reglamento de Mayo último.

6.º Que condena severamente el asesinato de que ha sido víctima el emperador Alejandro de Rusia, que en 3 de Marzo de 1861 decretó la emancipación de 20 millones de siervos.

7.º Que se asocia con entusiasmo á la apoteosis de que ha sido objeto recientemente Mr. Victor Hugo, cuyo aplauso ha acompañado desde el primer día de la fundación de la

Sociedad Abolicionista Española á las empresas y los esfuerzos de ésta.

8.º Que la Sociedad perseverará en su campaña mientras exista la servidumbre, bajo cualquier forma ó con cualquier pretexto en el territorio español.

9.º Que la República de Liberia ha sido sorprendida al conceder el título de libertadores y protectores de la raza negra en Cuba, á los miembros del Gabinete español, que más han hecho para evitar el triunfo de las ideas abolicionistas en España.

Terminó el *meeting* con esta frase sublime de Lincoln.

«Un pueblo no puede ser mitad esclavo y mitad libre: ó todo libre ó todo esclavo.»

Más banquetes. Uno en Lhardy dado por el general Rojas, diplomático y escritor, ministro en Venezuela, en honor de las letras españolas; otro en Fornos, organizado por la Sociedad abolicionista para conmemorar la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico en 1873.

Este suceso venturosísimo, que cualquiera que sea el juicio que de aquel período de nuestra historia se haga merecerá ser saludado siempre con entusiasmo, es digno de gloria perdurable. La Convención francesa, que, como ha dicho un orador ilustre, una vez caía en el cieno de todos los crímenes, pero que otras veces se levantaba hasta las alturas del ideal, decretó la esclavitud sin discutirla. Grande y sublime fué este acto de generosidad, pero á su altura está aquella noche del 22 de Marzo de 1873 en que la Asamblea española, llevada de un sentimiento de humanidad y de justicia y rindiendo culto al principio evangélico ampliado por la filosofía moderna, segura de lo grande de la empresa que realizaba, abolía la esclavitud en Puerto-Rico, uniendo en esa aspiración común á todos los partidos liberales y haciéndose acreedora á la bendición de todas las conciencias y á la bendición de la historia.

El banquete en honor de las letras españolas, al cual asistieron hasta setenta literatos, críticos, oradores, autores dramáticos y poetas, dió ocasión para que oyésemos los concurrentes promesas elocuentísimas de unión y cariño entre Venezuela y España; para que Castelar pronunciase uno de esos inimitables discursos, todo sentimiento, todo poesía, todo sublimidad y elocuencia; para que Cánovas aumentase el catálogo de sus frases con algunas de gran valía; para que la España literaria saludase en el Sr. Rojas á un hermano querido.

Al levantarse á hablar el Sr. Castelar, el señor Cánovas le dijo:

«Habla tú, y procura aguar el vino para que nos guste á todos»

Procure el Sr. Castelar no aceptar este consejo para todos sus discursos.

Porque lo que diga el más grande de nuestros oradores, no le debe gustar al más endiosado de nuestros políticos.

Como de rayos dispersos de luz por diáfano cristal recogidos se hacen grandes focos; como de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas, y de granos de arena los montes y de gotas de agua los mares, así el Sr. Echegaray de frases perdidas, de miradas curiosas, de esas mil trivialidades que da la sociedad, en cafés, teatros, reuniones y espectáculos deja dispersas y luego flotan en el aire, ha hecho un drama notabilísimo, conmovedor, lleno de situaciones sorprendentes y de pensamientos magníficos, tal vez la mejor de las producciones con que ha honrado nuestro teatro y ha tejido para su frente la corona del génio.

La obra del inmortal poeta florentino, los amores de Francesca y Paolo, le han dado el título para este drama; su talento le ha proporcionado para hacer de sublime manera la crítica de la vida moderna, personajes admirables, escenas interesantes, lenguaje armonioso, pasiones llenas de magestad y grandeza, luz y color; el público ha tenido para el gran dramático unanimidad de pareceres, rara vez lograda, le dispensó en el teatro una ovación entusiasta, ruidosísima, indescriptible, y le saludó fuera con asombro, como un hombre nacional, ilustración de su siglo, orgullo de su país.

Era poco esto. El génio merecía más recompensa, y una suscripción iniciada para con sus productos regalar al Sr. Echegaray un objeto de arte, que sea recuerdo eterno del triunfo que *El gran Galeotto* le ha proporcionado, abre la puerta á las olas del entusiasmo público, que han roto el dique, que otras veces son para ellas las paredes de un teatro y despiertan con su ruido al país entero.

Hay quien cree, sin embargo, que el Sr. Echegaray no merece un puesto en la Academia de la lengua.

Las puertas de la casa de la calle de Valverde son más estrechas para los demócratas que las de la inmortalidad.

Después de hablar de Echegaray, no podemos decir que merecen severos castigos los que se dedican á disparar petardos.

Nos contestarían que eran salvos.

MIGUEL MOYA.

EL FUTURO GOBERNADOR DE BUENOS-AIRES

DOCTOR DARDO ROCHA.

El inolvidable y simpático escritor Julio Janin, «que por muchos años fué festiva delicia para los lectores del *Journal des Debats*,»—según la frase de Paul de Saint Victor,—en un brillante artículo que consagró al conocido escritor y publicista, señor Torres Caicedo, se admiraba de la fecundidad extraordinaria de los hombres públicos de la América latina, de su impaciencia casi inocente, de la facilidad con que se improvisan, de la audacia con que vuelan en el espacio del pensamiento queriendo hacer en un día, en una hora, lo que en esta vieja y trabajada Europa es la obra lenta del tiempo, de la preparación y de los años.

Si este juicio emitió hablando de la fecundidad de un joven escritor y poeta, ¿qué habría dicho llamado a trazar la vida del hombre á quien consagramos estas líneas?

Habría tenido que admirarlo todo; el talento natural, la brillantez de la inteligencia, la fecundidad de la concepción, la madurez de la elocuencia, la perseverancia indomable en medio de las tempestades políticas, la paciencia reflexiva para saber esperar en el fuego del combate de la política militante, el tino delicado para preparar las situaciones, la desconfianza serena ante la intriga y la maldad y, sobre todo esto, las raras condiciones del hombre político, que improvisado en el calor de los acontecimientos, los ve venir sin miedo y con esperanza sin perder un solo instante la fé que en ellos cifra.

Estas son las condiciones, entre otras muchas, del estadista argentino doctor Don Dardo Rocha, futuro gobernador de la provincia de Buenos-Aires.

A la caída de la tiranía de Rosas—el malvado que enlutó aquel país por espacio de veinte años—era un niño todavía, llamado á formar parte de la nueva generación, designada por la Providencia para levantar el cadáver de la tumba, darle vida y operar el milagro de Lázaro.

Al empezar á crecer, sintió azotar su frente juvenil por las brisas de la libertad; días de redención sonrieron á su espíritu, y panoramas de una nueva época cruzaron alegremente por una imaginación iluminada por todos los resplandores de la esperanza.

Hijo de patriotas proscritos y perseguidos por el tirano, creció odiando á los verdugos de los pueblos que los oprimen con el peso de sus crímenes, y rindiendo culto á los eternos principios que centellean en la frente redimida de la humanidad, como luz inmortal que la conduce á la conquista de sus hermosos destinos.

La vocación de Dardo Rocha, no fué dudosa. Comprendió que su inteligencia, su carácter, su índole, sus inclinaciones, y hasta las necesidades de su espíritu, lo arrastraban á la vida pública, á la política y desde las aulas se preparó ya para esas lides sangrientas, en que muchos dejan pedazos del alma, y alcanzan otros la cima de la gloria, á la que no siempre consiguen llegar, empero, sin haberse despedazado las sandalias en la agreste ruta.

Desmintiendo la aseveración de Julio Janin,—antes citado,—que suponía que todas las grandes personalidades americanas se improvisaban—Dardo Rocha comprendió, siendo muy joven aún, que para hacer camino seguro, avanzar con paso firme y tomar posiciones sólidas, no se debía precipitar, perdiendo su tiempo en luchas prematuras, en las que se habría gastado antes de poseer ciertas condiciones de saber y suficiencia, que en la vida política son verdadera coraza para bajar á la liza.

Con tales ideas, propias ó infundidas por los que en él cifraban esperanzas, Dardo Rocha se dedicó al estudio, abrazando la carrera del foro.

En esas horas, Buenos-Aires entraba de lleno en el camino de su reorganización: la mano implacable del tirano, todo lo había destruido: ruinas, desquicio por doquier.

Era necesario edificarlo todo; pero antes que proceder á la organización interna del país, había que establecer como base sólida de esa organización, la libertad, el orden y la paz, que no podían decirse conquistados con el solo hecho glorioso de la caída del tirano, puesto que con su desaparición de la escena pública, no desaparecieron al mismo tiempo los elementos de perturbación y de barbarie, creados durante veinte años.

Estos momentos, verdaderamente felices para los pueblos que creen asistir á una especie de resurrección después de largas horas de lágrimas é infortunio, ejercen dulce encanto en todas las almas, sobre todo en las de la juventud, puras todavía.

En presencia de ese gran espectáculo, empezó á crecer Dardo Rocha, asistiendo á la labor fecunda del partido, que levantó del polvo ensangrentado la bandera llena de tradiciones que agitaron en sus manos, San Martín, Moreno, Belgrano, Rivadavia y demás próceres de la revolución.

Ese partido formaba una verdadera escuela de nobles ejemplos para la generación que venía á la vida pública, y de la que Rocha debía ser poco después una de sus más brillantes personalidades, anunciando su aparición en tan luminosas filas con un trabajo biográfico sobre D. Bernardino Rivadavia, personalidad que se destaca llena de luz en las páginas de la historia Argentina.

Si Emilio Castelar se revela en su famoso discurso del *Teatro de Oriente*, cuando el bozo no sombreaba todavía sus labios, el joven argentino se reveló en ese pequeño trabajo, que diseñaba ya las tendencias de su espíritu, muy diversas, por cierto, de las de otros jóvenes de la misma edad, que hacían su debut al mismo tiempo, pulsando la lira imperfectamente, los unos, penetrando en el campo de la literatura, los otros, con mayor audacia que suficiencia.

Marino más experto, Rocha hizo sus primeros ensayos en otro terreno, estudiando la fisonomía política y administrativa de un gran prócer, y los ruidosos acontecimientos á que se ligaba su personalidad, con un tino y meditación, que ciertamente no podían esperarse en joven de tan temprana edad.

En ese modesto trabajo, el autor revelaba ya una preferencia marcada por los estudios históricos, un espíritu tranquilo para juzgar hombres y acontecimientos; un estilo naturalmente agradable—según la frase de Montaigne al hablar de los autores que se hacen leer—y cierta seriedad, que podía tomarse como gaje de la dirección elevada que daría más tarde á sus facultades, cultivándolas pacientemente con el estudio y la meditación.

Lo que abunda en nuestra hermosa tierra de América, son talentos—decía el libertador Simón Bolívar—pero lo que faltan son hombres que los cultiven y aprovechen.

Reteniendo esta frase, Rocha comprendió que podía satisfacer su vocación, lanzándose de lleno á las tempestades de la política, á la vez que se dedicaba al estudio.

Su aparición, pues, en el vasto escenario de la vida pública de aquella patria amada, fué saludada con simpatía, por esa propensión natural que existe en nuestros pueblos de raza latina, de saludar, con cierto orgullo de raza, á los jóvenes que surgen, que se inician, se levantan y asoman como esperanzas risueñas del porvenir.

Dardo Rocha estaba para sus compatriotas en ese caso.

Se anunció con el pequeño trabajo histórico de que acabamos de hablar, y llamó la atención sobre él, mereciendo desde ese mismo día que hombres importantes y jueces competentes, le augurasen una carrera rápida y feliz, si el ruido vertiginoso de las lides políticas—huracanes que espantan ó seducen—no le distraían del estudio á que parecía consagrarse.

Es que entonces nadie tenía idea del temple, de la energía, de la firmeza, del carácter indomable del niño, que surgiendo de una manera tan modesta debía avanzar y luchar, y vencer de una manera tan extraordinaria, en los campos inmensos de batalla de todo género, á que su estrella lo debía empujar.

Por eso se pudo alimentar la duda.

Al poco tiempo ya no era lícito alimentarla. Rocha se mostraba, y al mostrarse, crecía, y al crecer hacía alarde de condiciones extraordinarias, para un joven que apenas ponía los pies en los dinteles del mundo.

Seducido siempre por las agitaciones de la política militante, cuando cierra los libros en la Universidad, se precipita á los clubs populares, se embriaga en su atmósfera de fuego, aplaude con entusiasmo la palabra inspirada de tribunos que hablan elocuentemente de libertad y democracia, y seducido al fin por esos nobles encantos de la República,—como los llamó Lamartine desde lo alto de los balcones del *Hotel de Ville*,—Dardo Rocha sintió la necesidad de hablar él también, de mezclar su voz al gran coro que entonaba el *Te Deum* de la resurrección argentina y habló por vez primera en medio de una tempestad de aplausos, para continuar siendo después uno de los oradores que tenían el privilegio de dominar las Asambleas, con la fogosidad impetuosa de una elocuencia en la que se confundían caprichosa y elegantemente, la impetuosidad de los primeros años, los arranques ardientes del patriotismo y la intención sagaz del partidario convencido.

¿Cómo le seguimos ahora paso á paso, para ir marcando las etapas que ha hecho, hasta llegar á la gran altura en la que hoy se destaca, llamado á presidir los destinos de la noble, importante, rica é ilustrada provincia de Buenos-Aires?

No sería fácil.

Ante todo, sería preciso escribir la historia de esa provincia y una parte de la de la república toda, para ligar el nombre del doctor D. Dardo Rocha á todos los grandes acontecimientos producidos en aquel hermoso país, y en los que, hace veinticinco años,—á pesar de no contar sino con cuarenta,—viene tomando parte activa, franca y decidida, como soldado, como periodista, como diputado, como senador al Congreso, como consejero de Estado, como jefe de partido, como árbitro de situaciones solemnes, y como caudillo popular, duramente combatido unas veces, aclamado otras, atrozmente calumniado un día, enaltecido con delirio al siguiente; pero siempre triunfante, siempre vencedor, siempre ganando terreno en el ideal de sus ambiciones.

¿Qué naturaleza y qué condiciones especiales las de este hombre, verdaderamente extraordinario?

Reside en ella el verdadero secreto de la multiplicación.

Desde el primer momento en que toma parte en la política, hace alarde de dos condiciones, á las que, ayudado por su brillante y hermoso talen-

to, debe en gran parte el éxito feliz de su carrera:—una actividad asombrosa y una constancia de que hay pocos ejemplos.—

Dotado de una voluntad de hierro, sigue sus estudios de abogado, llamando la atención de los profesores por la múltiple fecundidad de sus facultades.

Cuando no es el primero entre los primeros, es siempre de los primeros, sorprendiendo á los que de cerca le van siguiendo, que tenga tiempo para todo, para no descuidar un solo instante sus estudios, para estar en todas partes, escribir en la prensa, asistir á los clubs populares, terciar en los debates del Parlamento como diputado, buscar prosélitos en las campañas, ponerse en contacto con los hombres importantes de los puntos más apartados de la República, y hacer, en fin, el trabajo de una verdadera ardilla.

En aquella parte de América, los hombres son vivos, inteligentes, activos, sagaces y hasta dotados de eso que vulgarmente se llama *pillería política*, elemento de acción que ha dado grandes resultados, á más de uno de los que aspiran á subir; pero ninguno—oígase bien lo que decimos y afirmamos,—ninguno ha revelado tanto estas calidades, como el futuro gobernador de la rica Provincia de Buenos Aires.

Hay naturalezas especiales para todo—dice Buffon,—y la de Rocha es una de ellas.

¿Qué viveza!
¿Qué actividad!
¿Qué perseverancia incansable aquella!
¿Hay un peligro? Se ríe de él, lo burla, lo vence.
¿Hay un inconveniente para el logro de un deseo?

No se espanta: se complace en hallarlo en su camino, para gozarse en la satisfacción de dominarlo. ¿Se vé atacado, agredido, asediado por el enemigo que no participa ni de sus ideas, ni de sus propósitos, ni de los fines á que aspira?

¿Qué le importa eso á Dardo Rocha?

Se coloca frente á frente al adversario; le irrita con su calma estóica, y al fin le vence con la sonrisa en los labios, aun cuando le haya combatido con saña en el corazón.

En los momentos supremos, no dice sino lo que quiere.

Si cree que no debe hablar en un país en que todos hablan, no habla. Cuanto se haga por conseguirlo es inútil.

Rocha tiene presente el proverbio oriental: sabe que el silencio es oro, y cuando cree que se debe callar, replega los labios con la dura firmeza del hombre de convicciones.

A esta reserva, ciertamente estudiada en él, han llamado sus enemigos hipocresía y doblez llegando á compararle con el tipo odioso de *Rodin*, inmortalizado por la pluma de Eugenio Sue.

Nada más injusto, sin embargo.

Rocha tiene una escuela de política suya, un carácter suyo, que podrá diferir del carácter y de la escuela de la generalidad de sus compatriotas; pero que en la práctica le acaba de dar resultados, que no han podido alcanzar muchos de ellos, con tanto talento y preparación como las que él posee.

Esa escuela ha tenido por base estos principios invariables en la vida pública del hábil jurisperito:—*paciencia y saber esperar*.

Las democracias son caprichosas, y no pocas veces variables como la de Atenas, que se cansó de llamar *Justo* á su hijo predilecto. Un día enaltecen al favorecido y al siguiente lo arrancan del pedestal de gloria en que le acaban de colocar para arrojarlo veinte y cuatro horas después al lodo, cubierto de improperios, repitiendo con ellos la escena de vergüenza que ofreció al mundo la Francia con el gran tribuno Mirabeau.

Comprendiendo estas veleidades de la opinión, Dardo Rocha no se ha dejado acobardar jamás por el improperio, ni marear por la lisonja, confiando al tiempo, á su acción lenta, á sus consejos y experiencia, la apreciación concienzuda de las acciones humanas, revelando en ese estoicismo,—digno realmente de un hombre antiguo—una grandeza de alma y un aplomo poco comunes en los hombres políticos de nuestra raza.

Y en esa especie de *impasibilidad aterrante*—como la llama Milton hablando de Foscolo,—ha estado precisamente la fuerza con que se ha batido en las luchas tempestuosas de la política Argentina.

En lo más ríe del fuego; cuando las pasiones estaban desencadenadas; cuando los odios de partido hacían gala de no respetar nada—ni la santidad serena del hogar,—Dardo Rocha, que respiraba atmósfera de fuego, que atacaba y hería sin piedad, fué objeto de una guerra tremenda y de insultos tan procaces como sangrientos.

En cualquier otro, podían haber producido efecto, haberle acobardado, obligándolo á retirarse de la ensangrentada liza.

En Rocha, nada de eso.

Como simple soldado de un club político, como periodista, como miembro de la legislatura de Buenos-Aires, como senador al Congreso, como miembro influyente de un partido, primero, como su jefe, más tarde, tuvo un programa, concibió una idea, acarició un propósito, y firme siempre, sin flaquear jamás, siguió *impasible su camino*, con esa conciencia serena que infunden la convicción y la fé, en las almas bien templadas, ó la esperanza de un éxito seguro en los hombres públicos.

Condiciones de esta naturaleza, no podían pasar desapercibidas ante los partidos que batallaban en la patria Argentina; debían llamar la atención sobre aquel que los poseía, y la importancia del Doctor Rocha fué creciendo á medida que esas condiciones iban siendo conocidas.

Muy joven aun, es llamado á ocupar un asiento en la Cámara de Diputados.

Hasta entonces solo se le conocía por el orador fogoso de los clubs, por el orador de barricada, como llamó Paul de Casagnac á Gambetta.

Ahora se iba á revelar bajo otra faz, asumiendo la talla de un orador de Parlamento, con su calma, su reposo, su preparación, su destreza para abordar los debates, su elocuencia para arrastrar y comover, sus grandes recursos para salir airoso en los momentos supremos, en las luchas hermosas de la palabra.

Apenas entró en la Cámara, Rocha manifestó todas estas condiciones y calidades.

Hablaba con elocuencia y con pasión, revelando en el gesto, el acento y la entonación, las convicciones profundas con que iba allí á sostener sus opiniones; pero revelando á la vez, estudio y preparación para terciar en los más áridos problemas que eran objeto de debates en el seno de la legislatura de que formaba parte, y en la que cruzó dejando huella luminosa.

Una vez en ella, supo tomar posiciones: creció en poco tiempo, se creó influencia, la ejerció poderosa con la brillantez de sus discursos dando á su nombre esa celebridad que solo se adquiere con el talento y las calidades extraordinarias.

Desde esa época puede decirse que data la verdadera multiplicación del Doctor Rocha.

Tiene ya su estudio de abogado abierto. Una clientela respetable é importante le honra, confiándole la gestión de sus asuntos.

A todos atiende y á todos sirve al mismo tiempo que concurre á las sesiones del Parlamento, que toma parte en las asambleas populares, que mantiene una activa y voluminosa correspondencia, hasta con los que viven en los últimos confines de la República, que escribe para la prensa, y que dá audiencia á los infinitos partidarios que le buscan, reconociéndole ya calidades de jefe y de caudillo.

Rocha no tiene un momento de reposo, Es una especie de máquina, á la que la pasión de la política mantiene en constante, activo y agitado movimiento.

Esa manera de ser, parece constituir un solaz de su existencia.

No es físicamente robusto, ni ménos fuerte. Por el contrario, es delicada su salud, y á pesar de eso, goza de ella en medio de la tormenta desencadenada en que vive, como si esa agitación verdaderamente febril sirviese de nueva atmósfera para ensanchar sus pulmones.

Se halla sentado en su banco de legislador; recibe de improviso carta de un caudillo electoral de campaña diciéndole, que la elección del candidato por él recomendado, se halla en peligro.

Rocha no dice una palabra. Se levanta tranquilamente, y sin perder momentos se dirige al tren, ó monta á caballo, y se anda cuarenta ó cincuenta leguas, por ir á vencer los obstáculos que se presentan al logro de sus deseos.

Ese es el hombre. Reconoce que hay imposibles en la vida, pero en su diccionario político, es una palabra que le fastidia, no siendo por cierto un partidario ni un caudillo que se haya acobardado jamás ante las dificultades ni los peligros, que al hombre público se presentan en la ensangrentada liza.

Más aún: hay peligros, hay dificultades, que él mismo los provoca; que los busca, como si quisiese estudiar en la práctica, y *sur le champ*, hasta dónde puede la voluntad del hombre, y de cuántas conquistas es susceptible esa energía indomable que alienta la fé y la esperanza.

Nunca se precipita, ni procede bajo el imperio de sus primeras impresiones, poseyendo la rara virtud política, según la frase de Montesquieu, de *saberse dominar y dar tiempo á desahogarse antes de resolver*.

De aquí sin duda la firmeza de los pasos que ha dado en su carrera, sacrificando, no pocas veces, popularidad, prestigio, goce y satisfacciones del momento, por alcanzar al fin los resultados que buscaba.

Hablando es nervioso, inquieto, vivo.

Obrando es sereno, reflexivo y reposado.

En medio de grandes expansiones de entusiasmo, tan comunes en pueblos jóvenes é impresionables, por naturaleza y por carácter participa también de ellas, abre su alma á todos los encantos del patriotismo que se inspira en la magestad redentora de la libertad; pero, ni se alucina, ni se precipita, ni se compromete, ni vá más allá de lo que debe.

En todos sus actos, madurez, reflexión, cálculo también.

Si la popularidad le ha sonreído alguna vez, ha tenido el talento de mostrar que lo ha despreciado siempre, no transigiendo jamás con ciertas exigencias de la opinión, que Rocha consideraba no debían serle concedidas.

Para el partido *Mitrista*, al que ha combatido sin tréguo, ha sido siempre objeto de ódio; pero, desde su jefe hasta el último de sus soldados, le han respetado, y más que eso, le han temido reconociendo en él, no sólo un talento extraordina-

rio, sino todas las habilidades del partidario, que si no practica en toda su plenitud las máximas de Machiavelo, ni se acobarda, ni se asusta, ni se espanta ante los obstáculos que el enemigo le oponga para combatir sus aspiraciones.

En algunos momentos, Rocha aparenta abandonar el campo sangriento de la política; pero en realidad, no lo hace un sólo instante: trabaja, trabaja siempre y sin descanso, preparando, desde el silencio de su gabinete, los planes y combinaciones que le han de producir resultado, en momentos dados.

Siempre el talento de *saber esperar*, tan raro en los hombres públicos, y sobre todo, en aquellos á quien han sonreído el éxito y la fortuna.

Un día queda vacante el puesto de senador al Congreso, por la provincia de Buenos-Aires.

Ha sido ocupado antes por tres de los hombres más eminentes del país: Valentin Alsina, Félix Frias y Bartolomé Mitre, los tres entrados ya en el último tercio de la vida.

Hay que hacer nueva elección, y cuando nadie lo esperaba, Dardo Rocha es nombrado para ocupar puesto tan alto, tan espectacular, que hay quien le prefiere á la presidencia de la República.

Tanto los que le confiaban tan honrosa misión, como los que de cerca le conocían, tenían plena confianza en sus aptitudes y facultades para llevarla; pero pocos, muy pocos ciertamente, pudieron suponer que aquel nuevo teatro serviría al Doctor Rocha para revelar su talento, su experiencia, sus altas dotes de hombre de Estado, bajo otras faces, tan nuevas como variadas.

En el Senado Argentino tienen siempre asiento varios de los hombres más respetables de la República.

Como si para ellas fuese cuestión de honra y dignidad, de amor propio, las provincias escogen—salvo excepciones producidas por las luchas locales de los partidos—á los hombres más eminentes que en su suelo hayan nacido, procurando de esta manera dar brillo y lustre á tan importante Cuerpo.

Pues bien: Rocha tenía poco más de treinta años cuando franqueó las puertas del augusto templo, y á pesar de esa edad temprana, habiendo en él ancianos respetables como Sarmiento, que á más de sus dotes extraordinarias de talento, tenía todo el prestigio de bajar recién de una presidencia histórica, mereció la alta distinción de ser nombrado presidente del Senado Argentino.

¿Por qué? Porque en su seno reveló, no solo las dotes sobresalientes de uno de esos oradores, cuya palabra arrastra y fascina, sino grandes condiciones de hombre de Estado, de administrador lleno de conocimientos, de tacto y experiencia íntima en los más áridos problemas del Gobierno, en todas sus múltiples y variadas manifestaciones.

En ese instante, Rocha tampoco era popular, y sin embargo, era considerado, era temido, gozando de esa consideración silenciosa que en los pueblos inspiran los hombres políticos de gran talla, cuyas condiciones de superioridad los impone.

Llamado á tomar parte en debates solemnes por su trascendencia, en todos ellos hizo brillante figura, entusiasmado unas veces con una elocuencia apasionada á la vez que florida, convenciendo otras con esa argumentación tranquila y reposada que se inspira en la conciencia, el estudio y la elevada suficiencia.

Un día llegan al recinto del Congreso los tratados celebrados por el Gobierno argentino con el plenipotenciario chileno.

Esos tratados no satisfacen el patriotismo ni dan satisfacción á la dignidad nacional.

Rocha en el Senado se ha mostrado siempre hombre de paz, conservador por instinto y por inclinación.

Sin embargo, ante lo que él conceptúa una indignidad para la Patria, se levanta airado, protesta, y trayendo á tela de juicio el tratado, lo combate con uno de esos discursos que más que un acento de la elocuencia moderna, parece una de aquellas oraciones antiguas destinadas á levantar tempestades de entusiasmo en el corazón de los patriotas.

Según la frase del Sr. Sarmiento,—que le abrazó al salir del recinto,—*estuvo sublime*, mereciendo las felicitaciones, no solo de los que acababan de oírle en la sesión secreta, sino de los de todos aquellos á quienes iba llegando el ruido fascinador de su elocuencia.

Puede decirse que en ese momento Dardo Rocha había llegado al apogeo de su gloria política, á la cima de sus ambiciones, avanzando siempre con paso firme, sin haber retrocedido un solo día, ni haberse quedado rezagado en el camino, cosa tan frecuente en algunos de los hombres públicos que figuran en el escenario político de los pueblos.

Sin embargo, su carrera no estaba completa todavía.

Nuevos acontecimientos—que diríanse preparados para ofrecerle vasto campo en que desplegar sus dotes extraordinarias—debían surgir en la República Argentina, en los que el eminente estadista iba á destacarse una vez más, lleno de gloria y de luz.

Hablamos de la tempestuosa lucha electoral que precedió al nombramiento del general Roca para presidente de su patria.

Esta lucha debía presentar un carácter es-

pecial, avivándose un antagonismo que parecía muerto ya entre *Provincianos* y *Porteños*, nombre este último que se dá allí á los hijos de Buenos-Aires, como aquí en España se dá á los de Cádiz.

Los dos Presidentes anteriores, Sarmiento y Avellaneda, habían sido *Provincianos*.

Los *Porteños* deseaban, pues, que en esta elección el candidato fuese de Buenos-Aires.

Sin embargo, uno de los dos partidos que debían disputarse la elección—el *Mitrista*, cuyo jefe había sido ya presidente—no tuvo un candidato propiamente suyo que levantar, plegándose humilde á la candidatura del Doctor Tejedor, que no les pertenecía, que era, á la sazón, gobernador de Buenos-Aires, y que, contando con los elementos oficiales de su Gobierno, tuvo el cinismo de proclamarse *él mismo candidato* á la Presidencia.

La maniobra era, sin disputa, hábil hasta cierto punto, pues siendo Tejedor *Porteño*, los *Porteños* tenían ya un candidato.

El otro partido grande, y fuerte, y vencedor en la lucha presidencial anterior proclamó, libre y espontáneamente, al general Roca.

Este era *provinciano*.

En Buenos-Aires fué también proclamado, por una parte importante del partido que levantó su nombre en las Provincias, de manera que, propiamente hablando, no podía decirse que la candidatura Roca fuese hostilizada por el pueblo *Porteño*, ni la del Doctor Tejedor patrocinada tampoco por los *Porteños*, unidos y compactos en torno de su nombre.

A pesar de esto, Tejedor, que, como hemos dicho antes, era gobernador de la rica é importante provincia de Buenos-Aires, consiguió dar á la lucha electoral el carácter odioso de una lucha entre *Provincianos* y *Porteños*, tocando la fibra del amor propio de estos, al recordarles, que los dos últimos presidentes de la República habían sido *Provincianos*, y que Buenos-Aires no podía tolerar, sin mengua, que el nuevo presidente fuese otro *Provinciano*.

Colocada al fin la cuestión en este terreno, debemos confesar que se hizo difícil la situación de los hijos de Buenos-Aires que sostenían la candidatura Roca.

Muchos de ellos, acobardados ante la propaganda incesante de una prensa fogosa, activa y disciplinada, sintieron flaquear su entusiasmo y se abstuvieron de seguir ocupando sus posiciones.

Otros, por el contrario, de nada hicieron caso, y firmes en sus propósitos, mantuvieron en alto la candidatura Roca.

Y es aquí, en esta lucha, en esta grave emergencia donde le estaba reservado al Doctor Rocha el rol más importante que haya tenido en la política de su país, y el que debía prepararle el terreno para conducirle á la eminencia en que hoy se destaca.

No hay para qué decir que él fué de los que no vaciló un segundo, de los que, colocados frente á frente á la política insidiosa y ruin del Gobernador de Buenos-Aires, sintió retemblar su fé en favor de la candidatura Roca, combatiendo de todas maneras los planes ambiciosos del hombre fatal que daba á la contienda electoral tan odioso carácter.

Pero esto no le bastaba al Doctor Rocha.

Le era preciso comunicar á sus amigos su misma decisión, su misma fé, idéntica confianza en el triunfo, haciéndoles mirar con desprecio la propaganda de la prensa que los presentaba como traidores, por estar aliados al candidato *provinciano* contra el candidato *porteño*.

¡Qué actividad tan asombrosa la que Rocha reveló en esa emergencia!

Diríase que su persona se había dividido en cien.

En todas partes estaba y en todas se le veía.

Había sesión en la Cámara de Diputados Provinciales. Allí tenía amigos. Temía que pudiesen flaquear. Corría al recinto, y les llevaba su aliento.

Se reunía el *Comité Roquista*.

Algunos de sus miembros, hombres de fortuna y alta posición, dando crédito á los prédicas de la prensa *Tejedorista* que venía anunciando la guerra civil si triunfaba la candidatura Roca, empezaban á flaquear, queriendo alejarse de la lucha.

Rocha lo sabía, iba al *Comité*, les hablaba, les infundía su fé y concluía por retemplarlos.

En la prensa amiga observaba que algun redactor estaba *tibio*. No perdía un segundo. Iba, le mostraba la verdad de las cosas, tal cual él las comprendía, y el periodista, temeroso un momento antes, tomaba nuevos bríos y continuaba su ardiente propaganda en favor de la candidatura Roca, de la que, en Buenos-Aires, despues de cierta época, fué alma y vida el Doctor D. Dardo Rocha (1).

HÉCTOR FLORENCIO VARELA

Lisboa, 12 de Marzo de 1881.

LOS SUCESOS DE RUSIA.

I

El interés vivísimo que antes inspiraban los asuntos de Rusia había decaído notablemen-

(1) Siendo demasiado extenso este artículo, mandado por el Sr. Varela desde Lisboa, le cortamos ahí para insertar la última parte en el próximo número.

te desde la última tentativa contra la vida del Czar Alejandro II en el palacio de Invierno. Solo se tenía noticia de que aun latía el nihilismo, ya por el descubrimiento de alguna imprenta clandestina, ya por la sorpresa de unos cuantos conjurados, que orgullosa pregonaba la policía cual maravilla de perspicacia y de actividad. Las más de las veces el anuncio de un nuevo convoy de deportados á Siberia era lo que recordaba la existencia de los terribles sectarios. Se les consideraba vencidos, no tanto por la actividad y la vigilancia desplegadas por el conde Loris Melikoff, cuanto por el desaliento profundo en que, nadie lo dudaba, les había sumido el fracaso de uno y otro plan, á cuál mejor imaginado, para acabar con la vida de un hombre que parecía amparado por un poder superior.

Tal era el aparente estado de las cosas, fuera de Rusia al menos, cuando el telégrafo anunció un suceso terrible: el Czar había muerto á manos de los nihilistas. Al asombro, primer efecto de la noticia, sucedieron los comentarios y las consideraciones, conviniendo todos á la postre en que tal y no otro tenía que ser el resultado de aquel duelo á muerte empeñado tanto tiempo hacia entre una oculta fuerza social y un hombre, entre tantas vidas contra una vida. Se olvidó pronto la pasada confianza que inspirara aquella tregua en la lucha, aquella calma falaz.

Pero, volviendo sobre el trágico suceso, relatémosle, depurado, como ya lo está, en todos sus pormenores. Es una página más en la sangrienta historia de los Romanoff.

Seguendo una costumbre antigua, el domingo 13 de Marzo debía verificarse una revista en el Picadero Miguel. El emperador Alejandro, rodeado de un brillante estado mayor, al que se incorporaban todos los diplomáticos militares, los ministros y los más altos funcionarios del Estado, asistía los domingos á esa parada ó *rasvud*. El Czar aprovechaba siempre estas ocasiones para dirigir benévolas palabras á los embajadores extranjeros. Dicho domingo, algunas compañías de los regimientos de la Guardia habían sido designadas para que el Czar las revistase.

A las doce en punto se hallaban reunidas en el Picadero, y á las doce y media entraba el Czar con su estado mayor y pasaba revista á estas tropas escogidas. Despues de hablar breve rato con los embajadores, se despidió de ellos y del séquito y partió en direccion al palacio Miguel. Allí residía su sobrina la gran duquesa Catalina, viuda del gran duque de Mecklemburgo Sterlitz, con la cual acostumbraba almorzar todos los domingos, despues de la revista en el Picadero.

Terminado el almuerzo, á la una y 55 subió á su coche, escoltado, como siempre, desde los últimos atentados, por seis tcherkeses. Detrás, en un trineo, iba el jefe de policía de la primera seccion de San Petersburgo, coronel Dvorjesty.

El coche torció á la derecha por la calle de los Ingenieros, y pasando ante la escalinata imperial del Teatro Miguel, torció nuevamente á la derecha y se internó en el muelle del canal de Catalina.

El coche no había corrido dos minutos por el muelle, cuando una espantosa detonacion hizo retumbar el pavimento y rompió casi todos los cristales de las casas que se levantan en uno y otro muelle del canal. El coche, levantado más de dos pies sobre el suelo, volvió á caer, destrozándose la parte posterior de la caja. El tronco se paró súbitamente; los caballos del trineo que conducía al coronel Dvorjesty, dominados por el terror, se desbocaron sin que pudiese regirlos el cochero. El coronel se apeó inmediatamente, corrió al coche del Czar, y abriendo precipitadamente la portezuela, gritó:

—¿Está herido V. M.?

—No, gracias á Dios,—respondió,—pero, ¿qué pasa?

—No lo sé, mas preveo un gran peligro.

—¿Señor!—gritó el cochero, fiel y antiguo servidor, condecorado por sus leales servicios;—no se baje V. M.! Respondo de llevarle salvo al palacio de Invierno en este mismo coche.—

El emperador iba á acceder, pero en el mismo momento vió que uno de los tcherkeses de la escolta se derrumbaba muerto de su caballo, y que otros estaban heridos. Entonces bajó, y haciendo la señal de la cruz para dar gracias á Dios por haberle preservado de la muerte, se dirigió hácia la acera, donde habían caído los heridos. Dos soldados de marina llevaban sujeto á un hombre á quien acababan de detener: era el mismo que había lanzado la bomba. El Czar dió algunos pasos hácia él, pero el coronel Dvorjesty le suplicó que no se aproximase hasta que él supiera lo que había pasado.

No se engañaba: al acercarse al desconocido vió en su mano un puñal. Por una inspiracion súbita le descargó un violento puñetazo en el brazo, y el cuchillo cayó en la nieve. Agarrándole en seguida por la ropa, sintió que bajo el vestido llevaba un revólver, y se lo quitó. Entonces se le aproximó el Czar y le dijo:

—¿Qué eres?

—Propietario.

—¿Tu nombre?

—Griassnoff.

El sumario ha hecho descubrir que se llamaba Ryssakoff. Es un jóven de 21 años, de corta estatura, natural del gobierno de Novgorod y ex-alumno del Instituto de Minas.

—Partamos,—dijo el Czar al coronel Dobijestky,

y dió tres pasos en direccion á su carruaje; pero en el mismo momento una nueva y más terrible explosion redobló el espanto de todos los testigos de este lúgubre drama. Una segunda bomba acababa de estallar entre las piernas mismas del Czar, que cayó dando con su rostro sobre la nieve, que inmediatamente se enrojeció.

El coronel Dvorjesty cayó tambien como muerto. Algunos cascotes de la bomba le habían alcanzado en los hombros y en la cintura.

El Czar lanzó un grito desgarrador:

—¡Pomoguité! (Socorro.)

A su voz, el coronel se levantó como galvanizado, y todo cubierto de sangre, corrió hácia el Czar, tomándolo por bajo de los brazos para levantarlo, pero sus fuerzas le engañaron; se desagraba rápidamente y le atormentaban las innumerables heridas que había recibido, no consiguiendo levantarlo. El emperador yacía sin sentido, herido el rostro y la cabeza cubierta de sangre. En esto llegó el capitán Novikoff, del regimiento de Lithuania y Netchaievo, cadete de la escuela militar del Emperador Pablo, y ayudando al coronel, lo condujeron hasta el trineo de éste, que partió rápidamente hácia el palacio de Invierno. La desolacion más espantosa se apoderó de la familia imperial y de sus servidores, al ver al Czar en aquel estado.

El asesino no pudo ser descubierto. Supónese que se adelantó sobre el hielo mismo del canal y desde allí lanzó la segunda bomba.

Al desnudar al Czar aparecieron en toda su gravedad las horribles heridas. Una de las piernas estaba rota por el muslo y pendía de un giron de carne; la otra por la pantorrilla; el vientre hecho pedazos y la cara destrozada. Los médicos declararon en seguida que la amputacion era imposible y que no había que prestar al Czar más auxilios que los de la religion.

No era esta la única víctima. Uno de los tcherkeses de la escolta cayó muerto por la primera explosion, y por la segunda, un muchacho, mozo de una carnicería, que cruzaba por el muelle con una cesta llena de carne en la cabeza, así como un paje del Czar y un desconocido que falleció en el hospital al curarle y á quien se cree uno de los asesinos, pues no quiso decir su nombre, aunque conservaba el uso de la palabra.

Atraída por el estampido, que se oyó aun en los barrios más lejanos, una gran muchedumbre corrió desatentada hácia el lugar de la catástrofe. No habían transcurrido diez minutos cuando ya había seis mil personas en el muelle del Canal de Catalina, donde dos cordones de soldados del regimiento de Pablo I les impedían trabajosamente que penetrasen en el paraje donde habían estallado las bombas. En la acera gemía el pobre muchacho de la carnicería y á su lado se veía volcada la cesta y la carne esparcida por el suelo.

En medio de la calzada un ancho agujero de 25 centímetros de profundidad, abierto en la nieve, indicaba el punto preciso en que había estallado la segunda bomba. Más léjos, fragmentos del capote militar del Czar al lado de los restos del coche, y en derredor los funcionarios de la policía y de la justicia que instruían el sumario. Fuera de la línea de soldados, rostros consternados, ojos bañados en llanto, una muchedumbre, en fin, aterrorizada por aquel espantoso suceso. De repente se oye el fúnebre tañido de la campana del Palacio de Invierno, las miradas se alzan en aquella direccion y divisan el pabellon imperial á media asta. Todas las cabezas se descubren, todos los brazos hacen piadosamente sobre los pechos la señal de la cruz, redobla el llanto, y se oyen los clamores del dolor más profundo y que expresan el amor del pueblo ruso hácia sus soberanos:—¡Nuestro padre ha muerto!—exclamaban.

II

La muerte de Alejandro II es una mancha más de sangre en la historia de los Czares. Una especie de fatalidad parece pesar sobre la dinastía de los Romanoff. Gran parte de los que han ocupado el sangriento trono, ha perecido asesinada. El asesinato entra como un factor casi constante en la sucesion de los acontecimientos y de los soberanos de Rusia.

Al volver la vista hácia atrás en esa historia, hay que separarla con horror. Ni aun la del Serrallo es tan horrible.

IVAN VI,—para no retroceder demasiado,—hijo y sucesor de la zarina Ana, es arrojado al fondo de un calabozo y estrangulado por sus carceleros al cabo de veinte años de prision.

El czarewitch Alejo, hijo de Pedro el Grande, es condenado á muerte, que se ejecuta en la prision.

PEDRO III, hijo de Carlos Federico, duque de Holstein, sucede á la emperatriz Isabel en 1762 y muere asesinado pocos meses despues. Este príncipe se había enagenado la voluntad del pueblo por sus vicios y por las violencias á que le arrastraba la embriaguez. Había disgustado tambien á la nobleza y al clero con sus innovaciones liberales y con la preferencia que mostraba hácia los extranjeros, especialmente á los alemanes.

Amenazada con el divorcio, con la prision y acaso tambien con la muerte, su mujer, la famosa Catalina, previno el fin que le esperaba, tramando una conjuracion que estalló en pleno día. Los hermanos Orloff, el conde Panine y el *Hettman* Rasonmofski, se pusieron al frente de una sedicion

militar y el Czar fué depuesto á los seis meses de reinado, sucediéndole su esposa Catalina.

Siete dias despues, Gregorio Orloff, su hermano Alejandro y algunos otros de sus amigos, estrangulaban á Pedro en la prision de Rospcha, despues de envenenarle con vino de Borgoña. Su muerte se atribuyó oficialmente á causas naturales, y el cadáver estuvo expuesto durante tres dias en la iglesia de San Alejandro Newski. Para disimular las señales de estrangulacion, le envolvieron el cuello en una enorme corbata.

PABLO I, hijo de Pedro III y de Catalina II, muere asesinado en San Petersburgo el 12 de Marzo de 1801, al cabo de un reinado de cinco años. Su espíritu inquieto y suspicaz, el vértigo del poder, la tutela humillante en que había gemido durante el reinado de su madre Catalina, contribuyeron á hacer de Pablo I el más odioso de los déspotas.

La revolucion francesa inspiraba un odio profundo á este loco coronado. Para impedir que las nuevas ideas penetrasen en sus dominios, prohibió la importacion de libros franceses y aun de todo libro extranjero. Se declaró campeón de las antiguas ideas monárquicas, y aspiró á dirigir la coalicion europea formada contra la república francesa.

Su estado mental llegó á ser una amenaza perpetua para su familia y sus servidores. Estimuló la delacion y multiplicó las sentencias arbitrarias. Entonces se tramó una conspiracion para derribarle, y á su cabeza se puso uno de sus favoritos, el conde de Pahlen, gobernador general de San Petersburgo. Los principales conspiradores eran el conde Panine, el príncipe Zoubol y los generales Benningsen y Onvarot.

El 12 de Marzo de 1801, Pahlen reunió en su casa á los conspiradores, y de allí se dirigieron al Palacio Miguel, especie de fortaleza en que Pablo se había encerrado.

La banda de Benningsen entró la primera y se dirigió al cuarto del emperador. La de Pahlen se quedó á retaguardia, dispuesta para acudir donde fuese necesario.

Los de Benningsen marcharon silenciosamente, sorprendieron á los centinelas y se precipitaron en el aposento del emperador. Pablo despertó súbitamente y saltando del lecho buscó un refugio en las habitaciones de la emperatriz, cuya cámara comunicaba con la suya por una escalera interior. En su desconfianza el desventurado príncipe había clavado la puerta de comunicacion, cortándose él mismo la retirada. Aterrorizado corrió entonces á la chimenea y se ocultó en ella como pudo, poniendo delante una gran pantalla.

Los conjurados se fueron derechos á su cama, y hallándola vacía, exclamaron:—¡Estamos perdidos!—Se disponían á huir, cuando uno de ellos dijo: «El lecho está aún caliente: debe estar aquí; busquemos.» Buscan, en efecto, apartan la pantalla, y ven las piernas de Pablo. Tirando de ellas le arrastraron al medio del cuarto.

Entonces se representó una escena horrible.—«¿Qué os he hecho?»—gritaba el emperador reconociendo entre los conjurados á muchos de los que él creía sus amigos. Recobrando luego en presencia de la muerte su dignidad, habló durante algunos minutos á sus asesinos de una manera tan elocuente, que muchos de ellos, conmovidos hasta derramar lágrimas, deseaban echarse á sus plantas.

—«Es tarde; no puede perdonarnos ya:» exclamaron los otros; y estrechando más al emperador, le instaban á que firmase su abdicacion.

Pablo resiste, suplica; pero, casual ó intencionadamente, una mano derriba la lámpara, y en medio de la oscuridad uno de los conjurados hiebre á Pablo en el rostro con el puño de la espada y le destroza la frente y la nariz. Otro quiere atravesarlo, pero Pablo le sujeta la espada, cortándose tres dedos. Cae, y los asesinos todos le van hiriendo, estrangulándolo luego y cortándole al fin la carótida.

Al siguiente dia supo San Petersburgo que el emperador Pablo I había muerto la noche anterior... de un ataque de apoplejia fulminante.

ALEJANDRO I, su hijo, del que se suponía que había contribuido á su trágico fin, le sucedió. En 1825 moria en Tangagog, de una fiebre endémica pero no sin haber entristecido sus últimos dias el descubrimiento de una vasta conspiracion, tramada por la juventud de las altas clases.

NICOLAS I le sucedió el 24 de Diciembre de 1825. El 26 estalló una conspiracion en el ejército. Nicolás se puso al frente de los rebeldes, y con voz de trueno les ordenó que volviesen á las filas y que se arrodillasen: su alta estatura y su sangre fria impusieron un momento á los conjurados, pero la insurreccion no tardó en rugir más amenazadora y solo pudo sofocarla con la metralla.

La mayor parte de los autores de la conspiracion fueron presos y la represion terrible. Le sucedió Alejandro II cuya trágica muerte motiva este escrito.

III

ALEJANDRO II nació el 29 de Abril de 1818. Ruso por su padre, era alemán por su madre la zarina Alejandra Federowna, hermana del rey Federico Guillermo IV de Prusia. Le educó el general Moerder, que era de origen alemán. Su educacion fué enteramente militar, conservando durante toda su vida extraordinario apego á las ideas y aparatos militares. «Mientras viva, dijo un dia á un diplo-

mático extranjero, mantendré aquí el respeto de los uniformes. Cuando nací, mi padre me cubrió en la cuna con su capa militar, cual si fuese un símbolo. Nací en un uniforme, y moriré en un uniforme.»

Esta frase pinta á Alejandro y el carácter militar, dominante aún hoy en Rusia. Su educación y su origen materno explican la amistad que siempre ha profesado al rey de Prusia; amistad que ha constituido un sistema político en las cuestiones exteriores de Rusia.

Nombrado comandante de los lanceros de la Guardia á la edad de diez y seis años, su salud se resintió por efecto de las fatigas que le ocasionaba la vida de ejercicios y paradas á que su padre le sometía. Para que restableciese su salud recibió orden de viajar por Alemania, y su permanencia en la corte de Hesse Darmstadt inclinó pronto su ánimo á contraer matrimonio con la bella princesa María, hija del gran duque Luis II. Desde 1826 llevaba el título de canciller de la Universidad de Finlandia, y desde la muerte del gran duque Paulowitch ejercía la alta dirección de las escuelas militares del imperio.

Al morir su padre en 1855 recibió la triste herencia de la guerra de Crimea, que había desaprobado. Hecha la paz en cuanto la toma de Kars le permitió tratarla decorosamente para sus armas, reemplazó al conde de Nesselrode, encarnación del espíritu de su padre, por el príncipe Gortschakoff, que aún se conserva en su puesto de gran Canciller.

Su fama de dulzura y de moderación, dieron algunas esperanzas á los polacos. Un ukase expedido en 1856, autorizó la vuelta de los emigrados de 1830 y 1831. Pero esta amnistía no era aplicable más que á los que se mostrasen arrepentidos, y sin restituirles los bienes confiscados.

Adoptó algunas medidas liberales respecto á Polonia, y en 1861 le concedió la reorganización de la enseñanza, la fundación de establecimientos de instrucción superior, una escuela de derecho y un Consejo de Estado. En medio de estas reformas, comenzaron las alteraciones que á fin de 1862 se convirtieron en una insurrección casi general. Un gobierno invisible dirigió aquellos movimientos. La lucha se prolongó y llegó á escitar en toda Europa la más viva simpatía. Las potencias occidentales propusieron un Congreso, que rechazó el príncipe Gortschakoff, pero que aceptó el Czar. No pudo, sin embargo, realizarse. Un ukase, firmado en Kisingen, permitió á los polacos emigrados regresar á Polonia, con tal que no hubiesen cometido ningún crimen capital. Otros decretos reanudaron la serie de las concesiones, y autorizaron el uso de la lengua nacional.

Esta clemencia, que sucedió á los horrores de la más atroz represión, no duró mucho. Un nuevo ukase prohibió en 1865 á los polacos la compra de bienes confiscados, favoreciendo así á los condeados rusos. Otro, dado en 1866, prescribía la lengua rusa como oficial para todos los juicios y negocios públicos. De aquí una nueva revolución seguida de una represión durísima, que terminó en 1868 por la supresión definitiva del reino de Polonia. Otros decretos posteriores prohibieron á los polacos de ambos sexos el uso de ciertas prendas características del traje nacional. *Finis Poloniae.*

La obra principal del reinado de Alejandro II, su gran timbre, es la emancipación de los siervos. El manifiesto relativo á esta gran transformación fué promulgado el 19 de Febrero de 1861, á pesar de la viva oposición de los principales miembros del Consejo del imperio. Los siervos adquirieron el derecho de comprar las tierras que cultivaban con la autorización de sus señores, y mediante un préstamo del Estado, reintegrable en cuarenta y nueve años. Así transformó á veinte millones de siervos, en veinte millones de ciudadanos, aunque esta ciudadanía fuera rusa.

Al terminar el año de 1866 puso en pie de guerra el ejército, con grande alarma de toda Europa; pero no lo empleó entonces más que en combatir al Emir de Bokara. Ya en 1870 se le ve estrechar su alianza íntima con el rey de Prusia, y prepararse activamente para sacar provecho de aquellos sucesos sin tomar parte activa en ellos. Cuando estalló la guerra franco-prusiana, declaró que se uniría á Prusia contra Francia si Austria se unía á esta.

Al reaparecer después la cuestión de Oriente, Rusia entra nuevamente en escena. Con motivo de la insurrección serbia, cesó en sus declaraciones pacíficas, y enviando á los serbios oficiales y soldados, armas y dinero, hizo, como dijo el príncipe de Bismark, oficialmente la guerra á Turquía. Vencidos los serbios, decretó en 1876 la movilización del ejército, y tras el discurso de Moscú, declaró oficialmente la guerra en 24 Abril de 1877, y llegó con su ejército hasta Kischener en la Besarabia. Tras una serie de reveses y victorias en Asia y en Europa, Alejandro volvió vencedor, al cabo, á San Petersburgo en Diciembre de 1877.

Si la emancipación de los serbios fué su gran lauro, la guerra de Turquía fué su gran error. Fué un error porque cayó en el lazo que le tendió el príncipe de Bismark, empujándolo hácia Constantinopla, cuando sabía bien que Inglaterra no lo dejaría entrar en la tierra prometida, que sólo pudo contemplar de lejos. Dejó en el camino la sangre de la mayor parte de su ejército y casi todo el dinero de Rusia.

Desde esta época el partido nihilista no cesó de perseguir á Alejandro II, haciéndole víctima de

repetidas tentativas de asesinato. La primera en San Petersburgo en 1864 por Karagozoff; la segunda en París durante la Exposición Universal de 1867 por Berezowski; la tercera en 1879 en San Petersburgo por Solowieff; la cuarta, también en 1879, en la estación de Moscú por medio de una mina cargada de dinamita; la quinta en 1880, intentando volar el palacio de Invierno. A la sexta el éxito coronó los criminales esfuerzos de sus asesinos. ¿Puede imaginarse una serie más espantosa de tentativas criminales? Una mina que debía hacer volar un tren entero, otra que debía hacer añicos al Czar con su familia toda y sus servidores. Nunca fué atacada la monarquía con rabia semejante y con tan frío cálculo á la vez. Las tentativas se hacían al cronómetro, pero el cronómetro mismo no ofreció exactitud bastante y se buscó otro instrumento más fiel: el hombre.

Esta es la razón del éxito de los nihilistas. El instrumento de que usaban no podía fallar: si un asesino no acertaba ó perecía, se levantaba otro, y tras este otro y otro y otro. No se sabe cuántas bombas hubieran arrojado si la segunda no hubiese caído á los pies del Czar.

IV

ALEJANDRO III nació en 10 de Febrero de 1845: recuerda por su mirada, por su nariz fieramente levantada, por sus anchas espaldas, á los Czares de la primera raza, á sus lejanos antecesores.

En su vida pública es frío y reservado, en la privada afectuoso y expansivo. Corazón leal de soldado, espíritu preciso y positivo, no le adorna verdadero talento. Sus gustos son artísticos. El gabinete en que suele recibir está cubierto de cuadros de la escuela moderna, desde Meissonier, de Francia, hasta Bogachoff y Kharmaloff, de Rusia. Con el baron Jomini ha estudiado la economía política.

Representó hasta la muerte de su padre el papel tradicional de los herederos del trono. Hizo respetuosamente la oposición al sistema de su padre, y pasó por partidario de las ideas modernas en materia política.

Su esposa, la princesa Dagmar, hoy María Federowna, es la luz que ilumina todo este sombrío cuadro de la familia imperial rusa.

Es una de las mujeres más hermosas de este tiempo. Se parece mucho á su hermana la princesa de Gales, pero su rostro es más expresivo, quizás por ser menos correcto. Es alta, mas parece pequeña entre aquella familia de gigantes, muy inteligente y ejerce gran influencia sobre el espíritu de su marido, que la ama entrañablemente.

El Czar difunto la adoraba, y ella supo pagarle este afecto llevando á su esposo á Livadia cuando contrajo matrimonio con la princesa Dolgoruki, aborrecida y menospreciada por todos los miembros de la familia imperial. El Czar le agradeció profundamente este rasgo.

Inaugúrase un nuevo reinado en Rusia. No acompañan á Alejandro III esas grandes esperanzas que surgen ante todo lo nuevo é iluminan el trono de los jóvenes soberanos. ¡Ojalá logre desarmar el brazo de los nihilistas, no con persecuciones, que esas ya se ha visto son vanas, sino con la abnegación de desprenderse de una parte del poder personal cuya conservación ha causado el martirio á su padre!

JOSÉ ANCHORENA.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

ARTÍCULO VI.

Ha dicho un pensador alemán que los hechos históricos no son más que la materialización de las ideas; y otro compatriota suyo afirma que la historia de la filosofía es la filosofía de la historia. Estas afirmaciones y tantas otras de su especie son manifestaciones más ó menos elegantes, pero incompletas, de este concepto. Hacer la historia de un país sin hallar la etiología de ésta, es simplemente hacer biografías ó crónicas de personajes que tanto halagan la fantasía infantil de los pueblos como entusiasman á cierta clase de eruditos que creen haber contraído un gran mérito con citar un dicho de Felipe II, el testamento de Wamba, una palabra atribuida á Sisenando, á Recaredo, etc. Pero hallar la etiología de la historia es simplemente hacer el proceso de la civilización. En efecto, ¿cómo encontrar la razón, el por qué de los hechos históricos, del engrandecimiento y decadencia de los pueblos, de sus progresos y retrocesos, si no se conocen todas las fuerzas de que disponían, su grado de civilización, las relaciones de unas clases con otras, las ideas dominantes, la mayor ó menor libertad, la esfera en que el individuo se movía, el amparo ó contrariedades que hallaba en los medios que le rodeaban, el cruzamiento de razas que lo constituían, las condiciones climatológicas de su suelo, su fertilidad, las condiciones de la religión dominante, la mayor ó menor influencia de esta, la posición relativa de los ministros de ella, la influencia que clases é individuos tenían en la gobernación de Estado, etc.? Si el conocimiento de todo esto, en términos generales, es indispensable, sube de todo punto la necesidad tratándose de los hechos que á España se refieren. En efecto; la historia de nuestro país,

que no está escrita, es el enigma de los historiadores, el problema insoluble de los filósofos y la complicación indescifrable de los pensadores. Hay en ella diferencias tan grandes, situaciones tan anómalas, contradicciones de tal monta, que un día aparecen los hijos de este suelo como héroes, y otros con una timidez más que mujeril; un día, aparece el pueblo español como un modelo de constancia y de temeridad, y otro como un tipo de veleidad y de acoquinamiento; un día da lecciones á todos los demás pueblos, enseñándoles cómo deben luchar los hombres por su libertad é independencia, y al otro parece un pueblo de esclavos; un día marcha con paso firme por el camino de la cultura adelantándose á las demás naciones, y otro abandona toda idea de su historia, se sumerge en una grosera ignorancia y se queda postergado de todos los demás, tan lejos que raya en los límites de los otros que están fuera de la marcha progresiva. Si quisiéramos citar ejemplos, había materia para ocupar numerosas cuartillas; pero permítansenos algunos de los más salientes. Conquistaron los romanos este país y les cuesta dos siglos el dominar las tribus atrasadas que lo ocupaban. En el camino ya de la civilización romana, se escriben aquí libros de la ciencia de aquel tiempo; tratados de Geografía y de Agricultura que aún hoy no están de más en la biblioteca del hombre instruido; el suelo se cultiva de tal suerte, que España era el granero de Roma; y hay más aún; toma aquí la literatura latina un carácter especial é imprime su sello durante más de un siglo á toda la romana. El pueblo que había hecho todo esto es conquistado por godos, suevos, vándalos y alanos, sin presentar apenas resistencia. Impónese aquí la civilización romana á los vencedores; confúndense, hasta cierto punto, las razas vencedora y vencida; lucha valerosamente, por el Norte con los francos, por el Sur con los africanos. Aquel nuevo pueblo que parecía regenerado con el vigor de los hombres del Norte, apenas sabe luchar en Guadulete contra el ejército invasor, tan poco numeroso que no llegaba á diez mil hombres, y en una sola batalla puede decirse que quedó concluida la conquista de España por los árabes; y para deshacer lo hecho se necesitaron nada menos que ocho siglos.—Permítannos nuestros lectores una pequeña digresión: cuando se oye á personas, que llevan escrito en su naturaleza física pruebas indiscutibles de que por sus venas corre sangre árabe ó africana, hablar de la epopeya de los ocho siglos, y se piensa que esa llamada epopeya ha necesitado todo este tiempo para deshacer la obra de cuarenta y ocho horas, no puede uno menos de sorprenderse y admirarse.

Toman los árabes posesión de España por el mismo derecho que la habían tomado romanos, godos, etc.; por el derecho de conquista; y cuando todo inclinaba á creer que la Península ibérica, ó mejor dicho, los habitantes de ella, iban á quedar en la miseria y esclavitud bajo la tiranía más dura, obligados á elegir entre sus creencias y sus vidas, se encuentra que el vencedor respeta estas y sólo exige el diezmo de los productos que también pagaban los vencedores, un pequeño tributo de guerra, y como caso extremo, un tercio de las tierras que poseían, si no las cultivaban; pero sin dejar de imponer la condición de cultivo á los vencedores que les cupiera en suerte. Se encuentran también que les dejan gobernar por sus leyes, por sus jueces naturales, usar su lengua, conservar y levantar templos á su religión y profesar esta como lo tuvieran por conveniente, sin otros medios coercitivos que imponerles la condición de aprender la lengua árabe y la religión del Profeta á los que optasen empleos públicos, ó como si dijéramos, á los que quisieran formar parte de aquella nacionalidad, hasta el punto de que cuando se verificó la reconquista, encontraron los cristianos, en los primeros como en los últimos tiempos, no uno sino muchos pueblos, en los cuales en la torre del templo se ostentaba el signo del Calvario, y además hombres que hablaban su lengua. Si esto sucedía con relación á las personas y á las cosas, bajo el punto de vista de la cultura y de la civilización, aquellos hombres que habían partido de la Península árabe en un estado poco menos que de salvajismo, se elevaron á tal altura, que puede asegurarse, sin temor á ser desmentido, que la moderna civilización europea debe no pequeña parte á las luces que partiendo de España como de un foco luminoso, penetraban por todos lados disipando las tinieblas de la Edad Media. Si Grecia tuvo á Atenas, si Egipto á Alejandría, si el imperio latino tuvo á Roma, si Italia tuvo á Florencia, si Francia tuvo á París, España tuvo Córdoba y Granada, que como focos de saber, especialmente la primera, sostenían bien, con ventaja, la competencia á sus rivales. Si Samarcanda tuvo su observatorio, el mejor hasta entonces conocido, el de la Giralda de Sevilla sostenía altivo la competencia con su rival; si en Salerno se estudiaba la medicina y se exigían exámenes rigurosos para poder ejercerla, Córdoba tenía igualmente su escuela y además sus jardines de Zoología y de Botánica donde se estudiaban con cuidado las plantas, no solo para averiguar sus propiedades medicinales, sino también su manera de ser, su vida. En una palabra, si Alejandría había tenido su museo y bibliotecas, debidos al genio de los Ptolomeo, Soter y Philadelpho, Andalucía llegó á tener setenta bibliotecas públicas y un grandísimo número de ellas privadas; si aquella famosa escuela de Alejandría,

base y fundamento de todo el saber positivo, había sido el centro donde concurrían los sabios del mundo conocido a depositar sus conocimientos y a esparcirlos entre millares de estudiantes, si en ella no se reparaba en gastos para adquirir libros, manuscritos y objetos de arte, si los Ptolomeos recuperaban en los dominios de Asiria y Babilonia todos los monumentos que habían sido arrancados del sábio Egipto, si los sábios dedicaban días, conferencias, lecciones y discusiones públicas para instrucción de las masas; los califas de España, como los de Bagdad y de Damasco, imponían á los soberanos vencidos una contribucion en libros ó las mejores bibliotecas que tuvieran. A Córdoba acudían los hombres de toda Europa deseando conocer la ciencia, la filosofía, la literatura y las artes, habiendo aprendido en aquellas escuelas hombres que después ocuparon las más altas posiciones, no obstante las diferentes religiones que profesaban, entre ellos uno que más tarde debía ser el Sumo Sacerdote. No solo en Córdoba había lecciones y conferencias para el público, á imitación de las de Alejandría, sino que los nestorianos, aunque de creencias religiosas diferentes del mahometanismo, estaban encargados de la instrucción pública y primaria, y conocidas son aquellas palabras de un califa, honra de la humanidad y orgullo de su raza: «en mi reinado no se ha derramado una gota de sangre más que en los combates, y espero que antes de mi muerte no habrá un hombre en mis dominios que no esté en disposición de leer y copiar la verdades que hay en los libros. Cualquiera que sea la creencia de los hombres que se dedican al estudio y enseñanza de sus semejantes, son unos grandes servidores de Dios; y los que estudian y escudriñan las leyes naturales, los que hacen al hombre dueño de las fuerzas de la naturaleza, cualquiera que sea su religion, son los grandes legisladores de la humanidad.» ¡Qué diferencia con otros soberanos posteriores y aun de actualidad!

No cabe en nuestro cuadro enumerar todos los descubrimientos que las letras, las artes y la industria deben á los árabes, ni aun es posible hacerlo, concretándonos, como es nuestro objeto, á la parte que corresponde á la dominación suya en España; pero es de todo punto indispensable que hagamos algunas indicaciones de esta última para poder explicar nuestro extraordinario apogeo y nuestra inconcebible decadencia; y así empezamos, más que un resumen, unos ligeros apuntes del grado á que aquí se elevaron todos los ramos del saber humano. Empezamos por el descubrimiento más notable, y por ende más sencillo, que hasta ahora han conocido los hombres: el sistema de numeración indio, el que permite con nueve cifras y agregación del cero, expresar todas las cantidades, desde las infinitamente grandes hasta las infinitamente pequeñas, encontrando además en sus diferentes combinaciones reglas sencillas para hacer toda clase de cálculos; maravillosa invención que no habían conocido los griegos y cuyo mecanismo descansa todo sobre la idea tan ingeniosa como simple, de dar á la cifra dos valores uno absoluto y otro relativo. Pero no se detuvieron aquí los árabes, y partiendo de las primeras exploraciones de Diofanto, fueron los creadores de la Aritmética general que, para honra suya y recuerdo de su gloria, conserva hoy mismo el nombre que le dieron, Algebra, y que tiene por objeto hallar las relaciones entre cantidades, cualquiera que sea la especie que señalen estas, y no solo por medio de los datos averiguar el valor de las incógnitas, sino también señalar el número de aquellos que son necesarios para el conocimiento de estas; y lo que es más aún, y lo que la distingue de todos los ramos de dialéctica ó del saber, poner de manifiesto si ha habido alguna infracción en la lógica, en la manera de deducir las consecuencias de los principios sentados; ó dicho de otra suerte, para averiguar si el enlace de estos encierra algún absurdo ó hipótesis explícita ó implícita que esté en contradicción con alguno de los datos. Sin duda, un autor árabe comprendió más ó menos oscuramente el alcance de este ramo del saber, cuando lo definió, diciendo que era el instrumento indispensable y el más poderoso que los hombres habían inventado para investigar las verdades que encerraba en sí la naturaleza. Un árabe resolvió la ecuación cuadrada y otro la cúbica. Fueron los inventores de la Trigonometría, sustituyendo á las cuerdas los senos de los arcos, creando así la ciencia de las funciones angulares, que relacionada íntimamente con la Geometría, es, sin embargo, diferente de ella; estando aún hoy muy lejos de haberse sacado todas las consecuencias que de la misma se desprenden. Como no es nuestro objeto entrar en un estudio más detallado, solo añadiremos de pasada que su base fundamental se halla en la correspondencia del Algebra y de la Geometría. Escribieron también tratados de esta última y sus aplicaciones prácticas tan correctas que algunos creyeron que era una traducción de Euclides. No en vano habían construido, sin reparar en gastos, los dos observatorios de que hemos hablado, en el extremo Oriente uno, y en el extremo Occidente el otro. Hicieron catálogos de estrellas y mapas celestes, y aún hoy llevan algunas de primera magnitud los nombres que ellos les han dado. Demostraron la aproximada esfericidad de la tierra, la cual costó un poco que fuera admitida por el mundo cristiano, pues los teólogos se opusieron fuertemente sosteniendo era una teoría

herética. Midieron las dimensiones de aquella, como también el arco de meridiano, con un error más pequeño de lo que pudiera esperarse, atendiendo á los medios de que disponían. Estudiaron con gran detenimiento cuanto se refiere á los eclipses; conocieron la precisión de los equinoccios y la mutación de los nodos; dando lugar á que una autoridad como Laplace haya encomiado sobremanera lo mucho que la astronomía debe á los árabes de Asia y de España. Aplicaron á las ciencias físicas el método de experimentación; echaron los fundamentos de la química, descubriendo algunos reactivos, como el ácido nítrico, el ácido sulfúrico, el alcohol, etc., cuyos descubrimientos se aplicaron á la medicina y á la industria. Fueron los primeros que escribieron farmacopeas y aplicaron los minerales á la medicina. Determinaron la ley de la caída de los cuerpos, haciendo demostraciones importantes sobre la gravedad universal; escribieron varios tratados de hidrostática y publicaron tablas muy interesantes sobre el peso específico de los cuerpos. Se les debe varios descubrimientos de óptica sobre refracción y reflexión de la luz, deduciendo la curvatura que sufren los rayos luminosos al atravesar la atmósfera y hallaron que esta es la razón por la que el sol y la luna se ven cuando están debajo del horizonte. Es dudoso que ningún pueblo haya tenido una inteligencia más activa, creyendo escusado decir que no brillaron menos que en las ciencias en las producciones de imaginación. En el siglo x, cuando todo el resto de Europa estaba sumido en tinieblas, corrían en la sociedad árabe, entre las gentes de mundo, infinidad de novelas donde lo maravilloso abundaba, como en las *Mil y una noches*; pero sin excluir los romances filosóficos y aún científicos, por ejemplo, «sobre la grandeza y fragilidad de las cosas humanas,» «la prosperidad y decadencia de los imperios,» «el egoísmo de la virtud,» «la muerte como transformación de vida,» «la eternidad de la materia y de la fuerza,» «la física recreativa,» etc. Aseguran sus historiadores, que los han tenido de gran importancia, que su nación había producido más poetas que todas las otras reunidas; y si el patriotismo les hizo exajerar afirmando esto, no puede negarse que fueron muy favorecidos por las musas. Pero esta imaginación brillante y soñadora no ha producido lo que era de temer, á saber: que se convirtiesen en unos sábios puramente teóricos.

Lo anteriormente expuesto indica con toda claridad que no se habían separado un momento del método positivista establecido por la escuela de Alejandría. Pero á mayor abundamiento, citaremos algunos casos del estado que llegaron á alcanzar entre ellos las artes y la industria. Fueron los inventores del papel de algodón; aplicaron sus conocimientos de hidrostática á la agricultura y su sistema de irrigación, subsistente aún en alguna provincia de España, fué elevado hasta tal punto, que hace pocos años decía un ingeniero alemán que siempre había algo que aprender en el sistema de riegos de Valencia. Trajeron de la India y cultivaron en las provincias de Valencia, Murcia y Granada, el azúcar que hoy conocemos con un nombre bien poco diferente del que tiene en sanscrito; scharkara, y que quiere decir cosa dulce, conocido durante mucho tiempo en Europa con el de sal de la India. De Siria trajeron el algodón que cultivaron en aquellas y otras provincias, y que llevaron la perfección de sus tejidos hasta el punto de que competían sin desventaja con los que venían de Siria. Aunque la seda había sido traída del Asia á Grecia é Italia en tiempo de Justiniano, á consecuencia de las invasiones del Norte, de las transformaciones y destrucción del imperio romano, el cultivo de este rico producto estaba muy lejos de haber adelantado en Europa. Los árabes la trajeron de la China y del Thibet, y con tal esmero cuidaron su cultivo y fabricación de tejidos, que hubo un tiempo en que no tuvieron rival, teniendo empleado en esta manufactura muchos miles de hábiles trabajadores de Sevilla, Córdoba y otros puntos. Tampoco dejaron de dedicarse con gran esmero á la cría de ganados, pareciéndonos inútil hablar del especial cuidado empleado por ellos para el mejoramiento de la caballar. Aunque, según algunos, la hermosa raza merina que un tiempo no tenía otra igual en ninguna nación europea, había sido traída á España de Numidia por los romanos, es lo cierto, que debido á la indolencia ó al atraso de los godos, si no se había extinguido aquel elemento de riqueza, estaba, por lo menos, reducido á una escasa importancia, y á los árabes se debe, no solo la conservación de lo poco que podía durar, sino su multiplicación trayéndolos del Africa y cuidándoles con tal esmero, que si hoy algunas naciones son rivales nuestras y nos aventajan en el mercado de lanas, es por que han tenido la buena ocurrencia de llevar de España varias cabezas que son el origen de los muchos millones de ellas que hoy tienen las naciones aludidas; y es esto tan cierto, que en el tratado de paz que sucedió á una de las últimas guerras con Francia, se estipulaba en uno de sus artículos que España había de entregar á aquella nación un número dado de merinos. Claro está que los que de tal manera habían cuidado de la producción de lana de mejor calidad que había en Europa, no habrían desatendido las manufacturas que á tan valioso producto se refieren; siendo de todos bien conocido el número de fábricas que habíamos heredado de ellos y que aun después de vencidos y

expulsados y á pesar de nuestras desdichas y absurdas intolerancias, conservó España durante algún tiempo. Tampoco echaron al olvido el fomento de otras clases de ganado, así como la industria peletera, siendo hasta vulgar el renombre que alcanzan los cueros de Córdoba y Marruecos.

No estuvieron más descuidados en la industria metalúrgica, y bien conocidos son de todos sus trabajos artísticos en los metales preciosos. Su antigua fábrica de dagas y espadas de Toledo subsiste aún, y ninguna otra análoga puede disputarle las condiciones del temple de sus armas. Si, como se vé, brillaron en todas las artes, en una de las más importantes como es la arquitectura, baste decir que hay un estilo que lleva su nombre, y ahí están los monumentos que aún poseemos para recordar á qué altura se habían elevado en esta clase de conocimientos.

En un escrito de otra índole referente á la importancia y conveniencia de los estudios geográficos, hemos dicho lo que les debía la ciencia. La índole de estos artículos y el objeto que nos hemos propuesto, no permiten un análisis detallado, ni mucho menos de sus viajes y descubrimientos. Así, nos contentaremos con muy breves indicaciones. Descubrieron las islas Canarias, el archipiélago de la Sonda del cual tomaron posesión; conocieron y tocaron las costas de la Oceanía; hicieron algunos viajes de exploración al interior del Africa, que nadie había hecho ni antes ni después hasta la época actual; hicieron lo mismo al Norte de Europa, y fueron los primeros que conocieron la Scandinavia.

Si alguna idea de la evolución tomaron de la escuela de Alejandría, ellos fueron no solo sus sostenedores, sino los que la elevaron á teoría fundamental, comunicándola á Italia y demás naciones. A la vaga noción que de esto tenían los griegos, añadieron los árabes estudios profundos, observaciones delicadas é ingeniosas experiencias, sosteniendo no solo que los animales alcanzaban los diferentes términos de la escala, por evoluciones de la materia, sino explicando la mineralogía por medio del transformismo; es decir, que la escuela de Córdoba fué la predecesora del darwinismo, así como su teoría de la emanación y de la absorción encerraba por completo el panteísmo moderno. Espinosa y otros filósofos posteriores no fueron más que sus discípulos, y probablemente el primero conocía sus teorías sobre este particular por los escritores judíos; siendo bien conocida de las personas eruditas la influencia que tuvo la doctrina del célebre Averroes, natural de Córdoba, sobre las diferentes sectas de la Iglesia cristiana. Pero el gran servicio que han prestado á la civilización europea es infiltrar y llevar á la Europa, dominada por el círculo de hierro de la tradición y las preocupaciones, teológicas, las teorías y descubrimientos que acabamos de exponer, y á ellos se debe, en no pequeña parte, el renacimiento iniciado en Italia. En efecto, aquel país, ó mejor dicho, aquel pueblo, dotado de condiciones intelectuales tan sobresalientes, estaba al contacto de la civilización árabe, por el Sur con los de Sicilia y por el Norte con la de los de España, con los cuales se comunicaban por medio de la Provenza, siendo bien conocida en la historia la semilla que dejó en este último país la filosofía árabe, así como la manera de germinar en el Mediodía de Francia; y por desgracia no son menos conocidos el fin desastroso de los albigenses y la crueldad y feroz barbarismo con que han sido tratadas por el Papa Inocencio III, por el rey de Francia y el célebre Simon de Monfort.

No sólo acudían á Córdoba los estudiantes de Francia, Alemania, Inglaterra é Italia, sino también los de Oriente. En Africa, en Grecia y en Asia tenían constantemente comisionados para que comprasen todos los libros, manuscritos, y en fin, todos los objetos que pudieran servir para adelantar la ciencia ó el arte. Los profesores tenían la obligación de escribir un tratado sobre la materia que explicaban; y en tiempo de su apogeo había libertad absoluta para escribir libros sobre cualquier ramo de ciencia, arte y literatura, y sólo más tarde, cuando empezó entre ellos la reacción, se exigía permiso para escribir sobre teología. ¡Quién pudiera presumir entonces que nueve siglos más tarde, y en plena civilización cristiana, había de haber leyes contra la palabra escrita, y personas encargadas de aplicarlas é interpretarlas! Si no fuera por el respeto que queremos tener á personas y opiniones, diríamos que aquellas nos parecen los ejecutores del pensamiento.

En el siglo x, sus ciudades tenían alumbrado público y las calles estaban empedradas. Esto último empezó á hacerse en París, ó mejor dicho, se tuvo la primera idea de hacerlo á principios del siglo xiii. En cuanto al alumbrado nuestros lectores no ignoran lo moderno que es en Europa; y existen muchas personas en Madrid que recuerdan el tiempo que en la capital de España brillaba por su ausencia ó punto menos. Nos parece excusado decir que sus jardines no solo eran los mejores de Europa en aquella época, sino que eran los únicos, puede decirse. Muy dados á regocijos, muy aficionados al baile y á la música, en la cual sobresalieron como en las demás artes, sus festines eran la antítesis de los que celebraban sus vecinos de España y Europa. En los primeros, la templanza y la sobriedad en la comida, la ausencia de embriaguez, la música, el baile, la

seda, las piedras preciosas; la atmósfera templada en invierno por medio de los lujosos braseros; y en verano refrescadas por ambientes de aire perfumado conducido por galerías subterráneas, poco más ó ménos como hoy se hace para calentar las habitaciones; y para conclusion, la lectura de poesías, de asuntos históricos, narración de hechos heroicos y discusiones filosóficas. En los segundos la glotonería, hasta un extremo inconcebible, la embriaguez con todas sus funestas consecuencias; y por conclusion, los insultos, los golpes, las heridas y el derramamiento de sangre, cuando no era la muerte. Los más morigerados eran, como es natural, los que más al contacto estaban con ellos, tanto en la paz como en la guerra; es decir, los cristianos de España; y á nadie se le oculta la influencia que tuvo su dominación en una de las cualidades que más distingue á este pueblo, la sobriedad. En cambio, si de ellos tomamos esta, por desgracia no fué así por lo que se refiere al aseo personal, porque es bien sabido que, durante su mejor época, no había ninguna población, cualquiera que fuera su importancia, que no tuviera sus baños públicos; mientras que, hasta hace poco, y aún hoy mismo, tenemos muy descuidada aquella costumbre tan higiénica y conveniente.

Respecto á sus condiciones morales, excusado nos parece hablar de su inteligencia, porque dicho queda; ni de su valor, del cual responde lo rápido de sus conquistas y los diferentes ejércitos que han derrotado, pasando á proverbio su valor individual, llevado hasta la exageración y especial afición á los galanteos y lances personales. Lo que tenía de mala la exageración de esta cualidad, estaba más que compensado por su caballería, al cual debemos una buena parte, si no toda, de la que constantemente ha distinguido al pueblo español, aun al más ignorante, así como esas atenciones respetuosas que tiene con la mujer el último hombre del pueblo. De naturaleza ardiente, eran excesivamente celosos, y cualidad ó defecto participamos de ella en gran manera y no debemos estar pesados; es, en último término, una de las manifestaciones más salientes de la dignidad personal.

De larga fecha habían faltado á un precepto del Koran. Dice Mahoma que ningún hombre nace superior á los demás, y que sólo llega á serlo por sus cualidades y por ser un buen servidor del Dios Único; por consiguiente, que ningún hombre tenía derecho á mandarlos, si no era elegido por ellos, añadiendo las notables palabras siguientes: «Las determinaciones que tome una asamblea formada por vosotros, serán siempre mejores que los mandatos de un hombre que se crea superior á los demás, porque aquella, si se equivoca, puede volver sobre sus acuerdos». A pesar de esta declaración explícita, el Mando Supremo ó Califato se hizo pronto hereditario y el gobierno absoluto, aunque muy templado por la filosofía y la ciencia y, sobre todo, por lo saliente y enérgico de la personalidad. Si aquel desdichado acuerdo trajo en pos de sí divisiones profundas y guerras encarnizadas, el exceso de la magnífica cualidad que acabamos de señalar, acarreo un fraccionamiento que pudiéramos llamar microscópico, la anarquía y las traiciones parciales que de una manera tan decisiva influyeron para su final derrota.

Fácilmente se comprende que la cultura que llegaron á alcanzar los árabes de España, como los de otras partes, era demasiado amplia para estar contenida en un molde tan estrecho como el Koran; y sucedió lo que suele acontecer con las religiones positivas cuando se quedan detrás con relación al estado de cultura que adquieren los pueblos; sucedió lo mismo que había ocurrido en Grecia, cuatro siglos antes de nuestra era, á saber: que así como filósofos, sábios, pensadores y artistas de la sociedad helénica se reían y miraban con desden los dioses del politeísmo y sólo quedaba la antigua religión para algunos devotos, mujeres impresionables y masas ignorantes, esperando la buena nueva que había de concluir, en parte, con las antiguas creencias; así entre los árabes de España, al ménos en la parte más culta, se formó una especie de filosofía religiosa reconociendo por base un Dios único, ó con más puridad hablando, una especie de parteísmo, pero con una tolerancia absoluta hacia todas aquellas. Se verificó entre ellos lo que no es nuevo en la historia ni ha dejado de subsistir: que las masas ignorantes, ya por no haber atendido bastante á su instrucción, á pesar de los propósitos de algunos kalifas, ya también por las razas africanas que habían venido en su ayuda formando, en general, las últimas clases sociales, no habían dejado de ser intolerante, porque la tolerancia es siempre hija de la cultura. Eran fanáticos de la letra del Koran, interpretada con poco desinterés por lo que pudiéramos llamar el antiguo clero, llegando á existir como dos naciones dentro de una misma: la primera, poco numerosa, instruida y tolerante; y la segunda, grande en número, intolerante y fanática, que, como es lógico y natural, había de hacer pesar su número y buscar salida á sus anacrónicas creencias. Encontró aquella su instrumento apropiado en el famoso Almanzor, que, al usurpar el poder supremo, creyó de su conveniencia halagar los instintos de la multitud atrasada para apoyarse en ella; empezó en él una época de intolerancia y por ende de decadencia: hombres de gran mérito fueron destituidos de los puestos que ocupaban; sábios y filósofos fueron expatriados en gran número y algunos, aunque pocos, pagaron con su vida el atrevimiento de

manifestar sus opiniones con arreglo á su conciencia. Decimos pocos en número, no por que no fueran demasiados tratándose de una bárbara injusticia, sino porque, por desgracia nuestra, nos estaba reservado el primer papel, tratándose de persecuciones en masa y de procedimientos de refinada crueldad.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

EL GRAN ÉPICO Y LÍRICO

WOLFRAM DE ESCHENBACH.

¡Plaza al héroe de los héroes de *La Walkalla!* Descubríamos ante la figura sublime del cantor de lo eterno, *Wolfram de Eschenbach*, que, sin ser un asceta, se remontaba á las alturas de lo sobrehumano, á las regiones del místico *gral* (1), ese símbolo cristiano de la Redención, esa piedra fina caída del cielo como la piedra negra en la *kaaba* de Meca!

Más de seis siglos se han sepultado ya en ese abismo del tiempo que se llama *pasado*, y en ese mar sereno y luminoso que se llama la *Historia* desde que el castillo perfumado de poesía, la Wartburg, hospitalaria corte del generoso Landgrave Herman de Turingia, vió reunirse en sus espléndidas salas un círculo brillante de bardos tudescos, entre los cuales sobresale el gran épico *Wolfram de Eschenbach*, que en la Wartburg cantaba sus composiciones líricas y allí concibió su *Parcival* que terminó hácia los años de 1215, bebiendo allí también inspiraciones para su *Willehalm*. Pero siempre con el mismo gozo pasaremos las alas de la memoria por aquella época gloriosa para las letras patrias, que después de seis siglos trascurridos celebraron su resurrección en las cercanías de la Wartburg, en la corte de Weimar. No haremos una centésima descripción del bellissimo castillo que tantos poetas han cantado, sino que nos contentaremos con hablar del cantor caballero cuyas poesías resonaron tantas veces en aquel palacio encantador. En toda la Edad Media no hay ningún bardo alemán que pudiera compararse con el poeta contemporáneo de los Hohenstaufen, Barba-Roja y Federico II, el caballero religioso y yate profundo *Wolfram de Eschenbach*, que cual hijo genuino de Baviera, reuniendo en su persona elementos caballerescos y populares, laicos y eclesiásticos, tenía por única riqueza el arte que le dió Dios, por única fuente de su sustento el canto, respirando sus poemas la fresca atmósfera del bosque y de las montañas, y siendo la gloria de su vida una sin igual epopeya, *Parcival*, el poema de las ideas más sublimes acerca de las cosas divinas y humanas, un poema psicológico, como *El Fausto* de Goethe es un drama psicológico; pero mientras éste es el reflejo de una época que buscaba á Dios sin encontrarle, *Parcival* es el producto de una época verdaderamente cristiana que había encontrado á Dios.

Wolfram de Eschenbach es el último gran poeta de la literatura universal que no sabía leer ni escribir; pero en vez de un obstáculo, fue eso para él una ventaja, concediéndole una sin igual fuerza, libertad é independencia. Cuanto un laico de aquellos tiempos, que poseyese el alemán y el francés, pudiese hacerse accesible en poesía, teología, astronomía, geografía y ciencias naturales, lo abrazaba *Wolfram* con su maravillosa memoria, y cuanto viese el caballero en los torneos y en las batallas, el cazador en las selvas y en los campos, el hombre en la casa y en la sociedad, ofrecióse á su poderosa fantasía como material infinito de combinaciones. Aunque ignoraba el abecedario de la cultura literaria, logró eternizar en su *Parcival* las ideas más profundas de la religiosa caballería europea.

Su patria fué *Eschenbach*, una pequeña ciudad de altos muros situada cerca de Ansbach (Baviera). No se sabe cuándo la luz del cielo haya herido sus ojos, ni cuándo los haya cerrado para siempre. Vivió en Wildenberg, que probablemente es el Wehlenberg de hoy, próximo á Ansbach. Allí parece que vivió con su esposa y su hija. El de cuyos labios brotaron acentos más religiosos que de los de todos los láicos, fué enterrado en la iglesia de Santa María de *Eschenbach*, siendo su tumba en el siglo XV término de la peregrinación del caballero bávaro apasionado de *Wolfram*, Jacobo Püterich de Reicherzhausen, y áun en 1608 se leyeron estas palabras en su piedra sepulcral: «Aquí yace el severo caballero *Wolfram de Eschenbach*, un cantor maestro.» El monumento que en 1861 le dedicó en *Eschenbach*, el rey Maximiliano II de Baviera en forma de una fuente, no es sino un testimonio del amor resucitado de nuestro pueblo á los poemas del mayor bardo alemán de la Edad Media, que nos conducen á un mundo lleno de maravillas, en las regiones del *gral* sagrado, aquella reliquia del paraíso, aquel jaspado caído de la corona de Luzbel de que, según un mito cristiano cultivado en España y representado por la poesía francesa y alemana, se hizo el vaso peregrino de José de Arimatea, en que el Señor en la cena ofreció su cuerpo á sus discípulos, y en que fué cogida la preciosa sangre del Redentor cuando murió en la cruz. Aquel vaso sagrado es, pues, el símbolo de la redención de la humanidad por la sangre de Jesucristo, y presta fuerzas de vida eterna. A quien continúa mirándolo, no le blanquean los cabellos, aunque lo mirase durante dos siglos, y para que ese *gral* fantástico conserve su fuerza peregrina, cada Viernes Santo, una blanca paloma baja del cielo para llevar la hostia al vaso sagrado, que ora están llevando los ángeles, ora las vírgenes. Guardar el *gral*, hé aquí la orden más noble de la caballería eclesiástica. Pero no lo puede guardar sino el hombre más puro, más humilde, más devoto, más fiel, más valiente. Durante muchos años el *gral* trasladado al Occidente por José de Arimatea, flotaba en los aires, no existiendo sobre la tierra ningún hombre digno de guardarlo, hasta que *Titirel*, el legionario hijo de un legionario rey cristiano de Francia, fué llevado á *Salvatierra* (Alava) donde en un monte inaccesible llamado *Monsalvaje* erigió un asilo para los guardas del *gral*, y un templo que recuerda al Nuevo Jerusalem del Apocalipsis para el vaso sagrado. España, nuestra querida España,

(1) *Grál* significa vaso.

fué el país privilegiado, la tierra escogida para ser la patria de la caballería eclesiástica, la patria de los caballeros del *gral*, los *templarios*, que alimentándose sólo con el maná nuevo, la hostia, y teniendo por rey á *Titirel*, vivían una vida caballerescamente santificada por la fé cristiana.

¡Quién pudiera describir las bellezas del templo del *gral* y del castillo de *Titirel!* La cima del *Monsalvaje* era un gran ónice brillante como la luna. Un día halló *Titirel* trazada en el llano del monte como por una mano invisible la planta del castillo y del templo. Este último era una rotonda rodeada de 72 capillas octogonas, levantándose por encima de cada dos capillas una torre de seis pisos y viéndose sobre la cima de cada torre un rubí; sobre éste, una cruz alta de cristal, y por encima de éstas una águila de oro. En medio de las treinta y seis torres levántase otra doblemente alta, en cuya cima brillaba un carbunco. Toda la fábrica estribaba en columnas de bronce, consistiendo las bóvedas de zafir de color de cielo, en que cual estrellas brillaban los carbunclos, encontrándose en medio una vidriera de esmeralda con el Cordero y el estandarte de la cruz. Todos los altares eran de zafiros azules, extendiéndose sobre éstos cubiertas de terciopelo verde. En la cúpula se vieron el dorado sol y la blanca luna representados por diamantes y topacios, de modo que el templo brillaba con esplendor peregrino así la noche como el día. Las ventanas eran todas de cristal y de berilo claro, templando su luz intensa los cuadros formados de variadas piedras preciosas que se vieron en ellas. El pavimento era de cristal, y debajo de éste se admiraban todos los animales de la mar hechos de ónice, con tanta verdad como si viviesen. Los techos de las torres y del templo eran de oro y adornados con esmalte azul. En el medio del templo, debajo de la cúpula, se encontraba una miniatura brillante del templo entero, un tabernáculo donde se guardaba el sagrado *gral*. De las capillas estaban suspendidas lámparas de pintado cristal con óleo balsámico, y en el ángulo occidental se encontraba un mágico órgano: un gran árbol de oro, en cuyas ramas se vieron innumerables pájaros de canto que entonaban las canciones más bellas cuando por medio del fuelle llegaba el viento hasta ellos. Cimbales de oro aunciaban las siete horas de oración, amonestando al rey y á los templarios á que aspirasen á la corona del cielo. El emperador Carlos IV imitó la maravillosa fábrica del templo de *Titirel* en la capilla de la Cruz que áun existe en el castillo de *Karlstein* cerca de Praga.

Wolfram de Eschenbach enlazó en su epopeya *Parcival* el mito peregrino del *gral* con la leyenda británica del *rey Artus* y de sus doce Pares; pero ésta no forma sino las hojas verdes en cuyo centro brilla la purpúrea flor, el mito del *gral*.

El rey británico *Arturo* fué el último héroe de los celtas que, defendiéndolos contra los paganos, aseguró la independencia de su pueblo contra los sajones hasta su heroica muerte acaecida en 542. Pero en torno de la noble figura de *Artus* se reunió la moribunda conciencia nacional de los celtas vencidos primero por los romanos y después por los germanos para llenar con sus poéticas tradiciones el mundo románico y germano durante mil años. *Artus* era para los celtas lo que el emperador *Barba-Roja* para el pueblo germánico. Fué representado como ideal de caballería, teniendo en Gales una corte brillante de caballeros valientes y de hermosas mujeres, y reuniéndose además en torno del rey y de su esposa, la bella *Ginevra*, un círculo privilegiado de caballeros, una *Tabla Redonda* de doce Pares, cuyas hazañas y aventuras llenaban los poemas de Gales, de Francia y de Alemania. Los héroes principales de la leyenda de *Artus* son *Parcival*, *Lohengrin*, *Tristan*, *Iwein*, *Erec*, *Gawein*, *Wigalois*, *Wigamur*, *Gauviel* y *Lancelote*.

Al concebir el *Parcival*, rivalizó *Wolfram de Eschenbach* con el afamado francés *Chrestien de Troyes*; pero le sobrepasó en todo, así en el ánimo como en el arte, en la copia de rasgos poéticos, en la caracterización verdaderamente shakespeariana de las personas, en la profundidad de los pensamientos: *Wolfram* dió al asunto extranjero esplendor, colorido y luz. En la epopeya del poeta alemán representa el *rey Artus* la vida alegre del mundo; el *gral*, la vida eterna, y *Parcival*, al hombre que, encontrándose puesto entre el mundo y el espíritu, entre el tiempo y la eternidad, yerra y reniega de Dios; pero que después se arrepiente; se vuelve humilde, ansía lo más alto, lo celestial, lo eterno y alcanza la paz bienaventurada y el reino eclesiástico, aquel reino del *gral* que es cristiano, sí, pero independiente del Papa y de la Iglesia, pues el culto del *gral* no estriba en un oficio exterior, sino en la santificación de la vida. *Parcival* no desprecia la orden de caballería alegre representada por *Gawein*; pero lo que anhela es una orden de caballería más alta, más ideal, la que después de largas luchas encuentra en el castillo del místico *gral*.

Si *Goethe* dice en el *Fausto* que alcanza la redención quien continúa aspirando, dice *Wolfram* en su *Parcival*: «la salvación es la fidelidad, la continua aspiración hacia los ideales, y la confianza en Dios; pero á un hombre intrépido no le daña la duda, pues cuando el cielo y el infierno se disputan su alma, está en su poder inclinarse hácia el cielo.»

La epopeya *Parcival* nos conduce á un mundo donde, como en la España de la Edad Media, los cristianos y los moros vivieron juntos aprendiendo á apreciarse los unos á los otros. *Gahmuret*, el príncipe cristiano de Anjou, entró al servicio del califa de Bagdad, y se casó con la reina de los moros, *Belakane*. Pero sediento de hazañas, la abandona y desembarca en Sevilla. Después, gana en un torneo la mano de la reina de Valois, la bella *Herzeloide*, nacida de la estirpe real de los guardas del *gral*, y se enlaza con ella, aunque le duele el pensamiento de que por aquel matrimonio se haga infiel á su noble esposa, la mora *Belakane*. Habiendo sabido el peligro en que se encuentra su dueño el califa de Bagdad, no vacila en socorrerle; pero pierde la vida, y poco después la reina *Herzeloide* da á luz un niño. Este es nuestro *Parcival*, el protagonista del poema.

Herzeloide renuncia la corona y educa á su niño en la soledad del bosque, para apartarle de la caballería, tan funesta para el malogrado *Gahmuret*. Complácese el niño en hacer saetas con que mata los canoros pájaros; pero después de haber dado la muerte á uno de los pobres cantores del bosque, derrama lágrimas de arrepentimiento. Estas fueron

sus primeras lágrimas, este fué su primer dolor. Viéndolo su madre, quería ésta matar los pájaros porque arrancaban lágrimas á los ojos del dulce niño. Pero éste pide paz para ellos, y la madre le besa diciendo: «¿Cómo debería yo romper el mandamiento de paz del Altísimo Dios? ¿Deben los pájaros perder por mí su alegría?»—«¿Qué es Dios?» pregunta el niño. Y le responde su madre: «Es más lúcido que el claro día, y no obstante, ha tomado figura humana. A él has de dirigirte en tu amargura, pues él es fiel. Pero hay también un infiel que es el señor del infierno. De él debes apartar tus pensamientos, y guárdate también de las vacilaciones de la duda.»

El niño ya se había hecho adolescente, cuando un día escuchó golpes de herradura. ¿Es ese el diablo que inspira tanto temor á mi madre? piensa el joven. «Quisiera pelear con él.» Pero ante sus ojos aparecen tres caballeros armados y montados en soberbios caballos, y al joven le parecía que cada uno de los tres caballeros era Dios. Ya ha conocido su verdadera vocación que no puede ser otra que la brillante Caballería. Ansía volar enseguida á la pelea, á la corte del rey Artus, á la flor de toda Caballería. No pudiendo su madre vencer su afán, le viste como á un loco con un saco y una piel de becerro, esperando que vuelva pronto cuando se vea objeto de burlas á causa de su traje. Pero á él, que es el tipo de un soñador joven germano, casto como la paloma, suave como la uva, inocente, y sin embargo, sediento de hazañas, amante del hogar y, no obstante, apasionado del mundo florido, que le ofrece una risueña perspectiva de acontecimientos y de aventuras, á él no le importa que su primera salida en el mundo sea la de un loco. La fiel madre le ve partir, pero no puede soportar la pena: cae al suelo, y sus ojos se cierran para siempre.

El esforzado joven llega á la corte del rey Artus donde el anciano caballero Gurnamanz le enseña las leyes de la noble Caballería, amonestándole además se guarde de vanas preguntas.

La primera hazaña del joven es la liberación de la reina Konduiramur. Se casa con ella; pero poco tiempo después sale para volver á ver á su madre, cuya muerte ignora, y llega al castillo del *gral*. ¡Qué pompa tan inaudita, qué virgenes tan hermosas, qué caballeros tan brillantes, qué luz y qué piedras tan peregrinas se presentan á sus pasmados ojos! Pero en medio de tanta magnificencia se anida el pesar más profundo: el rey Amfortas está herido por una lanza, y todos están llorando. El inocente joven lo oye y lo ve todo; pero obedeciendo al pie de la letra los mandamientos de etiqueta convencional que debió al anciano caballero de la corte del rey Artus, no deja hablar á su corazón sensible, no pregunta la causa del dolor al noble rey que le regala su espada; no pregunta qué es el *gral*, ni quién es aquel rey anciano, Titurel, su bisabuelo; ni quién es el rey enfermo, Amfortas, su tío. La cena con que le obsequian es la más espléndida, y no ménos espléndido es el lecho en que descansa por la noche.

Al día siguiente ve desierto el castillo, y al partir le maldecie una parienta suya, á quien no reconoce, Signe, pues hubiera salvado á Amfortas y conquistado en seguida el reino del *gral* si hubiese preguntado. Soñando continúa su camino el joven, hasta que ve tres gotas de sangre en la nieve, que le hacen pensar en su dulce esposa Konduiramur que había abandonado, y en las tres lágrimas de ésta, en dos lágrimas que se vieron en sus ojos y en la que se vió en su barba. Se queda sumergido en sus sueños hasta que un caballero de la corte de Artus Gawein, le cubre las gotas de sangre. Y ya quiere el rey recibirle en el seno privilegiado de sus caballeros, cuando aparece Kundrie, la mensajera del *gral*, para maldecirle. Entonces Parcival renuncia la caballería mudana de la tabla redonda para dedicarse al *gral* sagrado, pero desconfiando de sí propio, desesperando de Dios y entregándose á las dudas, sale de la corte y vaga por el mundo durante cinco años, encontrándose lejos de Dios y de la patria, y durante aquel espacio de tiempo, el poema le pierde de vista para ocuparse de Gawein, el representante de la caballería mundana.

El Viernes Santo volvemos á encontrarle: un caballero peregrinante le amonesta para que crea en la fidelidad de Dios, y le conduce á un ermitaño, Trevrizente, que es el tío de Parcival, y que le explica la verdadera esencia de Dios y del *gral* diciendo que éste último no podría conquistarse por el orgullo ni por la duda, sino por la humildad, y que ésta no cuadraba del todo con el amor mundano, y que por lo tanto, el rey del *gral*, Amfortas, que un día llevaba por divisa suya el amor, hubiese de sucumbir en la lid, siendo herido por una lanza envenenada, la misma que Parcival vió en el castillo, y que de aquí en adelante Amfortas hubiese de vivir como enfermo una vida triste que se prolongase por la vista cotidiana del *gral* hasta que viniese un caballero que preguntase por la dolencia del rey y por el *gral*, legitiándose con aquellas preguntas, según decía una inscripción del mismo *gral*, como el á quien Amfortas hubiese de entregar su reino eclesiástico. Parcival abandona al ermitaño cual hombre convertido.

La confianza en Dios penetra en su pecho, y le anima el afán de conquistar la orden de Caballería más alta: la eclesiástica. Entre tanto, le brinda su gloria la caballería mundana: ve un castillo encantado por el mago Klingsohr, cuyo encanto ha de romper Gawein, y ve á los caballeros que salieron para librar á los moradores del castillo; pero él pasa indiferente y severo: no le importa la gloria terrestre. Sin quererlo y sin saberlo, tropieza después con el caballero mundano Gawein, que se había propuesto también conquistar el *gral*, y entonces Parcival le vence, superando en su persona la caballería eclesiástica y espiritual á la mundana. Y ha de vencer el héroe del poema de Wolfram para hacerse digno del ministerio divino, porque para conquistar el *gral* no bastan los pensamientos, aunque éstos fuesen los más altos, sino que se necesitan hazañas.

Después de otra lucha sostenida en pro de Gawein, Parcival fué recibido en la *Tabla Redonda* de Artus. Pero la caballería terrestre no le basta: aun no ha encontrado su alma lo que anhela. Sale, pues, y sostiene una lucha con un héroe pagano en que reconoce á su medio hermano Feirefiz, el hijo de Belakane. Y la misma mensajera del *gral*, que

antes le maldecía, vuelve para anunciarle que, gracias á su purificación, era llamado á llevar la corona de la salud humana como rey del *gral*. Entra, pues, otra vez en el misterioso castillo de Titurel, pregunta por las dolencias del rey Amfortas, y ora delante del *gral*; y de improviso, un esplendor peregrino ilumina al rey, que radiante de hermosura florida, se levanta del lecho del dolor. Parcival toma posesión del reino del *gral*, y vuelve á encontrar á su fiel esposa Konduiramur (que entretanto había dado á luz dos niños), en el mismo sitio en que había visto en la nieve las tres gotas de sangre. Después manda coronar á su hijo menor, Kardeis, como rey de sus estados mundanos, reservando el reino eclesiástico del *gral* para su hijo mayor, Lohengrin. Y manda una inscripción del vaso sagrado que de aquí en adelante los caballeros del *gral* no han de permitir que se pregunte por éste. Por eso Lohengrin que fué mandado á Ambéres en una barca tirada por un cisne para ser esposo de la reina de Bravante, había de abandonarla para siempre y volver al *gral* cuando le preguntaba por su misteriosa estirpe.

La epopeya de Wolfram, que no abre los tesoros de su hermosura peregrina sino á quien la lee detenidamente y más de una vez, tiene dos protagonistas: el hijo de Dios, el profundo Parcival, y el hijo del mundo, el galán Gawein. Ambos representan los dos hemisferios del mundo caballescico; ambos son amigos, y aunque el poeta ofrece la palma á Parcival, no condena, por lo tanto, á Gawein, quizá porque en su propio pecho habrá algo de ambos, reuniéndose en él la Caballería alta y la Caballería mundana.

En los siglos que siguieron á Wolfram han apreciado mucho su obra inmortal, y entre los primeros libros alemanes que se imprimieron figura el *Parcival*, impreso en 1477.

Otra obra de Wolfram, pero que él dejó sin concluir, terminándola un poeta inferior al gran Eschenbach, el caballero Alberto de Scharfenberg, es conocida con el nombre de *Titurel*. Pinta en estrofas llenas de poesía delicada el amor de Signe (que hemos conocido en la epopeya *Parcival*) y de Schionatulander.

Así *Parcival* como *Titurel* nos encantan en la excelente traducción de Carlos Simrock.

Otro poema épico, titulado *Willehalm* (Guillermo), se debe á Wolfram, estribando en un original francés y teniendo por héroe al conde Guillermo de Aquitania, que en 793 combatió contra los sarracenos entre Carcasona y Narbona. Y de una tradición que debía su fama al fanatismo religioso hizo el bardo alemán el poema de la tolerancia, poniendo en boca de la reina Giburg, rapta por Guillermo palabras piadosas respecto á los paganos, y podría decirse que el mismo Wolfram contempla estos con los ojos de Giburg. Lo último que dictó el poeta—pues no escribió sus poesías—eran los versos consagrados á un acto de generosidad de Guillermo, que manda enterrar á los paganos según su rito. Parece que poco tiempo después falleció el noble poeta legándonos su *Guillermo* cual fragmento que trataban de completar sus imitadores y sucesores Ulrich Von dem Turlin y Ulrich de Türhein.

El bardo, lleno de virilidad caballeresca, que tenía el culto de la hazaña atrevida y del idealismo, se refleja también en las pocas poesías líricas que existen de él, para quien el amor era un poder ideal que pone gérmenes de nobles aspiraciones en el alma del niño, y que vence así al monje como al caballero, imperando tanto sobre la tierra como en el cielo, y que no puede conquistarse como premio más alto sino por las hazañas. Las composiciones líricas de Wolfram imitan respecto á la forma á las canciones provenzales en que aparece un guarda que desde las almenas de la torre anuncia el día, para amonestar á los amantes que ya ha llegado la hora de despedida.

Despidiéndome de mi héroe Wolfram, no puedo ménos de exclamar que la *Walhalla* del rey Luis I de Baviera no alberga ningún caballero más noble que el señor de Eschenbach, el autor insigne de *Parcival*.

Otra despedida, la despedida más triste, me esperaba al escribir este artículo. Cuando había llegado á las palabras de Herzeloide: «*A Dios has de dirigirte en tu amargura*», entró un mensajero anunciándome la muerte de mi único pariente, del único que me había quedado después del fallecimiento de mis inolvidables padres y de mi virtuoso y noble tío Fernando. Acaba de morir el bondadoso anciano que había participado de todas las satisfacciones, de todas las alegrías de mis padres, el que los había visto cuando eran jóvenes, cuando se enlazaron, cuando nació yo, cuando yo fui adolescente, y que los había visto bajar á la tumba, quedando él mi único pariente, mi consuelo, mi delicia.

Él amaba á nuestra España; los retratos de mis ilustres amigos españoles adornaban su cuarto; los nombres queridos de Hartzenbusch, de Valera y de Diana le eran tan familiares como á mí mismo; él abrió su mano generosa para aliviar la desgracia de los inundados de Murcia y para hacer una donación en pro de las bibliotecas de las Escuelas de Madrid. Los españoles, agradecidos, le hicieron caballero de Carlos III, pero fué más: pertenecía á la Caballería alta de los *Parcival*. Ya ha roto la cárcel de la materia para volver á las regiones del espíritu. Cuando yo le visité hace ocho días en Düsseldorf, donde residía, el enfermo no hizo otra cosa más que orar repitiendo constantemente una sencilla oración de los niños alemanes, que dice:

*Lieber Gott, mach' mich fromm.
Dass ich in den Himmel komm.*

(¡Oh Dios querido, hazme piadoso para que pueda entrar en el cielo!)

A Dios tengo que dirigirme hoy en mi amargura; á Dios, «contra cuya sabiduría no hay sabiduría, ni prudencia contra su Prudencia, ni consejo contra su Consejo.» (Proverbios XXI, 30.)

¡Federico Fastenrath, último tío mío, que me recordabas un pasado feliz, los días en que me regocijaba con mis padres; pariente queridísimo, que me indicaste el sendero que debo seguir para llegar á puerto seguro, ayer te ví muerto y frío, y besé por última vez aquella mano cuyo suave calor había sentido tantas veces: volveremos á vernos en el cielo donde ya respiras la inmortal fragancia!

JUAN FASTENRATH.

Colonia, Noviembre 80.

TOLEDO.

He anhelado siempre ver á Toledo, mi anhelo se ha cumplido, y ¡cosa rara! la realidad excede á la imaginación; mi alma no puede soñar tantas maravillas como ha dejado en el espacio grabadas indeleblemente el espíritu de nuestros gloriosos padres, cuyas sombras me parece levantarse, volviendo á nueva vida en medio de estas portentosas ruinas que atónita mira la vista y suspenso contempla el pensamiento. ¡Oh! Toledo, Toledo; la ciudad santa de los godos, la fortaleza de los árabes, el templo en que anhelaban orar los cristianos de Covadonga, la metrópolis de Castilla, el centro en contorno del cual hacia girar al rey sábio en las investigaciones científicas las esferas celestes; Toledo, la ciudad artística, rica en monumentos, no sólo góticos y árabes, sino también del renacimiento donde se refleja aún en las obras de Berruguete el esplendoroso espíritu de Miguel Angel; Toledo es la historia viva de nuestra sagrada patria. Esta ciudad es el epílogo de nuestra nacionalidad. Si la etimología hebrea de su nombre no le cuadra históricamente, desde mi punto de vista significa muy bien lo que Toledo representa: generaciones de ideas, generaciones de monumentos, veneración perpétua del espíritu humano que, como frondoso árbol, no pierde las hojas sino para darle su nueva savia. Toledo me parece una gran lápida donde cada edad ha dejado el símbolo de su idea. Aquí los godos, sujetos al espíritu romano que creían haber apagado entre las ruinas del mundo antiguo, estendieron los fundamentos de nuestra organización política; hácia aquí se dirigía como un torrente el alma de nuestros padres, cuando bajaban de las montañas de Asturias por las llanuras de Castilla; esta fué la brecha que los mismos árabes abrieron en su imperio con sus constantes insurrecciones, como si los rechazara el suelo sagrado de Toledo; en estas hermosas llanuras se estendieron los cruzados que convocaba Inocencio III para detener á los almohades, cuyas victoriosas enseñanzas amenazaban cubrir la Europa cristiana; esta ciudad fué célebre por sus fueros, por sus municipios, por sus libertades, y así levantó el pabellón morado de Castilla en la guerra de las comunidades; pabellón que plegó honrosamente cuando se vió sola y abandonada de las demás ciudades sus hermanas; y aquí para dar más pábulo al pensamiento, y para manifestar cómo la justicia divina resplandece en la historia, vino á morir la nobleza castellana y vino á morir en este soberbio alcázar á los pies de Carlos V.

Tantos recuerdos se agolpan ahora á mi mente, que apenas puedo ordenarlos. Si se me pregunta qué he visto, apenas sabré decir. He visto un cielo azul, riente, ese cielo de España, que centellea eterna alegría; el Tajo, claro, reflejando en sus mansas hondas el horizonte; hermosa y dilatada vega, apenas cubierta con el nacimiento follaje de la primavera; y en un cerro inmenso, rodeado por el río, la ciudad apiñada, como si buscara la sombra de sus grandes edificios cubierta de ruinas; la ciudad, que me ha parecido como un gran sepulcro. Pero estas ruinas hablan: esas piedras amontonadas podrán ser los huesos de civilizaciones que han muerto; mas la indignación, esa fuerza creadora, los llama, los viste de carne, les infunde un alma, y vé asombrada pasar, como ideas vivas, las generaciones que han muerto, y las vé trabajando incansablemente, ofreciendo los tesoros de su sangre y los destellos de su inteligencia para levantar el orgulloso templo de la civilización universal. ¡Cuántas acciones memorables, grandiosas, guarda Toledo, ese montón de olvidadas ruinas!

A la derecha, subiendo á la ciudad, he descubierto el palacio de Galiana, palacio árabe, roto, abandonado, donde nuestra gran Iliada, el Romancero, al recoger influencias de extrañas ideas, ha levantado una mansión de amores á Carlo-Magno, como si quisiera curarle con los besos de héroes árabes la honda herida que abrió á su honor en Roncesvalles.

He pisado el puente de Alcántara, gozándome en ver su atrevido arco central, y en contemplar cómo se encajona el río defendiendo la ciudad imperial; el río que parece una serpiente destinada á guardar un nido de águilas. Concióbo en este instante cuán difícil debía ser en la Edad media asaltar y tomar una ciudad de esta naturaleza. No me maravilla que nuestras crónicas, y especialmente el arzobispo don Rodrigo, atribuyeran la toma de Toledo por Alfonso VI, más bien que á las fuerzas de los cristianos á las industrias que reveló la prudencia de Almanzor.

El Tajo, por este punto, camina entre dos abismos que atónito he contemplado, pues no parece sino que la misma naturaleza ha querido defender á la inmortal Toledo.

Una idea general de la población que contemplo, no sé si podré darla. Rodéala un triple muro, cuyo foso natural es el Tajo. Los edificios principales reúnen la historia de la ciudad. El castillo de San Servando, centinela avanzado que guarda el sueño de esta reina destronada, significa el espíritu guerrero de la Edad Media; el gran alcázar, obra maravillosa del renacimiento, asentada sobre los restos de otros alcázares, simboliza, levantándose sobre toda la ciudad como la cúspide del edificio social, la monarquía; frente por frente del alcázar, aunque al extremo opuesto, ostenta sus torres,

sus cúpulas ese poema de piedra donde está escrita toda la historia del espíritu católico, la catedral, que es á un tiempo mismo la religión y el arte, guardando como arca sagrada el fuego de la vida de las generaciones pasadas; y bajo estos edificios á su sombra protectora, se levantan en desorden las casas, en lo exterior pobres y mezquinas, en lo interior de ahogadas y magníficas, como si enseñasen que nuestros padres no vivían sino para el campo de batalla cuando con doliente voz los llamaba la patria, y para el hogar doméstico, para el santuario de la familia cuando les sonreía la paz. Pero entre todos estos edificios hay uno que representa sin duda la idea más viva de nuestra nacionalidad, su verdadera esencia; edificio que es de la época en que esa idea había ya muerto, del siglo décimo séptimo, y que á pesar de su bella arquitectura me ha parecido la más grande ruina de Toledo y la más triste de sus vecinas. Hablo de la casa municipal, que se levantó cuando ya no tenía vida ni esplendor el municipio.

Es casi imposible contar todas las excelencias de esta ciudad. En su silla metropolitana se han sentado obispos que más que hombres parecen una época, como San Julian, el representante de la iglesia goda. Aquí fué arzobispo Don Rodrigo, tan dado á las armas como á las letras, que así manejaba la pluma como la maza; guerrero en el campo, cual cumplía á un sacerdote de aquellas edades, esplendor de nuestras artes, luz de los Concilios y en virtudes tan grande que era el consuelo de los pobres, y así Dios le premió dándole inspiración para escribir la historia nacional y aliento para entonar sobre el campo de las Navas el cántico de triunfo que aún repiten todas las generaciones, y fortuna para poner la primera piedra á esta catedral, bajo cuyas bóvedas parece que se cierne aún su luminoso espíritu. Y al finalizar la Edad Media, como una gran estatua levantada para coronar estas glorias, se ve aparecer en esta silla metropolitana al cardenal Cisneros, el génio más español de nuestra historia, el más fiel á sus tradiciones, pues comprendiendo el elemento vigoroso é idóneo para mantener nuestra sociedad, armó el municipio y adivinando el destino que el pensamiento del Eterno señalaba á nuestra patria, llevó las vencedoras huestes de Castilla al Africa para que templasen sus espadas en la sangre de sus antiguos señores.

Todos estos grandes preladados acaso explican la maravillosa riqueza de Toledo, que es un gran museo donde está escrita la historia de las artes. Aquí se encuentran restos despedazados de muros romanos, de circos, anfiteatros, que parecen como esos huesos colosales que sirven al naturalista para reconstruir una gran época de la geología; aquí han encontrado mi querido é ilustre maestro don José Amador de los Ríos y su compañero el señor Assa monumentos bastantes á esclarecer épocas oscuras de la historia de nuestras artes; en el Cristo de la Luz, en Santa María de Blanca, se vé el arte árabe, emancipándose del arte bizantino; en la magnífica y nunca bien encarecida casa de Mesa, en el taller del Moro, el arte árabe, en su último florecimiento, con sus labores maravillosísimas; en la catedral resplandece la ojiva desde el siglo décimo tercio hasta el siglo décimo quinto, verdadera encarnación de una série de ideas; en San Juan de los Reyes, edificio tal vez único en su género, símbolo de la edad más gloriosa de nuestra nación, centellean, lucen los últimos esplendores del génio de la Edad media, próximo á confundirse en el Renacimiento, cuya edad representan admirablemente el hospital de Tavera y el grandioso Alcázar, mole inmensa y grandiosa, que presenta numerosos ejemplares del género plateresco, y cuyas degeneraciones vinieron á engendrar el churriguerismo, desvarío del espíritu español, que comprimido y agotado, y careciendo de nuevas fuentes de vida, consumió la siempre exuberante inspiración en logogrifos incalificables, como el gran Góngora, y de este desvarío dá insigne muestra el célebre transparente de la catedral, especie de Soledades ó Polifemo de piedra.

Bajo este aspecto no conozco nada semejante; es imposible que haya una ciudad como Toledo en España. Es un gran poema de piedras, en que la variedad de los géneros y de los monumentos no daña á la unidad maravillosa de la idea, un poema de piedra, que han escrito muchas generaciones, en que han puesto sus manos muchos individuos, y que, sin embargo, es armónico, pareciendo la creación de un artista divino y único, á manera de lo que sucede en nuestro sublime é inmortal romancero. Yo veo aquí la idea de lo bello alimentada y presentada á Dios como un holocausto; veo que esos grandes monumentos de piedra conservan el sentido maravilloso que la Biblia atribuye á la primer creación de la arquitectura; son montones de piedra que levanta el hombre para tocar á los cielos. Y en efecto, en esos arcos que se alzan airosos á los cielos, obedeciendo á una idea humana como la notas de un canto; en esas estatuas animadas siempre por el éter de la vida que despierta el pensamiento; en las cúpulas, que esmalta con celestes arbores el aire; en esos sepulcros que parecen un comentario á la eternidad, un triunfo sobre la muerte; en los vidrios de colores, que quiebran en mil rayos la luz; en los lienzos y tablas, animados al soplo de la inteligencia humana, se vé más bien aún que en la naturaleza, resplandecer el espíritu de Dios.

EMILIO CASTELAR.

CONTESTACION Á LAS CARTAS DEL «TIMES» SOBRE EL BRASIL.

II

El corresponsal del *Times*, imaginando que uno ó dos rasgos de alta política darían más relumbrón á sus correspondencias, nos habla del Emperador, de sus costumbres, de sus estudios y del poder que ejerce.

Comienza por hacerle la justicia de que, de todos los soberanos de nuestra época, el Emperador del Brasil es quizás á quien más universal y fundadamente se respeta; pero, añade, que sus más allegados encuentran en él algo de censurable. Estas censuras son de tal naturaleza, que si nosotros no afirmáramos haberlas visto consignadas en las ya famosas cartas del corresponsal, nuestros lectores se resistirían á creerlo.

No hay un solo brasileño que, llevado de su amor á la pereza y á la indolencia haya ni siquiera imaginado que era criticable la solicitud y la actividad del Emperador. Parécenos esto una broma del autor; y otro tanto decimos de la opinión que, según él, inspira en sus súbditos el estudio del hebreo, árabe y sanscrito á que se dedica Su Magestad; por el contrario, lo sensible sería que el país encontrase ocasión de censura en estos estudios, ya fuesen hechos por el Emperador ó por cualquiera, por el más humilde de los ciudadanos. Nunca, que sepamos, ha hecho alarde el Emperador de sus estudios científicos ó literarios, (1) los cuales le sirven para ocuparse en los ratos de ocio que le dejan el ejercicio del poder de una manera que creemos la más digna para el jefe de un Estado. El Emperador descansa leyendo. Méenos brillante y ruidosa que cualquiera otra será esta ocupación, pero nadie podrá decirnos que en esto haya algo de malo, y si no temiéramos herir la susceptibilidad del corresponsal inglés, le diríamos que, por el contrario, hay en ello mucho de bueno. Solo queda por averiguar si estos estudios pueden ser perjudiciales á la cosa pública, ó si han llevado alguna vez al Emperador á descuidar los altos deberes de su cargo; pero el mundo entero sabe que no hay ni hubo nunca nada de eso.

La cuestión, sobre la cual el corresponsal insiste varias veces, es acerca de la censura que, según él, podrían hacer algunos hombres políticos al Emperador, en lo relativo al ejercicio de un poder personal. Según el *Times*, S. M. derriba situaciones políticas y Ministerios; y cita el corresponsal al Gabinete Sinimbu, que el Emperador destituyó parapeándose en el dictámen del Consejo de Estado, y, finalmente, que el Emperador toma una muy grande parte en la administración pública.

No es lícito emitir ni publicar apreciaciones semejantes sin examinarlas y compararlas con los hechos y la historia, por modesta que sea esta, en un país.

Para ser, sobre todo, justos, no negamos que el Emperador haya modificado situaciones políticas; falta saber si hubiera podido obrar de otra manera. Para impedir á los partidos eternizarse en el poder (lo cual podría haber hecho nacer la oligarquía por un lado y la rebelión por otro), el Emperador se ha visto obligado á llamarlos alternativamente á los negocios públicos, cosa necesaria y que no puede hacer siempre, por sí mismo, un Estado nuevo, cuya población está diseminada y repartida en un inmenso territorio, y cuya educación intelectual y política encuentra dificultades por consecuencia de esta misma vasta extensión.

En semejantes circunstancias, no hay por qué extrañar, si á la acción, algunas veces ineficaz de las cosas, es necesario suplir la intervención directa de la Corona. No sería leal creer que esta solución sea del gusto del Emperador, á menos de negarle una sagacidad que los mismos radicales de su nación no le niegan. La responsabilidad es grande y la herencia no es para deseada. La ambición del Emperador es, ciertamente, la de dejar al país una Constitución eminentemente práctica, y á su hija una corona exenta de toda carga superflua. Tenemos la seguridad de que el día en que el Brasil, más avanzado en años y rico en experiencia política, pueda afirmarse, como lo ha hecho la Inglaterra de Gladstone y de Disraeli, ambos derribados por Parlamentos recientemente elegidos y contrarios á su política, el Emperador se felicitará de verse libre de una gran parte de este poder impuesto por la necesidad y que le es origen de disgustos; porque si la irritación de los partidos es con frecuencia grande, su reconocimiento es parecido al de los hombres, escaso y de corta duración.

Cambiar situaciones políticas ó simplemente modificarlas no es contrarestar violentamente la corriente de las ideas, y la actual reforma electoral es una prueba elocuente del respeto que ha tenido el Emperador á la opinión pública. En la carta que escribió en Diciembre de 1877 al duque de Caxias, después de haber oído la opinión de los presidentes del Senado y de la Cámara, ambos conservadores, y que tal como se la manifestaron al Emperador, le habrían propuesto, en el caso de

(1) Todo el mundo sabe que Don Pedro II de Alcántara, Emperador del Brasil, es miembro correspondiente del Instituto de Francia. En la sesión de 27 de Diciembre de 1880 ha presentado de su parte M. Tresea una nota á la Academia de ciencias de París, acerca de la determinación de la rotación del planeta Júpiter.

ser alguno de ellos presidente del Consejo, la adopción de un proyecto de elección directa; en esta carta ha declarado el Emperador expresamente, al jefe del Gabinete dimisionario que: «Pues los dos partidos la piden, á mí no me toca más que crearla oportuna.» Lo cual era decir en términos atentos, que él no tenía tanta confianza en la elección directa como los dos partidos, pero que no quería oponerse á la realización de una idea por la generalidad aceptada.

Si el *Times* encuentra concluyente este documento, todavía podemos suministrarle, no otro, sino una noticia que corre. El Gabinete Sinimbu ha obtenido del Parlamento un crédito importante, destinado á enviar una expedición á China con objeto de concluir un tratado facilitando la inmigración de trabajadores de este país. La expedición se efectuó, el tratado acaba de firmarse, y sin embargo, se ha sabido que la introducción de los trabajadores no estaba en conformidad con las ideas del Emperador; el cual, si no ha hecho de ello misterio, se ha guardado muy bien de atar las manos de sus ministros, ó de regatearles las pruebas de la egregia confianza que necesitaban en el ejercicio del poder. Tenemos por constitucional y útil la parte que en la administración toma el Emperador, desde el momento en que no excede ni quita á los ministros la responsabilidad que les corresponde. Si en la antigua Inglaterra el rey, según la expresión de un lord (creemos que fué lord Broughan) puede no ser más que el clavo en el que se halla suspendida la Constitución, es menester que el jefe del Estado sea algo más en los países donde el aprendizaje del gobierno representativo no está todavía terminado.

Otra especie atribuida por el *Times* á algunos descontentos de aquel país, es que la facultad de que goza el Emperador de conceder títulos nobiliarios no trasmisibles de padres á hijos por derecho de herencia, coloca á todas las clases bajo un pie de igualdad, y á una distancia tal que están en la imposibilidad de aproximarse al único poder supremo y absoluto. Este pensamiento debe ser propiedad exclusiva del autor de las cartas. Bajo el régimen de aquella monarquía democrática, los títulos no son más que recompensas personales, y razonablemente, no pueden ser de otro modo. Quizá semejante concepto asombre á un espíritu inglés, ó aclimatado por largo tiempo en Inglaterra: pero la antigua aristocracia británica, defensa de la dignidad real y de la libertad, no es fruto de una simple decisión legislativa, sino que está basada sobre el cimiento de la historia y la sangre de sus propios fundadores. En el Brasil, la monarquía se halla sólidamente asentada sobre sus cimientos democráticos, y, para decirlo de una vez aunque pese á los radicales de buena fé, en aquellas instituciones monárquicas es donde la vitalidad democrática toma su más grande fuerza.

La simpatía del escritor inglés no se muestra de una manera muy benévola, á propósito de la cuestión de la esclavitud; léjos de esto, debiendo haber encontrado la ocasión de alabar un hecho digno de elogio, -- la ley de 28 de Setiembre de 1871, (1) ha guardado el más profundo silencio.

Conténtase con decir que los abolicionistas extremados (*eager abolitionists*) acusan al Gobierno de prevaricación, sosteniendo que el número de esclavos más bien ha aumentado que disminuido; quejándose de la servidumbre ilegal de los negros libres y manumitidos y del tráfico que se hace con los hijos de los indios en Amazonas; presentando, por último, la emancipación, tal como hoy existe, como un fraude.

Sentimos tener que decir, que el escritor del *Times* no ha comprendido ciertamente á los abolicionistas brasileños. Ninguno de ellos ha afirmado que el número de esclavos haya aumentado, más bien que disminuido. La estadística, (2) por imperfecta y defectuosa que sea, y más aun el buen sentido, están allí para refutar semejante aserción. El hecho de la servidumbre por personas libres es cierto que se ha producido, pero solamente en muy raros y particulares casos, y completamente tan extraños á la ejecución de la ley de 28 de Setiembre de 1871. Cuando el Gobierno puede hacer intervenir su acción con alguna eficacia como en

(1) La ley de 28 de Setiembre de 1871 abolió la esclavitud gradualmente en toda la extensión del imperio, no solamente decidiendo que, desde luego, todos los hijos que nacieran de padres esclavos serían libres, sino que todavía se creó una Caja especial para la emancipación de los esclavos existentes, facilitando su manumisión por todos los medios. Tres nombres quedarán eternamente ligados á esta ley bienhechora; el del Emperador que la inspiró; el del ministro, vizconde de Rio-Branco, cuya reciente muerte ha sido tan sentida, que la propuso; y el de S. A. I. la señora condesa de Eu, entonces regente, que la promulgó. La *Francia* mencionaba entonces con elogio estos recuerdos en un artículo firmado por M. Julien Penel.

(2) Según la última estadística publicada el 15 de Mayo de 1880, existen en el Brasil 1.367.953 esclavos. Si se compara esta cifra con la de los que existían en el momento en que fué promulgada la ley de 28 de Setiembre de 1871, se verá que cerca 2.000.000 de hombres deben la libertad á esta ley. Estos esclavos, cuyo número disminuye todos los días de una manera palpable, como se vé por esta estadística que nunca ha sido contradicha, aun por los abolicionistas más impacientes, están repartidos entre las veinte provincias del Brasil de una manera desigual; hay provincia, como la de Rio Janeiro, en que el número de esclavos sube á 289.239, y otras como la de Amazonas, en la que no hay más que 974.

el caso de los negros de Morro-Velho(1) que hacia muchos años estaban al servicio de una Compañía inglesa, sabemos todos que no dejó de cumplir con su deber; y la magistratura cumplió con el suyo en este caso y en otros análogos.

En cuanto á la acusacion de fraude, ignoramos si toca á la distribucion de fondos de emancipacion, que debiendo hacerse todos los años, (art. 3.º de la ley de 28 de Setiembre de 1871,) no tuvo lugar sino dos veces en ocho años. Creemos que el Gobierno no niegue esta infraccion de los plazos fijados, pero la explica invocando dos importantes consideraciones: 1.º las lagunas y dificultades del servicio de estadística, y los retrasos naturales que experimenta la administracion local de un país tan vasto; 2.º aunque la distribucion no haya sido hecha más que dos veces (en 1875 y 1880) la suma total de los fondos recaudados desde 1871 ha sido, sin embargo, aplicada á su objeto legal, y hasta se ha resuelto la duda suscitada acerca del aumento de la tasa de los esclavos, en el sentido de que su producto íntegro pertenece á los fondos de emancipacion.

Pero esta acusacion está limitada al Gobierno. Hé aquí otra de una trascendencia más general. «Los brasileños se equivocan,—dice el corresponsal del *Times*,—si piensan escapar de la hora fatal haciendo ilusorias sus propias leyes y tolerando este tráfico disfrazado:—y añade como para explicar esta advertencia:—«En los últimos tiempos un gran número de esclavos han sido enviados por mercaderes á las localidades donde el trabajo de los negros parecia ser ménos necesario.»—No; este tráfico no ha sido disfrazado; es ostensible y público porque es legal; tan legal, que varios miembros del Parlamento (unos abolicionistas, y otros partidarios del *statu quo*) se esfuerzan por recabar una ley que limite la esclavitud en las provincias donde todavía existe. Sea la que quiera nuestra opinion respecto á este asunto, la verdad es que la esclavitud está regida en el Brasil por las mismas leyes vigentes para toda otra propiedad; el amo tiene el derecho de mandar á su esclavo, de cuyo derecho no se le puede desposeer sino por una ley especial.

En cuanto al hecho observado por el corresponsal, de trabajadores africanos trasladados á sitios donde parecen ser ménos necesarios, no estamos dispuestos á ocuparnos de él, porque la principal dificultad seria la de comprender lo que se ha querido dar á entender. No recordamos cuál fué el publicista ó diputado de los tiempos de Carlos X, que al caer el Gabinete Martignac, exclamó que aquello era un efecto sin causa. Exclamacion irreflexiva, porque la caída de Martignac debia tener una causa cualquiera, mientras que es absolutamente imposible encontrar una razon capaz de explicar por qué millares de esclavos han de ser comprados y trasladados á sitios donde no son necesarios.

Quizá el pensamiento del corresponsal pueda entretenerse muy á lo lejos allá en el sitio donde él dice que la raza blanca es poco apropiado para la cultura de las tierras del norte del Brasil. En este caso no olvidemos que su opinion, por bien fundada que parezca, no es más que una simple opinion, mientras que el hecho de que hablamos era inevitable, procedia de la decadencia de una parte de la agricultura del Norte y de exigencias de la del Sur; traslacion lenta, numerosa, constante, que no es reciente, sino que, por el contrario, se remonta á largos años. Al obrar así el interés privado, no se ocupaba de los hechos de orden general de que á la verdad estaba bien alejado todavía.

La cuestion del trabajo es tratada por el corresponsal de una manera bastante al pormenor é interesante; mas quizá con un poco de prevención. Hablando, por ejemplo, de los trabajadores asiáticos, hace observar sus defectos y consigna que prefieren las poblaciones al campo y la industria á la agricultura; dice que en California, en las Antillas y en el Perú, se pregunta todavía si han producido buenos ó malos resultados, y que Chile se ha abstenido prudentemente de hacer el ensayo. Volviendo al Brasil no dice si debe ó no aceptarlos; se contenta con echar en cara algunos antiguos recuerdos, de los cuales no queremos decir aquí si son merecidos ó simplemente desagradables. Notemos solamente que todos los brasileños están unánimes en repudiar las tradi-

(1) Hablando de una visita que hizo á las minas de oro de Morro-Velho, explotadas por una Compañía inglesa, hé aquí cómo se expresa el conde de Ursel:

«Cerca de 1.200 trabajadores hay empleados en la explotacion de Morro-Velho; de este número 500 son extranjeros ó indígenas blancos ó negros, y sus servicios son retribuidos segun la capacidad de cada uno. El resto de esta poblacion de mineros está tomada de la esclavitud. Un domingo, M. Gordon, director de la explotacion, nos hizo asistir á una curiosa revista de inspeccion que pasaba á los esclavos de la Compañía. Allí ví formados en línea, en un prado delante de su habitacion, más de 500 negros, hombres, mujeres y niños.

«Qué escena más extraña de esclavitud era esta, en medio del elemento inglés en que nos hallábamos! Para completar el espectáculo, en medio del cuadro formado por los negros se elevaba un gran mástil por encima del cual flotaba orgullosamente el pabellon de S. M. Británica... y los pliegues de la bandera inglesa despedían blandamente su ondulante sombra sobre todas estas cabezas de esclavos! ¡Filantropía y mistificación! (Véase *Sud America* por el conde C. de Ursel: París, 1879).

ciones de los piratas negreros, cuyo vergonzoso tráfico ha sido sobre todo abolido por la energia de su Gobierno.

Segun el corresponsal del *Times*, los trabajadores asiáticos no pueden dar resultado alguno, ni irán al Brasil, y añade que no se pueden esperar resultados de Euroa. Reconoce que pueden ser empleados con beneficio en una cierta zona limitada; confiesa, asimismo, que han dado buenos resultados en el Sur, y cita San Leopoldo, que hoy día es ya una ciudad, y aun otras colonias antiguas y prósperas. Sin embargo, hace observar á este propósito que los colonos se quejan de ser enviados al interior, donde las mejores localidades no pueden ofrecerles más que peñascos y pantanos, restos de los buenos terrenos poseidos por los portugueses y sus descendientes.

El hecho es cierto, las mejores tierras disponibles radican en el interior. Pero el autor de las cartas añade que el Gobierno deja á los colonos sin viveres, separados por inmensas distancias y sin pensar tampoco en abrirles camino. Este hecho es falso. Existe un reglamento, con fecha de 19 de Enero de 1867, que concede á los colonos alimento por un cierto número de días, alojamientos provisionales, concesiones de terrenos, simientes, instrumentos de labranza y adelantos en especies, y sabemos que todas estas promesas son cumplidas escrupulosamente. La administracion se ocupa siempre en prestar todos sus cuidados á las necesidades locales de las colonias, y en este mismo momento, con el fin de emancipar aquellas que no lo están todavía, ha pedido y obtenido del Parlamento un crédito importante, destinado á completar los caminos y otros servicios.

El corresponsal dice respecto de este asunto, que, vista la muy grande severidad de los directores de colonias y su tendencia á abusar del poder que les confiere su cargo, ha decidido el Gobierno emanciparlas al cabo de cierto plazo de «buena conducta.» Este reproche implica una censura dirigida á la ineptitud del Gobierno, porque aquel que no encontrara otro medio de reprimir los abusos de sus agentes que el de suprimir los empleos, llegaria fatalmente con su supresion á desorganizar el Estado. Esta consideracion sola debe bastar al autor de las cartas para examinar con mayor detencion la realidad de las cosas.

La verdad es que se exigen ciertas condiciones para la emancipacion de las colonias, la cual no se decreta sino cuando son capaces de vivir por sí mismas, como los otros municipios. No basta para ello una simple decision ministerial. Se trata, como acaba de ordenarse recientemente, de abrirles nuevos caminos, de trabajos de conservacion, de la rectificacion de lotes de tierras ocupadas, de la organizacion del plan definitivo, teniendo en cuenta las disposiciones reglamentarias, y por último de la reforma de la contabilidad y otros trabajos de administracion local.

Poco ó nada diremos respecto de los rusos y alemanes, á cuya historia hace el corresponsal alusion, añadiendo sólo que el pequeño número de los que quedan en el Brasil no aprecian á los indígenas, si bien estos hacen lo mismo respecto de ellos.

Esta historia ha recorrido los periódicos y los documentos oficiales. Se sabe que la primera expedicion de ruso-alemanes fué consignada á Rio Grande Do-Sul; que habitaron en Caxias, donde permanecieron satisfechos el largo tiempo que el Estado les mantuvo; y cuando esta ayuda se les retiró pidieron se les enviase á otra localidad, designando tambien á Santa—María—da—Bocca—do—Monte. Fueron en efecto, y allí comenzaron de nuevo el mismo género de vida. Caxias era un buen sitio, el otro aún mejor. Tierras fértiles, regadas por numerosos arroyos, en la proximidad del rio Jacuhy, y á distancia de una legua corta de un camino de hierro en construccion. La historia de los rusos en el Paraná, fué casi igual; eligieron terrenos de calidad inferior, impropios para el cultivo, y los quisieron así, sin dejarse convencer por la opinion y los consejos de los agentes del Gobierno: concluyendo por declarar que querian ó estos terrenos ó la Rusia.

No teniendo estos renglones por objeto una discusion, sino una sencilla rectificacion, nada diremos de algunas apreciaciones, apenas apuntadas, del corresponsal del *Times*. Acabamos de refutar todo lo que debia serlo acerca de la estadística, hemos dicho lo que podíamos decir, y esto poco habrá bastado para demostrar la inexactitud de su afirmacion, cuando pretende que el Brasil toma empeño el ocultar todos los informes relativos á las razas de que se compone su poblacion. Todas estas noticias están impresas; pueden adquirirse, y aunque no sean tan completas como el corresponsal del *Times* y nosotros mismos deseáramos, son, sin embargo, tales como lo permiten las condiciones especiales del país, con sus obstáculos y lunares que no nos cuesta trabajo el reconocer.

Otras indicaciones merecerian quizá el ser combatidas; pero dejamos á los lectores ingleses, si estas líneas llegan á su conocimiento, el criterio de conceder á las demás aserciones del escritor del *Times* la consideracion que merecen. ¿Qué autoridad puede tener, por ejemplo, un corresponsal, de paso, para decir que toda la administracion, superior é inferior de un país, es venal y corrompida?—A pesar de este amargo venal, y algunos otros más, se halla en las dos estensas cartas del

Times una cierta vaga simpatía y como decíamos al principio áspera; pero es menester tomar al *Times* y á la misma Inglaterra tal como son; bajo sus maneras frias y rígidas puede ocultarse, con frecuencia, un excelente amigo.

Con lo anteriormente transcrito terminaria aquí, señor Director, esta carta si no hubiera de ver la luz pública en un periódico español y si España no fuera uno de los países en que, como digimos anteriormente, el Brasil es más justamente apreciado y su digno Emperador más universal y fundadamente objeto de estimacion.

En efecto, señor Director, nadie ha olvidado las unánimes alabanzas de que, por toda la prensa española, han sido objeto los diferentes actos realizados por los Gobiernos del Brasil en lo relativo, ya á la abolicion de la esclavitud, ya al fomento de los intereses públicos, ya al desarrollo que han sabido imprimir á las obras públicas, ya á las reformas administrativas tan hábilmente realizadas, ya á la difusion de la enseñanza.

Prueba inequívoca de ello han recibido los diferentes personajes brasileños que han visitado nuestros monumentos, nuestros Museos, bibliotecas y nuestras obras públicas, y si no fuera por el temor de personalizar demasiado, aquí podria yo poner una numerosa relacion de los personajes brasileños que han recorrido nuestro país, y otra lista de los directores, académicos, profesores y artistas que han sentido en su pecho una verdadera complacencia en acompañar en sus excursiones á los distinguidos brasileños que nos han favorecido con su visita.

¿Pero á qué molestar más si con sólo recordar un hecho hay más que suficiente para comprobar el sincero afecto que los españoles sentimos por aquella culta nacion?

¿Quién ha olvidado las dos visitas de SS. MM. Imperiales á España?

¿Quién ha olvidado las visitas con que Don Pedro d' Alcántara honró personalmente á los príncipes de nuestra literatura, Breton de los Herreros y Hartzembusch? ¿Quién ha olvidado la visita al estudio del pintor Madrazo? ¿Quién ha podido olvidar los extraordinarios conocimientos científicos y artísticos que reveló S. M. en sus visitas á los Museos de pinturas, Historia Natural, Arqueológico, y á los Establecimientos de la Moncloa, Conservatorio de Música, Jardin Botánico, Instituto Geográfico, Observatorio Astronómico, etc.?

Con todos los hombres eminentes que dirigen y constituyen el personal científico y docente de estos centros de enseñanza, con todos conversó, con todos discutió y todos descubrieron en S. M. conocimientos superiores en los diversos ramos del saber humano.

Impresa está el acta de la sesion celebrada por la Real Academia Española, á la cual concurrió S. M., y en la cual reveló una vez más lo que de su ilustracion y ciencia podia esperarse.

Mucho espacio necesitaríamos si hubieran de referirse punto por punto cuanto en estas visitas tuvimos ocasion de presenciar; mucho mayor le necesitaríamos si hubiéramos de transcribir la impresion que causó S. M. en todos los que tuvieron ocasion de apreciar personalmente el mérito de tan sabio monarca.

Unánime fué la respetuosa admiracion que en todos produjo; unánimes las alabanzas que de todos mereció con tanta efusion como justicia.

¡Venturoso el país que merece hallarse regido por tan ilustrado príncipe!

Y dando á usted, señor Director, las más expresivas gracias por la favorable acogida que han merecido estas líneas, le ruego acepte las seguridades de mi consideracion más distinguida con que soy de usted atento y S. S. Q. S. M. B.

MANUEL DE FORONDA

Marzo de 1881.

PALMARÉS

Y LOS SARGENTOS DE LA ROCHELA.

La guerra de los Estados-Unidos agobió al partido de la esclavitud.

De treinta Estados, veintisiete se pronunciaron por la adopcion de la enmienda que abolió la esclavitud en aquella gran nacion.

Hoy todo el mundo es solidario.

Nada se hace de bueno ó de malo en el mundo material ó moral, que no estienda su influencia al universo.

Toda libertad no es otra cosa que el uso mejor posible de nuestras facultades; todo progreso nos enriquece, toda decadencia nos debilita, y la emancipacion de los negros ha sido la prueba más patente de la superioridad del derecho sobre la fuerza, de las santas leyes de la justicia y de la dignidad humana sobre las pasiones de la codicia y del orgullo y de los principios sobre las preocupaciones.

Los millares de esclavos que han roto sus cadenas, son hombres reintegrados en el fondo común de la humanidad, son nuestros semejantes y nuestros hermanos.

Ha sido una iniquidad social haber impedido al negro tener una esposa que pueda considerar como su compañera; privarle de conocer á su madre, á sus hijos y á sus hermanos, porque el corazón de negro es capaz de sentir todas las alegrías y todos los dolores inherentes á la naturaleza hu-

mana, y de participar de todas las dulzuras de la familia en el paterno hogar.

Muchos hechos demuestran que la inteligencia del negro es muy viva, y que se desarrolla con la educacion. Se cita un negro de Santo Domingo, tres veces laureado en el concurso general, y una de las coronas que ceñían su frente del más puro ébano y su encrespada cabellera, era el premio de poesía latina, y el otro era el de un tema griego y el tercero era un premio de historia.

La vergüenza de la esclavitud ha sido una vergüenza común que debemos borrar de todas las frentes. Ha sido un ultraje hecho á todas las almas, porque nuestros derechos, nuestros deberes, nuestros títulos y nuestras facultades son las mismas.

La emancipacion es un acto material que no reclama más que la intervencion y el poder de todos los Gobiernos: la libertad es un estado del alma al que no se puede llegar sino con el tiempo, á fuerza de energía y de perseverancia.

Para pasar de la independencia á la libertad, es preciso vencer tres grandes obstáculos: la miseria, la ignorancia y el abatimiento moral.

Los antiguos atribuían al hambre todos los malos consejos. Pero al abrigo de la necesidad, los emancipados de la esclavitud gozarán de los beneficios de la libertad, por el trabajo, por la instruccion, por la conquista sucesiva, aunque lenta, de todas las cualidades que los harían un día miembros útiles de la sociedad, ciudadanos respetables de un Estado.

Los Estados-Unidos han ofrecido al mundo un ejemplo grandioso, han realizado una obra colosal. Cuatro millones de negros colocados un día por la Providencia entre las manos de un pueblo para que los alimente y los vista, los eduque, los forme para el trabajo, para la ciencia, los haga, en fin, hombres libres y cristianos.

No se encuentra en la historia un ejemplo igual.

El héroe más grande, el más patriota fué Lincoln, el ilustre mártir.

Washington emancipó en su testamento sus propios esclavos.

Una mujer, que fué un elocuente escritor, dejó escapar de su alma un grito que ha conmovido los dos mundos. Esta heroína fué Beecher Stowe.

Por regla general, los emancipados son, no solamente capaces de un trabajo continuo, sino que no piden más que trabajar por un salario razonable.

En las escuelas que se han establecido, los jóvenes, como los viejos, igualmente han mostrado una aptitud y un deseo de aprender extraordinario.

El Gobierno americano hizo los más enérgicos esfuerzos para velar sobre la suerte de estos cuatro millones de desgraciados, por el intermediario de la seccion de los emancipados, y la poblacion de los Estados del Norte estableció sociedades de socorro y secundó noblemente al Gobierno en tan digna empresa.

Los agentes del Gobierno, que visitaron hace algunos años las localidades en que trabajaban por su propia cuenta los emancipados, han apreciado su actividad industrial.

El general Howard, M. Kimm, secretario de la Sociedad abolicionista de Filadelfia, y otros muchos dieron al público los resultados de sus viajes de inspeccion, y de comun acuerdo manifestaron que el orden, la inteligencia del trabajo y de la industria reinaban en todas estas colonias, y que los emancipados comprendían y cumplían perfectamente los deberes que les imponía su nueva posicion.

No solamente ganaban su sustento, sino que contribuían al sostén de los que no podían trabajar; daban socorros á los enfermos; ayudaban á la creacion y á la conservacion de escuelas, y algunos, en bastante número, compraron propiedades abandonadas ó confiscadas que fueron vendidas por orden del Gobierno.

Los hechos revelaron que los negros á quienes se pagaba exactamente, trabajaban tanto como los blancos.

Es una calumnia abominable, unida á la iniquidad más monstruosa, que los defensores de la esclavitud se atrevan á sostener la tesis de que el negro es de una clase inferior á la nuestra, extraño á los sentimientos depuestos por la naturaleza en el corazon humano.

Hijo de la naturaleza, es sin duda un hombre sencillo y primitivo, rudamente dotado en su parte moral, pero si lejos de nuestra civilizacion no ha podido ganar con su contacto, tampoco ha perdido nada de sus cualidades naturales.

Intrépido en el peligro, sensible á delicadas atenciones, es capaz de abnegacion sin límites por las personas que ama.

La historia del Brasil nos ofrece una página digna de brillar en los anales más heroicos de la antigua Grecia.

A mediados del siglo xvii se habia concertado un armisticio por diez años, entre los Gobiernos de Portugal y de Holanda. Un capitán llamado Vieira, mandaba las tropas portuguesas en San Salvador ó Bahía, entónces capital del Brasil, y resuelto á romper el armisticio, se lanzó sobre los holandeses que ocupaban á Fernambuco. Los holandeses, sorprendidos por un ataque tan audaz é imprevisto, llamaron á las armas á todos los que podían ser útiles para la defensa: los negros fueron elevados á la dignidad de hombres libres y regi-

mentados; pero á pesar de su resistencia heroica, que hizo derramar raudales de sangre á los contentientes, un asalto terrible de Vieira le hizo dueño de la ciudad. La guarnicion holandesa rindió las armas al vencedor, pero las compañías africanas se abrieron paso con un valor temerario, por las líneas enemigas portuguesas, y se guarecieron con rapidez extraordinaria en los espesos bosques.

Vieira partió á Lisboa, y presentándose atrevido delante del rey le dijo: «Señor, os traigo con mi cabeza, por haber violado las leyes de vuestra majestad, uno de los más ricos florones de vuestra corona. Acabo de hacer que Fernambuco pertenezca á vuestros dominios.»

Los africanos vagaron meses enteros, á través de soledades impenetrables al viajero, vivieron de la caza y de la pesca, y se alimentaron tambien de frutos silvestres hasta que llegaron armados á un sitio alejado de toda habitacion, donde resolvieron plantar sus tiendas.

La selva desapareció en pocos años, los fugitivos, por sus esfuerzos vigorosos, fundaron ricas plantaciones, risueñas cabañas, y celebraron tratados de amistad y de paz con los plantadores europeos de los alrededores, que no rehusaron la alianza de enemigos tan terribles.

Los europeos recibían los productos de la nueva colonia, y la enviaban los artículos de Europa.

La prosperidad creció tan rápidamente, que los negros hicieron saber á la poblacion africana, que se extendió sobre toda la superficie del Brasil, que abraza casi mil leguas, que todo esclavo amante de su libertad, encontraría un asilo y hermanos; y desgraciados de toda edad, y de todo sexo, volaron de todas las partes del territorio, desafiando con intrepidez todos los peligros de un viaje muy largo; salvando precipicios, y atrevesando rios profundos, y despues de inmensos trabajos llegaron á la tierra prometida.

Una ciudad importante fué edificada como por encanto sobre una tierra inaccesible al viajero, y esta ciudad fué conocida con el nombre de *Palmarés*, á causa del gran número de palmeras que crecían á sus alrededores, y este establecimiento de los negros adquirió tales proporciones, que espantaron á Fernambuco, y los portugueses resolvieron destruir la colonia.

La historia ha conservado el nombre de Zumbé, el jefe de los negros, que instruido de los preparativos de guerra que hacían los lusitanos, rodeó á *Palmarés* de árboles plantados, como una muralla, por donde los sitiados podían resguardados herir al enemigo, hicieron en el bosque inmensos fosos cubiertos con arte, y cubrían el fondo con picas de madera y de hierro, que paralizaban todos los movimientos de los portugueses, que emprendieron su retirada, sembrando los fosos de cadáveres.

A falta de génio, el amor á la libertad hizo este prodigio; pero al año siguiente emprendieron los portugueses una nueva expedicion de doble número de combatientes que los primeros, y armados de cañones que condujeron en mulos, batieron en brecha durante veinte días la ciudad sitiada, cuyas murallas de madera fueron destruidas por la metralla, ó abrasadas por las llamas.

La resistencia de los negros fué desesperada; la noche hizo cesar el fuego por última vez: al día siguiente, al amanecer, un asalto general irresistible debía someter á los vencidos al yugo del vencedor.

Zumbé convocó á todos sus guerreros sobre la roca que cerraba la ciudad por un lado, para celebrar un supremo consejo.

Cuando todos se hallaban reunidos, Zumbé sube lentamente hasta la cumbre de la roca, reclama el silencio, y dice: «Mis amigos, mis hermanos, mientras la defensa ha sido posible, me habeis visto desafiar el poder formidable de los blancos. Hoy les favorece la victoria. El grande espíritu de los negros parece haber abandonado á sus hijos, y no les deja á elegir más que la esclavitud ó la muerte. Mi eleccion está hecha, mis amigos, yo elijo la muerte. ¡Adios, pues, mis hermanos!» Y se precipitó desde la cima de la roca del lado opuesto de los sitiadores.

La multitud, un instante muda de terror, acogió con un inmenso clamor el ruido del cuerpo de Zumbé al caer hecho pedazos en el fondo del abismo.

Cuando los portugueses dieron el asalto á *Palmarés*, no encontraron resistencia. No vieron en la ciudad más que algunas mujeres. Los hombres habian imitado á su jefe, las madres habian dado muerte á sus hijos para salvarlos de la esclavitud.

Renovaron el heroismo de los numantinos. No hay poder humano que se engría de tener sometido á un pueblo á su omnimoda voluntad, cuando un pueblo se decide á vencer ó morir por su libertad.

Libertad; mágico nombre que han invocado los más ilustres mártires. La historia de los tiranos es el martirologio de las naciones. Riego, Laci, Porlier, Torrijos, el Empechinado, Zurbarán, Miyar, la Pineda, y otros mil eminentes patricios, han sido inmolados por el feroz despotismo.

Ahora vamos á consagrar un recuerdo á la memoria de los célebres sargentos muertos en Francia en 1822. La historia ha inmortalizado los nombres de los cuatro héroes de Rochela, sacrificados por Luis XVIII.

El drama es corto y patético. Cuando los cora-

zones laten por el mismo sentimiento generoso, no tardan en encontrarse. Estos sargentos de un regimiento de línea, hostiles al Gobierno de aquella época, se reconocen, se unen, se estrechan las manos y en una circunstancia favorable, estas manos obrarán de concierto y atraerán al regimiento, puede ser al ejército entero, á la lucha. A su cabeza se colocó un hombre superior, Juan Bories.

Las sociedades secretas empezaban á formarse; el general Berton meditaba un golpe de mano, y Bories asoció sus proyectos de accion á la tentativa del general, que desgraciadamente defraudó sus esperanzas, y la policia penetró en las tinieblas de un complot ideado con gran valor pero con imprudencia.

Era el tiempo en que imperaba en Francia la Carta otorgada por la restauracion de Luis XVIII, miembro de la familia y de la raza de los Borbones.

Los infortunados sargentos fueron sepultados en un calabozo.

Al conspirar ellos habian expuesto su cabeza, y supieron ostentarla dignamente delante del tribunal.

El fiscal Marchungy fulminó su acusacion con una violencia satánica, y la sentencia de muerte fué pronunciada á la una de la mañana en una sala del Tribunal que esclarecían pálidas bujías. El banco de los acusados se abismaba en la oscuridad, que era una triste imágen de las tinieblas en que iban á sepultarse para siempre.

Los más comprometidos en la conspiracion descubierta, fueron condenados á muerte, y éstos se llamaban Bories, Raoux, Goubin y Pommier. Los otros salvaron su cabeza, pero no evitaron la prision. La separacion fué desgarradora y debía ser eterna.

Se confiaba en que el rey les concedería su perdón; la gracia no llegó, pero sí la hora del suplicio, que los cuatro sargentos sufrieron con serenidad estoica y valor admirable.

Bories sério y tranquilo, Pommier indiferente, Raoux resignado, Goubin siempre alegre y burlándose de la misma muerte, que se hizo aguardar á las heroicas víctimas, despues de la hora señalada para la horrible ejecucion, y esta tardanza hizo creer en la clemencia real. ¡Vana esperanza!

Este retardo no tenia otro móvil que arrancar á los pacientes algunas revelaciones. Su corazon varonil palpó de abnegacion generosa, y su respuesta lacónica fué: «Nada tenemos que decir.»

Cada uno de los condenados subió en una carreta. Los muelles y las calles estaban poblados de espectadores, que lloraban al ver el lúgubre cortejo, sobre todo las mujeres, desde las ventanas; los pañuelos se agitaban en la multitud.

Casi toda la guarnicion ostentaba sus armas, desplegada en doble fila, desde el palacio de Justicia hasta el cadalso.

El mismo verdugo se mostró conmovido. El cortejo se detuvo delante de la Casa del Ayuntamiento. Eran las cinco de la tarde. Raoux descendió el primero y pidió el permiso de abrazar á sus compañeros. Todos se abrazaron al pié del cadalso. ¡Tierno y sublime espectáculo! Todos subieron intrépidos la escalera de la guillotina, como si fueran al combate.

¡Viva la libertad! fué el último grito de Raoux, y su cabeza cayó. Goubin y Pommier, que le siguieron, murieron tambien con ánimo esforzado.

Bories, llegado el último al término del suplicio, dijo con firme acento á la multitud que le rodeaba: «Recordad que es la sangre de vuestros hijos la que se hace derramar hoy.»

Bories habia dicho á uno de sus amigos: «más tarde tendrás que vengarme; la causa por la que hoy morimos ha de triunfar muy pronto.»

Y en efecto, esa causa triunfó el 20 de Julio de 1830. La corona del sucesor de Luis XVIII, se hizo pedazos en las mismas piedras que habian visto caer la cabeza de los cuatro sargentos.

¡Expiacion terrible!
La guillotina no se levantó más en el sitio consagrado por la memoria de los mártires de la libertad.

El gran artista David (de Angers) inmortalizó sus nombres en una medalla: en una de sus faces se produjo la figura de los cuatro sargentos con sus nombres; sus cabezas respiraban una gran energía de carácter. La otra faz de la medalla representó el hacha y el banquillo sangriento, sobre el cual la libertad en duelo deponía coronas. El artista inscribió debajo de los instrumentos del suplicio la fecha fúnebre: 21 de Diciembre de 1822, á las cinco horas de la tarde.

La medalla tiene la ventaja sobre la estatua de ser un monumento en circulacion, y de poner una idea en todas las manos.

Los antiguos daban gran importancia á esta forma de escultura reducida: así las medallas antiguas componen, por decirlo así, la moneda de la historia.

La escultura es un arte severo cuyo bello ideal es el deber heroico y realiza su mision sublime, cuando consagra en el bronce ó en el mármol las grandes acciones, los más nobles sentimientos de la humanidad.

¡Cuándo la España liberal levantará estatuas inmortales á sus mártires gloriosos!

EUSEBIO ASQUERINO.

LA EDUCACION Y EL ARTE.

Nuestra educacion nacional adolece de un gran vacío.

El arte y las buenas formas no tienen en ella la cabida que corresponde.

Cultivamos la inteligencia, hacemos esfuerzos sobrehumanos para elevar el entendimiento de los jóvenes á ciertas abstracciones; pero olvidamos el importante papel que desempeñan los sentidos, la perfeccion y agilidad del cuerpo, la delicadeza de sus maneras y actitudes, la cultura del sentimiento, el desarrollo del buen gusto, el discernimiento de lo bello y el amor por todo lo armónico y ordenado, expresion del más alto grado de civilizacion de las sociedades modernas.

La falta de educacion estética en nuestro pueblo, produce sus naturales consecuencias.

Nótase una excesiva libertad en el lenguaje, una cierta aspereza en el carácter, y un roce social rudo y violento, ocasionado á frecuentes disgustos. Se tiene generalmente á los españoles por camorristas, y efectivamente; si al desprecio de las buenas formas sociales de que solemos hacer gala, se une cierta susceptibilidad ó altivez que nos es característica, se obtendrá ya el germen de las interminables pendencias de que solemos dar no pocos espectáculos.

De las disensiones individuales, fácilmente se pasa á las rencillas entre familias y aún entre pueblos; y subiendo de escalon en escalon, no nos costaría mucho remontarnos á nuestras civiles discordias, á nuestros odios de partido, á nuestras guerras intestinas, á nuestras intransigencias y á nuestra anarquía.

Todo español sabe que nuestras manufacturas, superiores en muchos casos á las de otros países, no son tan estimadas, por la forma poco estética con que se presentan á los mercados, y la falta de ciertos adornos y accesorios que atraen la atencion de las personas de buen gusto.

Nuestros oradores, con mucha más imaginacion, á veces con mayores conocimientos, y siempre con el riquísimo y espléndido instrumento de nuestra lengua, no causan la impresion de los oradores de otras partes, porque generalmente ni la voz, ni la mímica, ni la expresion de los nuestros corresponde á la importancia de sus concepciones.

Suavizar el carácter español por medio de una educacion apropiada, sería una empresa por demas benemérita y patriótica.

Moral y materialmente ganaría mucho nuestro país, si se consiguiere hacer descender hasta las últimas capas de la sociedad algunos destellos de educacion artística. Ganaría en su orden de ideas y en su bienestar, y se mejorarían moralmente mucho las costumbres y los vínculos sociales.

El hombre rudo no conoce más que los placeres sensuales que aniquilan el organismo, destruyen la sensibilidad y embotan la inteligencia.

En tal estado, su condicion se diferencia poco de la de los brutos. Pero viene el arte á ejercer sobre sus sentidos una mágica influencia, y primero atrae su atencion con sus variadas formas, en seguida sus sentidos se embeben y se estasian en la contemplacion de sus deleitables armonías, considera despues á unas y otras como obra de un hombre expuesta á la contemplacion de otros hombres, y más tarde se apercebe con sorpresa de que la obra artística que contempla es una idea, un pensamiento, un estado del alma del autor, que ha tomado una forma sensible.

La revelacion del arte queda hecha al llegar á este punto. Descúbranse á nuestro espíritu los vastos horizontes de lo ideal. La chispa de la inspiracion que brota del génio, prende en las almas gemelas, que participan de sus sentimientos y de sus aspiraciones.

Iniciado el hombre en los secretos del arte, su existencia se transforma. Comprende que la vida tiene otras fases, conoce otros goces más puros; y no satisfecho ya con los placeres sensuales, llega hasta menospreciarlos y usa de ellos con la moderacion que basta para satisfacer sus necesidades orgánicas. Entrevé en cada forma una idea, en cada fenómeno una ley, en cada obra de arte un pensamiento.

Este no es más que el arte humano, pálido reflejo de un arte divino.

La obra del hombre es, sin duda, una revelacion, pero una revelacion parcial y contingente. Por medio de esa chispa del poder omnipotente y creador que llamamos génio, el hombre dota la materia de vida y expresion, encarnando en ella su pensamiento; pero Dios, el artista por excelencia, ha encarnado en el Universo, obra de sus manos, todo su poder, toda su sabiduría y toda su infinita grandeza para ofrecerlas á nuestra contemplacion.

Así por medio del arte, y subiendo de peldaño en peldaño, podemos llegar á las más altas concepciones de la filosofía, y confundir nuestra alma, en la vaguedad de sus anhelos y de sus aspiraciones infinitas, con la esencia divina que nos infundió su sér por medio de un rayo de su luz increada y eterna.

Creo firmemente que el pueblo debe redimirse por medio del arte; creo que los fulgores de su inspiracion deben elevar el espíritu de las masas; creo que debemos apoderarnos del hombre, para llevarlo hasta la transfiguracion en las esferas de lo ideal.

Hay ciertas escuelas políticas que pretenden

redimir á los pueblos, y para ello estimulan desordenadamente sus apetitos sensuales y groseros, con promesas que jamás podrán cumplir. Por este camino sólo se va al embrutecimiento, á la degradacion y á la esclavitud; por este camino se llega á todas las grandes catástrofes, de que nos ofrece sobrados ejemplos la historia de nuestras edades.

No pretendemos, sin embargo, establecer que deben abandonarse los estudios económicos, y deseamos vivamente que se trate con solicitud de mejorar las condiciones materiales en que vive nuestro pueblo; pero queremos principalmente operar su regeneracion despertando su inteligencia á la vida de las ideas, y su corazón á la vida del sentimiento.

Las aptitudes del pueblo español son innegables para el arte.

Pueblo meridional y dotado por consiguiente de gran sensibilidad é imaginacion, vive en las mismas latitudes que Grecia, la maestra del arte antiguo, é Italia, el emporio del arte moderno. Nuestros poetas son innumerables, como las estrellas del firmamento; nuestros pintores han igualado la gloria de todos los pintores del mundo; nuestra música, de carácter tan original, está quizá destinada á operar una revolucion en el arte del porvenir, y los monumentos de nuestro suelo compendian la historia universal de la arquitectura.

Pero el arte, en nuestro país, ha vivido en el aislamiento. Ni ha descendido de sus encumbradas regiones, ni ha invadido ciertas clases sociales, ni se ha mezclado en la vida comun hermoando nuestras viviendas y nuestros utensilios, ni se ha aplicado á nuestra industria ni á nuestras manufacturas.

No conocemos más tentativa hecha para popularizar el arte en nuestro país que la de José Anselmo Clavé, insigne poeta y músico, creador de las sociedades corales de Cataluña. Este ensayo, coronado del mejor éxito, ha venido á demostrar la magnitud de los resultados que podrian obtenerse con muy pocos esfuerzos.

Estos resultados serian mucho más eficaces si, uniendo el arte á la educacion, se empezasen los ensayos en la infancia, edad tierna de plasticidad y de adaptacion.

La música, ó más bien dicho, el canto, es la rama de las bellas artes que ofrecería mayores facilidades para hacer una prueba.

Podemos desde luego sentar que no se necesitan para ello instrumentos, aparatos ni materiales de ningun género.

Aparte de estas circunstancias, la música tiene el don particular de ser un arte contagioso. Se propaga casi espontáneamente, una vez dado el primer impulso. Un instrumento sometido á un largo uso, se hace cada vez más apto para producir los sonidos; las cajas adheridas á los instrumentos, reproducen los sonidos y aún sus armónicos; y los órganos vocales del hombre dan también instintivamente los sonidos, y adquieren propiedades musicales con el simple ejercicio de la imitacion.

Las leyes físicas del sonido demuestran este principio, pues la elasticidad de los cuerpos se adapta con el tiempo á las vibraciones que les imprimen las ondas sonoras producidas por cuerpos extraños, y de este modo la naturaleza entera tiene maravillosamente á ese acorde rítmico, cuyos ecos, reproducidos por las arpas edicas, y elevándose entre balsámicas emanaciones hasta el trono del Criador, más de una vez han sorprendido nuestro espíritu extasiado, en medio de los misterios de la callada noche, en forma de vagas é indescriptibles armonías.

Los griegos, el pueblo cuya cultura habia rayado más alto en la antigüedad, hicieron de la música uno de los principales elementos de su educacion; y como entonces la música y la poesía eran hermanas, juntas penetraban en el corazón de la juventud para disponer sus almas á aquellas magnas empresas, cuyos abundantes laureles aún no se han marchitado.

Los cantos graves, pausados y armoniosos, se dirigian á Dios en todas las solemnidades del culto. Cantábanse también las leyes, los poemas heroicos y las historias de los dioses y de los héroes. Servíanse de los cantos para inspirar el valor, el patriotismo y la virtud, y al mismo tiempo para afejar los vicios.

En Atenas, todos los ciudadanos estaban obligados á aprender tan noble arte; y hasta los fieros espartanos, que tan austeros se mostraban en sus costumbres, hacian ostentacion de cultivarlo con grande interés.

Los beneficios morales que el pueblo reportaría de la popularizacion del canto, serian aumentados con beneficios de otro orden.

Fuera del concepto de la música como arte, el canto es además un ejercicio orgánico; un desahogo en las prolongadas horas de silencio y de recogimiento á que se ven sometidos los niños de las escuelas y colegios, y un medio de variar y amenizar las pesadas tareas escolares.

En un bien meditado sistema de ejercicios gimnásticos para desarrollar nuestro cuerpo y adiestrar nuestros órganos, el canto debe entrar como un factor importante.

Por medio de la música se educa el oído, ejercitándolo en distinguir unos de otros los más variados y pequeños matices, timbres é intensidades de los sonos, cosa de aplicacion constante en la

vida práctica. El ritmo, influyendo en nuestro organismo, nos predispone á la regularidad y al orden.

Mas el mayor beneficio corporal que podemos obtener al ejercitarnos en el canto, es el de perfeccionar la voz, instrumento el más precioso que posee la humana criatura, y órgano el más perfecto de la inteligencia.

El ejercicio del canto proporciona á la voz una gran flexibilidad. Cuando se sigue un curso regular, siéntese día á día crecer su extension, casi de una manera sensible. Los músculos, tendones, membranas y cartílagos, cuyo conjunto forma el admirable instrumento musical que poseemos, adquieren elasticidad, desarrollo y energía, de lo cual provienen necesariamente la seguridad, fuerza y agilidad en la produccion de nuestros sonidos vocales.

El ejercicio del canto influye también favorablemente en la conformacion del pecho, puesto que toda la caja que forma el tronco de nuestro cuerpo viene á desempeñar el papel de un fuelle con respecto á la laringe, y tiene que ponerse en movimiento cuando se trata de ejercitar la voz.

Nuestras lecturas, nuestras recitaciones y nuestra conversacion se resienten de la falta de educacion de nuestra voz y de nuestro oído, y de la carencia de cultura musical, porque tanto la lectura como la conversacion, no son otra cosa que verdaderos cantos más ó menos sóbrios en inflexiones.

La vida toda tiende á someterse á leyes artísticas, á principios de armonía, á períodos rítmicos, á disposiciones de simetría, de orden, y, en general, de belleza. Los desacatos, los crímenes, las guerras, las revoluciones, los delitos y las faltas morales de todo género, no son más que contravenciones á las leyes de la armonía del mundo.

Sócrates dice que la filosofía no es más que el punto culminante de la música.

Este arte, unido á la poesía, forma el canto, que puede, sin contradiccion, llamarse el arte por excelencia. Contiene el concepto del tiempo, en el movimiento y la sucesion; el sonido y la relacion de sonidos ó armonía, que nos embarga el sentido; el ritmo, que arrebató nuestra alma; la expresion, que despierta nuestra sensibilidad interna; las imágenes, que hieren nuestra imaginacion, y los pensamientos, que apagan la sed de nuestra inteligencia.

Proponemos, pues, la introduccion del canto en nuestro sistema de educacion popular; pero el canto artístico, con variedad de inflexiones y modos, el canto armónico, que ya han ensayado los alemanes en sus escuelas primarias, y puesto que nuestro régimen político ha cambiado felizmente en beneficio de la libertad y de todas las instituciones que tienen por objeto elevar el nivel de la cultura del pueblo, invitamos á los hombres que dirigen los destinos de la patria á que tomen en consideracion las ideas que dejamos expuestas.

PEDRO ARNÓ.

LA CAUTIVA DE MARTOS.

(Leyenda granadina.)

I

Era su nombre doña Luz, y de este nombre y por su grande hermosura, llamáronla Lucero sus compatriotas.

Niña no era ya, sino que á los treinta se acercaba, y aunque desde su adolescencia habia mostrado incitativos tesoros de belleza, y habíala pretendido enamorados sin cuento, en diez y seis años, durante los cuales habia sido su beldad tormento de desesperados, no se la habia conocido aficion amorosa, ni otro cuidado que amar y servir á Dios y á su anciano padre, que de lueños años, viudo, sin otra familia que su hija única se habia quedado.

II

Era este caballero nobilísimo, y de grande hacienda, y solariego de la villa de Martos, en el antiguo reino de Jaen, y regidor perpétuo de ella, por juro de heredad, y se llamaba don Pedro Velez de Guevara, ilustrísimo apellido que traía su origen allá de los primeros fundamentos del reino de Navarra.

De grande edad era don Pedro, pasado de los ochenta, y no parecía sino que por un encanto de la amorosa voluntad de su hija, de salud y de alegría gozaba en su ancianidad, atreviéndose á vivir, aún hasta pasar del siglo la cuenta de sus días, segun lo poco que pensaba en la muerte, siendo ya tan viejo.

III

Disculpábase habia doña Luz con nobilísimos pretendientes, á quienes no podia desengañarse y desahuciar de sus amores, sino con muy incontestables razones, con lo de que no queria quitar á su padre el dominio sobre ella para dárselo á un marido, y quemientras su padre viviese no habia que pensar en que ella de él se apartase por nada ni por nadie, y que se esperasen si eran servidos, á que Dios quisiese llamar á sí á su padre, y ella, quedándose sola, necesitase del noble arrimo de alguno de sus muchos nobilísimos enamorados.

IV

De aquí no habia quien la sacara, y más de un apasionado, tanto de su grande hermosura como de su virtud, discrecion y buen ingenio, tentaciones tuvo de meterse á homicida buscand una manera oculta de causar la muerte sin cargar con ella, como no fuese en su conciencia, á aquel viejo aborrecible, tras el cual doña Lucero se encastillaba, sin que hubiese solicitudes, lágrimas ni desesperacion que pudiesen vencerla.

V

Y decirse no podía que tuviese el corazón helado é insensible al amor, que por los negros y lucientes ojos, vivas llamas del irresistible fuego del alma, que en el amor parecía soñar como en la gloria, se la salían, y sus dueñas y sus doncellas, que más cerca de ella estaban, certificaban que con mucha frecuencia se pasaba las noches de claro en claro, revolviéndose en el lecho como si para ella más hubiese sido lugar de tormento que de descanso, y exhalando tales suspiros, que no parecía sino que con cada uno de ellos se la iba á acabar la vida, señal evidente de que algún amoroso cuidado que ella en los misterios de su pensamiento ocultaba, la tenía viviendo en pena sin hallar el consuelo de las lágrimas y de los suspiros, sino cuando recogida en el lecho creía que sólo Dios era testigo de sus congojas.

VI

Doce años ántes, en el de 1313, cuando doña Lucero sólo contaba diez y siete, hubo una grande revuelta en el reino de Granada.

Tenia el rey Nazar un sobrino, hijo de una hermana suya y del walf de Málaga: era muy hermoso, de nobilísima apostura, de grande aliento y de grandes virtudes, aunque ambicioso y temerario. Se llamaba Abul-Walid y Abul Said.

A veces la leura consigue lo que no alcanzan la sagacidad y la prudencia.

Echado de Granada por el rey su tío, á causa de sus ambiciosas pretensiones, disimuló algún tiempo hasta que al fin se alzó en abierta rebeldía contra el rey y juntando una numerosa hueste caminó hácia Granada alentando á los sediciosos que en la ciudad favorecían sus pretensiones.

Salió contra el rey Nazar acaudillando á sus guardias y á los caballeros que le quedaban leales, y habiendo llegado á las manos, el príncipe Abul-Walid venció á los de Nazar que escaparon como pudieron, y el mismo rey Nazar huyó á rienda suelta atravesando una charca donde daban de beber á los bueyes, y escapando sólo por la ligereza de su caballo, volvió á Granada, se encastilló en ella y por su prudencia logró calmar aquella tempestad, se avino con Abul-Walid, y éste se volvió con sus caballeros á Málaga, satisfecho por verse ya en buen camino para lograr más tarde lo que tan ardentemente deseaba.

VII

Y tenía, por desgracia suya, el rey Nazar, un primer wazir, ó ministro, cuya tiránica soberbia tenía puestos á prueba de paciencia á los principales caballeros de Granada: se le acusaba de traidor, de amigo secreto de los cristianos, de usurpador de la autoridad y de enemigo de todos los musulimes.

Agitábase con estas acusaciones la plebe, y cuando ya inflamado su odio contra el wazir, manifestaba su descontento en turbulentas sediciones, los partidarios de Abul-Walid no tuvieron que hacer otra cosa que derramar algún oro entre los pobres para que se desenfrenase la rebelión.

Un día, al amanecer, se llenaron las calles de la ciudad de gente alborotada que pedía con furor se les entregase el wazir Alhagi para hacer en él justicia.

Presentóse el rey Nazar á los amotinados, les habló y les prometió hacerles justicia.

No sabiendo hacer otra cosa la multitud, ó confiando tal vez en las promesas del rey, se retiró tranquila.

El rey creyó cumplir deponiendo á Alhagi; pero los sediciosos que habían alborotado al pueblo, temiendo que Alhagi, aunque depuesto, tuviese influencia bastante para vengarse de ellos, huyeron á Málaga y se ampararon de Abul-Walid.

Recibiólos éste muy bien, y con el pretexto de que el rey Nazar no había castigado al wazir con el rigor que su maldad merecía, marchó con su hueste y con los caballeros huidos de Granada, contra la ciudad de Loja, que ocupó sin dificultad, y en sus campos venció á su tío el rey de Granada y le encerró en sus muros.

El rey se defendió en la Alhambra; pero estando con Abul-Walid los principales caballeros de Granada, lograron les abriesen las puertas del Albaicin, y Abul-Walid se apoderó de la Alcazaba Kadima ó castillo viejo, acrecentando de tal manera su partido entre los de la ciudad, que el rey Nazar, perdida ya toda esperanza, se concertó con su sobrino, cediéndole el trono y pidiéndole para retirarse y para seguridad y amparo de los que le habían sido y le eran leales en su desgracia, la ciudad y comarca de Guadix.

Convino en ello Abul-Walid, se firmaron las avenencias, y el destronado Nazar partió para su destierro con su harem, sus tesoros y sus amigos.

Inmediatamente Abul-Walid fué proclamado con entusiasmo: lo que más en él se ponderaba, era su fervor en la creencia, de la que era ardiente y arrebatado defensor, hasta el punto de que oyendo disputar un día á faquyes y alimes sobre los fundamentos y verdad del islamismo, cansado de argumentos sutiles se levantó airado y dijo:

—«Yo no conozco ni entiendo otros principios, ni quiero otras razones que la firme y cordial creencia en el omnipotente Allah, y mis argumentos están aquí.»

Y empuñó su espada.

VIII

Acababa por entonces de subir al trono de Castilla el rey Don Alonso XI, y éste, que era muy prudente, sabida la deposición del rey Nazar y la exaltación al trono de Granada de Abul-Walid, quiso saber qué casta de persona era éste y cómo debía y podía tratarle, y hallándose por entonces en su córte á donde había ido por ciertos pleitos de la villa de Martos, como regidor perpetuo que era de ella y su procurador, el padre de doña Lucero, don Pedro Velez de Guevara, que ya era anciano, y teniendo en cuenta el rey Don Alonso que por ser frontera la villa de Mártos del reino de Granada, y por su vecindad y continuo trato con los fronterizos, todos los vecinos de aquella villa sabían hablar el árabe aljamiado, dió á don Pedro sus cartas reales, con comisión de que en embajada fuese á felicitar al nuevo rey granadino, llevándole un rico presente y le manifestase que su buen placer sería el poder mantener con él buena amistad y concordia, con cuyas cartas, comision y presente, se volvió don Pedro á su villa de Mártos muy pagado de la honra

que el rey le había hecho y que tenía á gran merced de ir como su embajador al rey de Granada.

Cuando doña Lucero supo la comisión á que iba á ir su padre, como hubiese oído ponderar la hermosura y las grandezas de la ciudad de Granada, y la hermosura y la riqueza de sus alcázares, que no decían menos los que allí habían ido, que no eran sino de oro y plata fabricados y de esmeraldas y de rubíes, entróla una tal y tan ardiente comozon de ver todas aquellas maravillas, que á su padre le pidió que consigo la llevase, que bien podía, yendo como embajador de un tal y tan poderoso rey como el de Castilla.

Otorgóselo graciosamente su padre, que no sabía negarla nada, mandó la hiciesen riquísimas galas como para una reina, y cuando todo estuvo dispuesto, metiendo á su hija en una muy rica litera y con acompañamiento de los caballeros más principales de Mártos, algunos de los cuales llevaron también á sus mujeres y aún á sus hijas, y con una buena y lucida guarda de sus escuderos propios y de otros de sus amigos, que todos formaban un bizarro escuadron, y con las acémilas en que iba el presente que el rey cristiano hacía al rey moro en señal de buena amistad, allá se fué la vuelta de Granada, aumentándose su fuerza con la de los ginetes moros que le daban los alcaldes de los lugares y fortalezas por donde pasaban, todos los cuales enviaban corredores al rey Abul-Walid, para que le avisasen y no le cogiese desprevenido la embajada que el poderoso rey de Castilla le enviaba.

IX

Llegaron en dos jornadas, y muy agasajados en el camino por los alcaldes moros y todos se maravillaron de ver aquella grandiosa ciudad, tendida sobre los montes coronados como por fuertes crestas, de rojos muros y de fuertes y almenadas torres desde el Albaicin á la colina Roja, y en esta la Alcazaba Kadima, y en aquella la Alhambra con sus lucientes cúpulas, de las que un sol riente arrancaba deslumbrantes destellos, y más abajo, en las faldas de los cerros, la ciudad opulenta bañando sus piés en el Genil, y mostrando la hermosura de los verdes árboles de sus jardines, que entre sus casas blancas como la plata, alzaban sus copas, y allá á lo lejos, azul como el záfiro, con su corona de eternas nieves, la altísima sierra que los moros llamaban Geb-al-solair, y nosotros Sierra-Nevada; y á un lado y á otro la fresca, frondosa y fructífera vega, salpicada de hermosas alquerías, y en torno las azules montañas, que son á la par el ornato y la defensa de aquella tierra de delicias.

X

Por el camino iban, y ya con grande acompañamiento de caballeros moros, y cerca de la ciudad, cuando se vió una nube de polvo que parecía de átomos de oro que se elevaban, perdiéndose en el azul del cielo, y muy pronto entre aquella nube se vieron vivos destellos que el sol arrancaba de las armas y del oro que traían sobre sí ginetes que, suelta la rienda á sus caballos, se acercaban con la velocidad del viento, y al fin se oyeron muchos instrumentos que concertadamente tocaban como en son de alegría y fiesta, y no tardando en llegar los que corrían, que se detuvieron cuando á los primeros caballeros de la embajada castellana llegaron.

XI

A vueltas de la noticia de que el poderoso rey de Castilla le enviaba una embajada, habían dicho los corredores que los alcaldes de la fortaleza, y después los de la tierra habían enviado á Abul-Walid, que con la embajada venían algunas damas, y que una de tal manera era hermosa, que no había que suponer sino que más que criatura mortal sujeta á las miserias humanas, era una hada que del quinto cielo se había bajado á la tierra para ensalzarla y darla paz y delicias con su hermosura, ó más bien una huri del Señor que traía la ventura; y de tal manera ponderaron á Abul-Walid los hechizos incomparables de doña Lucero, que el rey no fué poderoso á esperar en su alcázar la embajada, sino que, impaciente, á recibir salió al campo á aquel arcángel de Allah que con la embajada venía.

XII

Había tenido el rey Abul-Walid sueños contínuos que habían sido la aparición de una mujer con cándidas ropas velada; pero tan gentil y de tal manera rodeada de un indecible encanto, que hambre y sed le había acometido, de descubrir la maravilla humana que en ella con una adivinación ansiosa suponía; y queriendo asirla se le escapaba y vagaba en derredor suyo, y le hacía sentir una ambrosía de vida que dilataba su sér y le anegaba en delicias, nunca por el gozadas; y persiguiéndola él y esquivándose ella, siempre caía rendido de fatiga y enloquecido de deseo, tras lo cual ella se acercaba, haciéndole agonizar de ansiedad y descubriéndose le decía:

—«Mira lo que te enloquece y por lo que, olvidando á Dios, te entregarías á Satanás!»

Y le dejaba con un horrible esqueleto corroído y putrefacto, viva imagen de la destrucción en la muerte.

XIII

Consultó el rey á sus astrólogos para que le explicasen su sueño, y éstos le levantaron figura y le dijeron:

—Lo que tú has visto, oh, poderoso, ensalzado y vencedor emir de los creyentes! significa que por un amor maldito, te olvidarás de tu fe, vacilarás en tu creencia y perderás no solamente tu cuerpo con la vida, sino que el negro espíritu péfido del mal, se apoderará de tu espíritu que no gozará de las delicias inmortales en la presencia del Altísimo.

—Tan imposible es,—respondió irritado Abul-Walid—que vacile en mi creencia, como que el firmamento en donde el sol resplandece y tiemblan los luceros se hunda y anegue en las amargas ondas del Océano. Quitáos de mi presencia, traidores, que pretendéis perturbar mi espíritu, y no os vea yo más.—

Callaron aterrados los astrólogos y se fueron sin pronunciar ni una sola palabra, por su fortuna, que si insistieran que el enojado Abul-Walid los descabazara, creyendo hacer en ello una gran justicia; que siempre los adivinos y los augures y toda esta turba multa que quieren pasar por santos haciendo creer que Dios se les revela han pretendido embucar con fíbulas á los crédulos en provecho suyo, vendiéndose por varones de Dios, y si Abul-Walid creía á puño cer-

rado en Dios, no era ni con mucho tan crédulo cuando se trataba de los hombres.

—¡Allah-kuakbar!—dijo para sí cuando hubieron desaparecido los astrólogos y los alimes;—sólo Dios sabe lo oculto, y es, si bien se considera, un pecado pretender saber por medio de los hombres lo que se encierra en el misterio de su santa voluntad.

Y para purificarse del pecado que creía haber cometido, se fué á la mezquita del alcázar, hizo, no una, sino siete abluciones, y se prosternó con el rostro sobre el mármol ante el adoratorio, permaneciendo así desde la hora de *adohar* ó del medio día hasta la de *mogreb* ó puesta del sol.

XIV

Ya no se acordaba de su misterioso sueño, cuando los corredores de parte de los alcaldes que los habían enviado le dijeron que con la embajada del rey de Castilla venía una doncella que más que criatura mortal parecía una inmarchitable huri del Señor.

XV

Pero cuando llegó Abul-Walid á la embajada castellana, como pidiese licencia de salud: á las damas que en ella venían, y otorgado que le fué, se acercase, ninguna de ellas se cubrió el rostro, salvo doña Lucero que sobre él se echó el rebecillo; porque al ver acercarse á Abul-Walid que aún no había reparado en ella se sobrecojió de tal manera y tal temblor la entró que no quiso que de su temblor se apercibiera, y como el rey viendo á las otras descubiertas notase que si bien entre ellas las había hermosas, ninguna de ellas lo era tanto que suspendiera los sentidos, á la encubierta doña Lucero volvióse, que de blanca seda y brocatel de plata iba vestida y en aquel punto recordó su misterioso sueño, y pensando que aquella dama era la misma que en su sueño había visto, no por esto se le heló el corazón, sino que contrariamente sintió como si por sus venas no corriera sangre sino fuego voraz que le consumía y con la voz fatigada y trémula la dijo:

—Bien es que el sol se encubra entre nubes si con sus resplandores ha de cegar á quien le mire.

—Porque veais,—respondió doña Lucero,—que no soy sol que deslumbra, ni aun luna que blandamente en la callada noche resplandece, deseubirme quiero.—

Y se alzó el rebecillo.

Disimuló, tragándose el rey el gemido que del corazón se le había subido á la boca, bajó ella los ojos porque el rey no viera lo que ellos á despecho del recato le hubieran dicho, callóse don Pedro Velez de Guevara por respeto á lo agosto de la dignidad real, que Abul-Walid aunque fuese moro, rey era sin que se pudiera dudar de ello, pero pensó para sus adentros que los muros de Granada no habían de ver dentro de sí á su hija: miró á ésta severamente y de una manera tan significativa que ella hubo de volverse á cubrir apresuradamente con su rebecillo, después de lo cual, el viejo hidalgo dijo irguiéndose:

—Señor rey: pues que vos, contra las costumbres para estos casos señaladas, no me habeis esperado en vuestro alcázar, sino que al campo habeis salido á recibirme, temeroso quizá de que yo reparase demasiado en las entradas y en las salidas y en lo fuerte de las torres y de los muros de vuestra ciudad; puesto que donde el rey está está su córte, y añadiendo que con prisa vengo y volver cuanto antes á las tierras del rey de Castilla, mi señor, me importa, las cartas que para vos de mi señor he recibido os presento, y de su parte os digue su amistad ó enemistad en vos se halla, según que vos como amigo lealmente le trateis ó como enemigo le inciteis á haceros ver cierto que si bien en Castilla crecen lozanas las palmas de la paz, también hay forjas donde se temple el acero con que se siega en la tierra enemiga el laurel de la victoria; y con esto y con dejar en vuestro poder esas acémilas en que viene el presente que mi señor os envía, á su córte me vuelvo á darle cuenta de mi embajada.—

A lo que Abul-Walid, que ya, aunque aparentemente, había recobrado su sosiego, contestó sonriendo:

—Con reyes que tienen viejos vasallos, tales como vos, forzoso es asegurar con una amistad leal y duradera las palmas de la paz, más bien que inquietar el acero no dejándole dormir en su vaina; y así direis á vuestro señor y mi amigo, que no quiera el cielo, que yo injustamente sea el primero que atropelle la buena amistad que me ofrece, y que con toda mi voluntad acepto, y como vuestro señor no soy y no puedo mandaros que en mi ciudad y alcázar entreis, y como vuestras canas y vuestra nobleza á respetar vuestra voluntad me obligan, ni aun me atrevo á rogaros que os quedeis. Y así, pues, haced lo que mejor os placiere, que yo siempre guardaré un buen recuerdo de vuestra embajada.

Mordiése los labios don Pedro, porque bien comprendió que el rey de Granada no había dicho sus últimas palabras para él, sino para doña Lucero, y aunque calló por prudencia y conveniencia acreciósele la ira, por lo que disimulándole, saludó profundamente á Abul-Walid y haciendo señal á su hija de que se volviera á su litera, lo que hizo, y habiéndolo hecho las otras damas, él cabalgó, cabalgaron los de su comitiva y dejando las cuatro acémilas al rey, se volvieron camino de la frontera, siendo por esto aquella embajada las más buena y prontamente terminada de cuantas hasta entonces había habido de rey á rey.

Pero aún le faltaban algunas leguas para llegar á la frontera, cuando le alcanzaron doce esclavos negros, ginetes en caballos negros como ellos, y que á las grupas llevaban pequeños fardos, pero al parecer muy pesados.

—Señor,—dijo á don Pedro el que hacía cabeza de ellos,—el alto, invicto y ensalzado emir de los creyentes Sydi Abul-Walid (la paz y la protección de Dios, sea con él,) á tí nos envía con esta carta y este presente que el rey tu señor y nuestro, que parte del presente somos y por felices nos tenemos con ser esclavos del magnífico y vencedor rey de Castilla (Allah le favorezca.)

—En buena hora,—dijo severamente don Pedro á quien todavía no se había pasado el embuchado ni se le había de pasar en mucho tiempo,—lo que es para mi señor, no es para mí.

Y haciendo que los esclavos y el presente se fuesen al lugar del boyaje, siguió apresuradamente su camino.

Le tardaba meterse por las puertas de la villa de Mártos.

XVI

Llegó al fin á su casa hosco y mohino y aunque ni una palabra dijo á doña Lucero, bien comprendió esta que contra ella estaba airado; pero no hizo tampoco por contentarle por no irritarle más; que el que contenta es porque conoce que ántes ha descontentado y no quería ella reverdecer y agravar á su padre el descontento, disculpándose de lo que no se la culpaba.

Pasó así la cosa.

Tranquilizóse el viejo.

Llegó por fin á creer que había andado áspero en demasia, y aunque no habló tampoco, bien comprendió doña Lucero en el despejado semblante y en los tranquilos ojos de su padre que había pasado la tormenta, lo cual la consoló pero no la curó de la herida que había recibido, y que ántes bien se había ahondado y desgarrado; porque habiendo tenido don Pedro la imprevision de aposentar libremente á los esclavos que el rey de Granada regalaba con otros dones preciosos al rey don Alonso, el capataz de ellos, aprovechando una ocasión en que se tropezó con ella á solas, dió á doña Lucero una carta enrollada de finísima gacela que sugetaba una rica sortija con una preciada esmeralda.

Se aturdió doña Lucero y no sabía lo que se hacía, y como si no hubiera podido hacer otra cosa, la carta tomó, y sin intención alguna con ella fué á encerrarse en su camarín y la gacela desenvolvió como si hubiera podido leer la carta, que la verdad era que doña Lucero no sabía leer.

Pero venir de quien venía la carta, que no se podía dudar de ello, y la manera como había sido dada, y la verde esmeralda, señal de esperanza, de la sortija que el enrollamiento de la gacela había mantenido, decían mudamente más á doña Lucero que lo que en la carta hubiera hallado, si hubieran podido leerla.

Que cuanto más misterioso y más mudo es el amor, tiene más fuerza y no necesita palabras para explicarse, que él solo si se le siente bien, es el lenguaje más elocuente con que dos enamorados pueden hablarse.

XVII

Pero doña Lucero era altiva y cristiana vieja por la sangre, si no por la edad, y le parecía que aquello que sentía por un infiel y condenado sectario de Mahoma, aunque fuese rey y hermoso y amable cuanto pudiera merecer ser amado un hombre, era una mala tentación del *enemigo*, que era necesario vencer.

Sin embargo, doña Lucero no quemó la carta, ni tiró la sortija, sino que los guardó en lo más profundo de una de las arcas en que tenía sus joyas y sus galas, y aunque quiso echar de su memoria al rey no pudo, y cuanto más lo procuró, con más fuerza y más hechizos le recordó, y desde aquel punto empezó entre el corazón y la conciencia de doña Lucero la más cruda batalla que jamás ha reinado con el amor una mujer; batalla de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes, y que cuanto más duraba más recia se hacía y más trabada.

XVIII

Apeló al confesor, y el bueno del capellan se indignó con toda cuanta indignación tenía, que no era mucha, porque era manso.

La conminó con la ira de Dios, deplorando el que el siglo de la confesion no le permitiese revelar á don Pedro cuando volviese de dar cuenta al rey de su embajada, las borrascas pecaminosas en que el alma de su hija se perdía, pero que á la cólera divina se anticipase en la tierra la cólera paternal y acabó ordenándola fuese por aquella carta y por aquel cintillo á fin de quemar la carta y arrojar el otro donde nunca jamás pareciera, á lo que dijo doña Lucero «que si haría,» y levantándose de los pies del confesor, se fué á buscar la gacela y la sortija; pero cuando las sacó del arca, le dió un vuelco el corazón y se le levantó en el alma una tempestad de rebeldía, y parecióle que si aquella carta se quemaba y aquella sortija se arrojaba, sería lo mismo que quemarla á ella las entrañas y echar á los perros su corazón: así fué que dejando más escondidas aún en el arca aquellas dos prendas, se fué á la chimenea de su camarín, que encendida estaba, y tomó de ella un pequeño tizoncuelo y apagólo en el aguamanil y con el se fué á buscar al capellan y le dijo:

—Mirad, padre, lo que he encontrado cuando la carta y la sortija he buscado, y yo no sé cómo ha podido ser este trastroque y de miedo estoy que no me siento.

—¿Pues cómo ha de ser,—dijo el cándido capellan,—sino que entendais que así como Dios ha convertido en un tizon quemado esas prendas malditas, quizás quiera que vos en vuestra alma queméis esas tentaciones que pueden perderla y abrasarla en el fuego eterno?

—¡Ay padre, que por mi fe en Dios os digo que tanto quemaré yo este amor en mi alma que no se verá ni el humo.

XIX

Y así fué, que habiendo comprendido doña Lucero que no podría sofocar su amor, en sí misma le alentó y le alimentó en secreto, y no volvió á confesarlo, por lo que el bueno del capellan viendo en la apariencia tranquila y sonriente, creyó que aquella sombra que el diablo había echado sobre su alma Dios la había esclarecido dejando á doña Lucero tan blanca y tan nítida como si aquella mala tentación no hubiera sobrevenido.

XX

Y así pasó el tiempo.

Aquella carta que no podía leer y que ella se pasaba horas y horas contemplando, y aquella esmeralda que la representaba continuamente la esperanza, labraron al fin en doña Lucero un amor que ya era locura y pasión rabiosa, olvidada de todo y á todo dispuesta, y tan disimulada y tan secreta que sólo Dios podía verla.

Así era que todos sus enamorados encontraban á doña Lucero insensible como una roca, y que sus dueñas y sus doncellas no sabían qué pensar cuando la sentían gemir, sin atinar cuál pudiera ser la causa de sus congojas.

XXI

Tampoco Abul-Walid la había olvidado.

La belleza de las esclavas más preciadas no lograba contentarlo, andaba triste y mohino, estremaba su severidad con

sus vasallos, pasando por un rey ascético y extremado en las creencias y en hacer cumplir los preceptos del Koran, y siempre con un humor enemigo que le empujaba á la guerra.

Mas de una vez desesperado, más que por conquistar la villa fronteriza, por apoderarse de doña Lucero había llevado su hueste sobre Mártos.

Pero las fronteras habían aguantado heroicamente cerros, habían rechazado bravamente embestidas; y Abul-Walid, con sus gentes amenazadas por el combate, se había vuelto rugiendo de cólera á la Alhambra.

XXII

Así pasaron doce años desde que se conocieron doña Lucero y Abul-Walid, hasta el de 1325.

Había terminado una tregua pactada con el rey de Castilla.

Abul-Walid se fué á cercar la ciudad de Baza que le habían tomado los cristianos; acampó en torno suyo y fortificó su real; combatió los muros incesantemente con máquinas é ingenios, que lanzaban globos de fuego con *grandes truenos, en todo semejantes á los rayos de las tempestades*, que hacían grande extrago en las torres y en los muros de la ciudad. Tanto la estrechó que al fin la tomó.

XXIII

Al año siguiente con una hueste mayor y gran número de aquellos ingenios que se llamaban bombardas, y eran unas enormes piezas de artillería, se fué sobre Mártos.

La villa no pudo resistir muchos días.

Hundidas sus torres, aportillados sus muros, embistieron por los portillos; y al fin una noche penetraron en las calles que los fronteros defendían palmo á palmo, regándolas con su sangre y cubriéndolas con sus cadáveres.

No podía darse una resistencia más heroica.

Abul Walid, hacha en mano, al frente de los esclavos negros de su guardia, cada uno de los cuales era un tigre del desierto, adelantaba arrrollando cuanto se le oponía, hacia lo más alto de la villa.

Allí, al pié de los muros de la alcazaba, había una noble casa, á la que ansiaba llegar Abul Walid.

Aquella casa era el solar de don Pedro Velez de Guevara.

Allí moraba doña Lucero.

Pero Abul Walid llegó tarde.

El hubiera respetado la vida del padre de su amada.

De aquella terrible belleza que no había podido olvidar á pesar del transcurso de doce años.

Había llegado antes con Aben Ozmin, jóven caballero de la primera nobleza de Granada, el hijo del wali de Algeciras, Muhamad ben Ismail, primo hermano del rey Abul Walid.

Le seguía un formidable escuadrón de zenetes que avanzaba hollando cadáveres.

En medio de la plaza, al fondo de la cual, bajo los muros de la alcazaba, se alzaba la casa de don Pedro Velez de Guevara, el incendio que se había cebado en algunos lugares de la villa, alumbraba de una manera horriblemente siniestra un grupo terrible: sustentado en una silla en hombros de sus escuderos se veía á un caballero anciano, que su grande edad no le permitía asistir de otra manera á aquella jornada.

Tenia una espada en la mano, y la agitaba animando á un centenar de los de Mártos que sostenían el embate de los de Granada, cobrando cada uno diez vidas de enemigos por la suya.

Este anciano era don Pedro Velez de Guevara, que pagaba ya en su ancianidad aquel último tributo de su amor á la patria.

A su lado se veía una mujer, abrazada una adarga, empuñada una espada y peleando como el hombre más bravo.

Aquella mujer era doña Lucero.

Su hermosura resplandecía.

Aben Ozmin, arrollando á los hombres que le rodeaban, estático ante su hermosura que entonces más que nunca resplandecía, vaciló, no osó herirla, quiso apoderarse de ella sin causarle daño, y doña Lucero de una escudada en el pecho le tendió muerto.

En aquel momento arrollados los escuderos que sostenían la silla en que el noble don Pedro asistía á aquel lance tremendo, le dejaron caer y no se levantó.

Un terrible golpe en la cabeza que recibió al caer le dejó sin vida.

Los zenetes irritados por la muerte de Aben Ozmin amenazaban ya con sus sangrientas espadas á doña Lucero.

—¡Deteneos!—exclamó Muhamad-Aben-Ismael; yo doy por la vida de esa cautiva mil doblas jucefinas.

Muhamad se había deslumbrado al ver á doña Lucero, y costándole mucho trabajo y aun con peligro de su propia vida la salvó de los crueles y codiciosos que la tenían.

Se creía dueño del mayor tesoro que había podido desear, cuando sobrevino Abul-Walid, que lo llevaba todo á cuchillo.

Muhamad tenía sin sentido á doña Lucero en sus brazos y toda ensangrentada.

Ella que había combatido como un hombre, alentado como un héroe, se había desmayado á la vista de su padre muerto.

Abul-Walid, viéndola ensangrentada é inmóvil, la creyó muerta.

Y aún así tuvo envidia de Muhamad, que la tenía en sus brazos.

—¿Qué te importa ese cadáver?—exclamó.

Y su voz parecía el rugido de un tigre.

—El misericordioso Allah,—dijo Muhamad,—no ha querido que su arcángel perezca; sin sentido está, que no muerta; herida no tiene, que sangre de la batalla es la que le enrojece.

XXIV

En aquel momento volvió en sí doña Lucero, vió á Abul-Walid y exclamó:

—¡Dios te envíe! ¡Ámparame tú, á quien no he podido olvidar jamás!

Y arrancándose de los brazos de Muhamad, se arrojó en los de Abul-Walid y le miró sonriendo de amor, de felicidad.

Por Abul-Walid, doña Lucero lo había olvidado todo; su padre muerto, sus compatriotas degollados, su hogar incendiado.

—¡Esa cautiva es mía!—exclamó Muhamad ardiendo en amor y en celoso despecho;—¡yo la he librado de la muerte y de los insultos de los soldados!

—¡Todo, ella y tú, y la sangre de mis esclavos y la tierra que piso, todo es mio!—exclamó en el colmo de su amor y de su soberbia Abul-Walid.

Y cabalgando en su corcel, y tomando en sus brazos á doña Lucero, que enloquecía de amor, se salió con ella de Mártos, y resguardándole algunos de sus esclavos, no paró hasta llegar á Granada y esconderse con su amor en los bellos retretes del sombrero Generalife.

XXV

Muhamad disimuló por entónces sus celos excitados y su orgullo herido.

Pero juró la muerte de su primo el rey de Granada.

Participó sus dolores á sus amigos que eran muchos y muy poderosos, y les manifestó su pensamiento de quitar su trono y su amor á Abul-Walid matándole.

Sus amigos todos le juraron ayudarle en lo que intentaba.

Para lograrlo, disimulando su odio, tundió á Abul-Walid con las muestras de lealtad y de amor que le daba, como si se hubiera olvidado del suceso de Mártos.

Abul-Walid se confió y se descubrió á él.

Sus amores no eran felices.

Doña Lucero había recobrado la razón perdida por un momento, y á pesar de su amor le había cobrado horror.

Abul-Walid, yendo sobre Mártos, había causado la muerte de su padre.

Siempre la sombra del ensangrentado viejo se ponía entre ella y Abul-Walid.

Este, en su despecho y en su luto por su amor, había plantado, delante de la confusa y combatida doña Lucero, en uno de los jardines de Generalife, un triste ciprés.

—¡Que este árbol de los cementerios,—dijo al plantarle,—guarde por siglos y siglos la memoria del muerto corazón de Abul-Walid!

Esto era al tercer día de haber vuelto con doña Lucero á Granada, vencedor de los cristianos y creyendo logrado su amor.

Alegróse en sus entrañas Muhamad cuando supo lo desventurado que era en sus amores Abul-Walid, y sabiendo lo mudable que es la mujer, tanto en el desdén como en el amor, temeroso de que Abul-Walid alcanzase al fin la victoria de sus deseos, lo dispuso todo para impedirlo.

Así, pues, apenas pasados tres días desde la toma de Mártos, estando el rey en el alcázar de la Alhambra, llegó á las puertas de él con un hermano suyo el wali Muhamad, acompañándole algunos de sus amigos, los más valientes.

Todos llevaban puñales escondidos en las mangas de las aljubas, y estaban armados de fuertes jacos debajo de los alquiceles.

Dijeron á los ennuos de la guardia que querían hablar al rey cuando saliese y que por eso esperaban allí.

XXVI

Cuando el rey salió se acercaron á él con rostro complaciente Muhamad y su hermano, y de improviso el primero dió tres profundas puñaladas al rey que cayó bañado en sangre.

—¡Ah, traidores! ¡Que Dios os maldiga!—exclamó el moribundo Abul-Walid.

Su primer wazir, que le acompañaba, quiso defenderle y tiró de su espada; pero le mataron á puñaladas los otros conjurados.

Después de esto los asesinos huyeron.

XXVII

Llevaron sus servidores al rey á la cámara de la sultana, su madre.

El segundo wazir, sabiendo quiénes habían sido los matadores, puso gran diligencia en prenderles.

Pero los más habían salido ya de Granada.

A los que halló les cortó las cabezas y las puso en escarpas.

Cuando volvió al alcázar halló toda la guardia alborotada, y á una gran multitud que preguntaba ansiosa cómo estaba el rey.

Aseguróles que sus heridas eran leves y que pronto le verían sano.

Con esto los sosegó.

Entró á ver al rey y le halló espirando.

Bajó á la ciudad, habló á sus amigos y les dijo se fuesen á la Alhambra para defender y autorizar lo que convenia á su lealtad y al bien público.

Cuando volvió con ellos, el rey había muerto.

Entonces el segundo wazir y sus amigos llamaron al infante Muhamad, hijo mayor de Abul-Walid, aunque todavía niño.

Le proclamaron solemnemente y le pasaron por la ciudad, gritando.

—¡Ensalce Dios á nuestro rey Muley Muhamad ben Ismael!

XXVIII

Así acabó Abul Walid, cumpliéndose aquella predicción de los astrólogos que tanto le había irritado.

Al día siguiente, herida de una puñalada en el pecho, teniendo aun en su crispada mano el puñal con que deseperada se había quitado la vida, encontraron á doña Lucero, al pié del jóven ciprés que para memoria de sus amores había plantado el día antes el rey.

Aquel funesto ciprés arraigó, creció, y en memoria de aquella tragedia le llamaron el ciprés de Abul-Walid, hasta que, por otra tragedia de amores, que en otro lugar hemos referido, le llamaron el *Ciprés de la Sultana*, con cuyo nombre se le conoce hoy.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie exclusive des dites annonces.

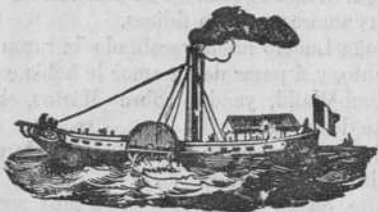
GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA

Paris, 10, Rue St. Georges

Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS

De Bromuro de Alcanfor

del Doctor CLIN

Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.

Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.

Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C. y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS

Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.

Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Glúten, no fatigan el estómago y están recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Blenorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.

DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.

Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C. y la Medalla del PREMIO MONTYON.

BISMUTO ALBUMINOSO DE BOILLE



sumamente agradable al paladar, mas activo y menos irritante que el Bismuto ordinario.

Se emplea contra las Afecciones del estómago y de los Intestinos (Vomitos, Diarrea).

Exijase la firma

Farm^o 22, calle de la Bruyère, París



CONSTRUCCION de SIERRAS y UTILES

PARA TRABAJAR LA MADERA

MEDALLA DE ORO.—EXPOSICION 1878

16 Medallas de Oro,

plata y bronce en las

Exposiciones Universales

1^{er} Premio: Medalla de

Progreso

en la Exposicion de

Viena 1873

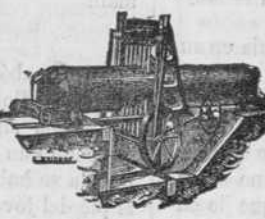
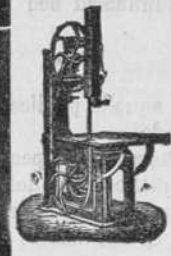
Medalla en la Exposicion

de Filadelfia de 1876

Medalla de Oro,

Exposicion internacional

Amem (Holanda) 1879



F. ARBEY

INGENIERO CONSTRUCTOR, 41, Cours de Vincennes (cerca de la plaza del Trono), PARIS.

Se recibirá el ALBUM (156 figuras en lengua española, dirigiendo el pedido á M. ARBEY, y añadiendo 3 fr. en sellos de todos los países. Los PRECIOS CORRIENTES se enviarán franco.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocadór.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocadór.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE

Hierro del Dr Rabuteau

Laureado del Instituto de Francia.

Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginosos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Extenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.

Las GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.

EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.

JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños. El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.

ACOMPaña A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA. Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C. y la Medalla del PREMIO MONTYON.

El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

BANCO DE CASTILLA.

La administración de este Banco, en vista de los bonos del Tesoro amortizados en el sorteo de 10 del corriente, y de los pagarés de compradores de bienes nacionales realizados, cuyos valores forman la doble garantía de los billetes hipotecarios emitidos por este establecimiento, ha acordado celebrar el décimotercero sorteo de amortización de dichos billetes.

Este sorteo será de once decenas por cada millar para los billetes señalados con la letra A, de la serie inglesa, y 11 unidades por cada centena de los marcados en la misma serie con las letras B y C. La serie española ha sido ya totalmente amortizada.

El sorteo tendrá lugar en las oficinas de este Banco el lunes 28 del actual, á las doce de la mañana, en acto público ante notario, y se realizará introduciendo 37 bolas en un globo, con los números del 1 al 100, menos las 63 extraídas en los sorteos anteriores, cuyos números representan las 37 decenas no amortizadas de cada millar para los billetes letra A, y las 37 unidades tampoco amortizadas en las 10 centenas de todos los millares, letras B y C.

Extraídas del globo once bolas, sus números fijarán los de las once decenas de todos los millares marcados con la letra A que han de ser amortizados, y los once billetes que en todas las centenas, letras B y C han de serlo así mismo.

El Banco publicará los números de las bolas sorteadas y pagará desde 1.º de Abril próximo los billetes que resulten amortizados, á la vez que el cupon que vencerá en dicho día, á cuyo efecto todos los billetes deberán ser presentados con el cupon número 21, vencido en 1.º de Octubre de 1881 y sucesivos.

La presentación se hará con dobles facturas, que se facilitarán gratis, devolviéndose una á los interesados con el señalamiento para el pago.

Madrid 15 de Marzo de 1881.—Por acuerdo de la administración, el secretario, Ricardo Sepúlveda.

De acuerdo con el anuncio del Banco Hispano-Colonial inserto en la Gaceta de Madrid del 21 del corriente, se procederá por el de Castilla desde 1.º de Abril hasta el 11 de Junio próximos al canje á la par de las obligaciones creadas en virtud de la ley de 25 de Junio de 1878 por billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba de los emitidos por la de 5 de igual mes de 1880.

Dichas obligaciones serán presentadas con triples facturas que se facilitarán gratis en la portería de este establecimiento; deberán traer unido el cupon de 1.º de Octubre de 1881 y siguientes, y se endosarán en el reverso por los presentadores de las facturas en esta forma:

«Al Banco Hispano-Colonial para su canje.»

(Firma del interesado.)

El Banco de Castilla constituirá en depósito las obligaciones presentadas con una de las facturas, otra de las cuales devolverá á los interesados con el Recibí y señalamiento del día en que se entregarán los equivalentes billetes hipotecarios, con el mismo cupon de 1.º de Octubre de 1881 y siguientes, lo que se realizará tan luego como por el Ministerio de Ultramar haya sido comprobada la legitimidad de las obligaciones.

Se fijan para este servicio las horas de once de la mañana á una de la tarde en los días no feriados.

Madrid, 24 de Marzo de 1881.—Por acuerdo de la Administración, el Secretario, Ricardo Sepúlveda.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

ANUNCIOS.

Efectuado el canje de las antiguas acciones por las nuevas, emitidas en conformidad á lo acordado en Junta general extraordinaria de 25 de Octubre de 1880, el Consejo de Administración, usando de la facultad que le concede el art. 8.º del Reglamento, ha acordado que las acciones puedan domiciliarse, para el cobro de los dividendos, en Madrid y demás puntos de la Península donde exista representación de la Sociedad, con la sola limitación de que el domicilio ha de pedirse, cuando menos, treinta días antes del pago del dividendo que se acuerde.

En su consecuencia, los que deseen domiciliar acciones, pueden acudir á este Banco, calle Ancha, número 3, principal; en Madrid, al Banco de Castilla, y en provincias, á los comisionados de este Banco.

Los interesados que deseen comprobar la legitimidad de sus acciones, deberán acudir á Barcelona ó Madrid, únicos puntos en que existen los talonarios.

Barcelona 9 de Marzo de 1881.—El Director gerente, P. de Sotolongo.

Venciendo en 1.º de Abril próximo el cupon núm. 3 de los Billetes Hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, se procederá á su pago desde el expresado día de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de este Banco, calle Ancha, núm. 3, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales designados ya en provincias; y en París, en el Banco de París y de los Países-Bajos.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de 1.º del actual, podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada

uno de ellos representa, por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos ya designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de este Banco, ó en París, deberán presentarlos á los comisionados del mismo desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid y Barcelona, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias y París.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Abril, y trascurrido este plazo se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana, á las horas expresadas.

Barcelona 8 de Marzo de 1881.—El Director gerente, P. de Sotolongo.

De conformidad con el anuncio de este Banco, inserto en la Gaceta de Madrid de 25 de Enero próximo pasado, relativo al canje á la par de las obligaciones creadas en virtud de la ley de 25 de Junio de 1878 por billetes hipotecarios de los emitidos en cumplimiento de la de igual mes de 1880, el Banco Hispano-Colonial, de acuerdo con el Excmo. Sr. Ministro de Ultramar, pone en conocimiento del público que dicho canje se realizará exclusivamente en Madrid, dando principio en 1.º de Abril próximo en las oficinas del Banco de Castilla, observándose las siguientes reglas, prescritas en el art. 2.º de la real instruccion de 17 de Junio, dictada para llevar á cabo el real decreto de 12 del mismo.

1.ª Hasta el 11 de Junio de 1881 los tenedores de las obligaciones creadas en virtud de la citada ley de 25 de Junio de 1878 que deseen canjearlas por los billetes hipotecarios depositados á este efecto, las presentarán con triples facturas en el Banco de Castilla, delegado del Colonial, llevando unidos todos los cupones, no vencidos, á excepcion del correspondiente al trimestre corriente en la fecha de la presentación, el cual reservarán para cobrarlo en la forma que ahora se realiza. Las obligaciones presentadas se constituirán en depósito en el referido Banco de Castilla con una de las facturas, y otra será devuelta al interesado para su resguardo, despues de estampar en ella el recibo de las obligaciones y el señalamiento del día en que se entregarán los equivalentes billetes hipotecarios; lo que se realizará tan luego como por el ministerio de Ultramar haya sido reconocida la legitimidad de las obligaciones presentadas.

2.ª El Banco Hispano-Colonial, por medio del Banco de Castilla, entregará los billetes sin el cupon del trimestre corriente, y realizará los canjes pedidos, firmando los interesados al pie de las facturas de resguardo el recibo de los billetes hipotecarios que se les entreguen.

Para presentación de las obligaciones y entrega de sus equivalentes billetes hipotecarios, se fijan las horas, de once de la mañana á una de la tarde, en todos los días no feriados.

Madrid 19 de Marzo de 1881.—Por delegacion del Banco Hispano-Colonial, Jaime Girona.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª
Caños, 1.